

# *Las virtudes de la pérdida*

David Arrabal Carrión



MB

## LAS VIRTUDES DE LA PÉRDIDA

Primera edición: Septiembre 2019.

© David Arrabal Carrión  
[www.davidarrabalcarrion.com](http://www.davidarrabalcarrion.com)

Ilustración de la portada: “With dreams in tow”, cedida por Martín Blanco. Todos los derechos reservados.  
Diseño de la cubierta y maquetación: David Arrabal Carrión.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del autor. Todos los derechos reservados.

*Las virtudes  
de la pérdida*

David Arrabal Carrión

*A los virtuosos perdedores*

*“Por eso habría que evitar las ilusiones, pues cualquier dolor excesivo que aparece repentinamente no es más que la caída desde semejante punto elevado”.*

**Arthur Schopenhauer**

## ÍNDICE

-El limbo huele a pólvora	8
.....	24
-Con los sueños a cuestas	32
.....	38
-La respuesta ideal	63
.....	67
-Ugra Karma	92
.....	97
-Arde	108
.....	120
-Murasame	137
.....	140
-Amor mío	150
.....	176
-Una canción	183
.....	204
-Mil sirenas	214
.....	227
-Lo que soy	
.....	
-El rotulador azul	236
.....	
-Una voz	
.....	
-In ictu oculi	
.....	
-Dos monedas para el barquero	
.....	
-Eco	
.....	
-Dios de la tristeza, dios de la venganza	
.....	
-La mujer de los ojos de plata	
.....	
-Las virtudes de la pérdida	
.....	
Biografía del autor	
.....	

*Las virtudes  
de la pérdida*

## El Limbo huele a pólvora

Se despertó de golpe, como si una enorme roca hubiese caído sobre la mohosa barra de bar donde se había quedado dormido. Con la vista aún borrosa, miró a su alrededor; seguía en aquel ruinoso hotel que tanto conocía, y al que muy pocos imprudentes se atrevían a entrar. Junto a él, vacía, una botella de whiskey barato se había cansado de sus babosos besos. El revólver estaba al lado, esperando que lo alimentara con las tres balas que él había dispuesto en fila india junto al arma. De un manotazo tiró el recipiente de cristal al suelo.

—Tienes un alma tan hecha mierda como este edificio —dijo una voz de mujer.

Como siempre, le era imposible saber de dónde procedía. A veces de la derecha, otras de la izquierda, normalmente por la espalda, y algunas otras del techo. Al principio le inquietaba aquello, pero con el paso de los años se la traía muy floja la voz, la presencia, las palabras y la madre que parió a todos los muertos que le atosigaban. Estaban ahí por su culpa, claro, sin duda, pero él no era la puta Caroline para guiarlos hacia la luz. Era un buen católico, y si aquellas almas seguían vagando por allí era porque se lo merecían; como merecieron sus cuerpos la muerte.

Marcelo se desperezó. El aliento le ardía, y el sabor a alcohol impregnaba sus encías. Metió la mano en el bolsillo lateral del pantalón y sacó un paquete arrugado de Cherterfield. Enderezó un cigarro y lo prendió con ayuda de un viejo Cippo, compañero de muchas noches de cacerías. A través del humor que expulsaba de sus pulmones miró la llama del mechero. El baile que describía era arrítmico y frenético. Sin duda todos estaban allí aquella noche tan especial. No es que le gustase tener público, pero si en tantos años no se había podido librar de ellos, esta vez aún menos. Se lo decían en incansables susurros: Queremos que vengas con nosotros. Pero a diferencia de todas aquellas putas, chulos, chaperos y proxenetas, él había cumplido con su misión en la tierra, y el cáncer que le estaba comiendo por dentro era la señal de que el Señor le reclamaba al fin. Así que había preparado una fiesta de despedida sin reparar en gastos, en su lugar favorito: el viejo Hotel Maravillas. Aquel edificio de tres plantas y un centenar de metros de fachada fue el primer prostíbulo clandestino que “cerró”. Apartado como estaba de la civilización, entrar con un par de uzis y freír a todo el que se movía o jadeaba fue un paseo. Le acababan de expulsar de su amada Legión, gracias a un capitán hijo de la gran puta que lo pilló violando a una mora de mierda en Afganistán. Haberlo metido en prisión hubiese sido una opción, pero como podía esparcir mierda a muchas alturas, una jubilación prematura con honores y una buena paga le cerró la boca. Pensó en aquel momento que su futuro también quedaría bajo llave, pero cuando el Señor le habló en sueños para encomendarle su santa misión, supo que desde un principio todo estaba orquestado por el Altísimo. Su preparación como militar era necesaria para la vida civil, no para pasarse los años disparando a dianas y a cuatro moros. Al fin y al cabo, de esos pudo matar también en las calles y en los puticlubs, así cómo sudacas, republicanos puteros e independentistas con corbata. El odio hacia quienes pretendían hundir su patria y su fe había sido saciado con plomo, acero y fuego durante cinco años. Como era una puta máquina de matar, nunca había sido pillado. Tenía a los cuerpos de seguridad del Estado en jaque y perdidos en pistas



falsas.

Se puso en pie, pero un dolor agudo le hizo doblarse hacia adelante. Vomitó whiskey y sangre a partes iguales. El cigarro salió disparado de su boca, viéndose la brasa agonizar en un rincón lleno de cascotes polvorientos.

—Tu aspecto es lamentable, soldadito —la voz de nuevo, aunque esta vez supo que la puta fantasma estaba justo ante él. Levantó la vista haciendo un gran esfuerzo, y allí la vio, medio calcinada, con dos tiros de bala en el pecho, uno por teta.

—Jódete —le dijo a ésta.

El cáncer de estómago se lo estaba comiendo, pero sabía que sólo tenía que aguantar una hora más. El final glorioso iba a llegar, el que había planeado... el que iba a pagar.

Se puso la cazadora de piel marrón y comprobó que en el bolsillo interior llevaba un buen fajo de billetes de cincuenta, sin marcar y con números de serie no correlativos. La mitad de lo convenido. Las exigencias de los sicarios eran demasiado peliculeras para su gusto, pero ya le importaba todo una mierda. Veinte mil euros era el precio que habían puesto al descanso eterno de su alma.

En otro bolsillo llevaba una linterna táctica. La accionó, y el haz de luz iluminó la estancia como si alguien hubiese encendido las luces de la inexistente lámpara del techo. Le gustaba trabajar con el mejor material posible, aunque en aquella noche de resplandeciente luna llena no hacían falta luces artificiales para orientarse por el viejo edificio.

La fantasma seguía allí pese a no estar al amparo de la oscuridad. Ella no era el típico espíritu que se esfumaba con la llegada de la luz. Ella, como el resto, era adicta a sembrar pesadillas en Marcelo. Aunque el muy cabrón ya se reía de cada una de las escenas macabras con la que le hostigaban. Se presentaban ante él una serie de flashes donde la violencia, el sexo no consentido, la sangre caliente, la piel lacerada y los huesos rotos fuera de la carne le invitaban a un descenso por los nueve círculos del Infierno. Pero él no era el jodido Dante, ni aquella puta abrasada Beatriz. Marcelo mató a todo pecador sin arrepentimiento, sin dudar, sabiendo del bien que hacía a la sociedad. Una vez tuvo la tentación de ir a confesarse, de revelar su obra a algún pastor, pero supo desde siempre que aquellos folla-niños no eran más que mierdas que pisar para alcanzar el camino al Paraíso. Era por ello que en el umbral que comunicaba el bar con el pasillo que llevaba a las escaleras principales, un cura, con la tapa de los sesos olvidada en alguno de los infectos pubs que Marcelo arrasó, le miraba con las cuencas de los ojos vacías y la mandíbula desencajada. Oh, sí. A aquel le hizo comer el bordillo de la acera antes de apretar el gatillo.

La verdad es que eran muchos los entes que estaban a la expectativa aquella noche. La puta y el cura solo eran dos de los cientos que abrían sus brazos ante el paso de Marcelo que, fumando, con la pistola en una mano y la linterna en la otra, se encaminaba a la azotea.

Subió hasta arriba ignorando todo aquello que le decían los fantasmas. Él iría al Cielo, así que les podían dar mucho por culo.

El viento era frío. La cazadora de piel cumplía con su función a la perfección, pero las manos pronto se le agarrotaron. Apagó la linterna y la metió de nuevo en el bolsillo. Continuó fumando sin sacarse el cigarro de entre los labios. El metal de la pistola parecía de hielo, pero no iba a guardarla. Esperaría allí, de pie, al borde de la cornisa. Abajo, como una jauría de lobos, los fantasmas de todas sus víctimas aguardaban con los brazos en alto, como el sediento clamando por unas gotas de lluvia.

\* \* \*

El coche frenó, arrastrando con las ruedas la gravilla del descampado que una vez fue un aparcamiento para camiones, mucho antes de que el edificio del fondo se convirtiera en un puticlub disfrazado de hotel. El perímetro estaba colonizado por arbustos y malas hierbas.

Adriana se apeó tras parar el motor. Las luces hacía rato que las llevaba apagadas. Camuflada por sus ropas negras, estudió desde afuera el terreno que enmarcaba el ruinoso edificio gracias a la luz de la luna.

Había sido citada allí para finiquitar un trabajo contratado una semana atrás. Le extrañaba que el lugar, el día y la hora hubiesen sido señalados con tanta insistencia, así como el objetivo, y aunque en un principio se mostró reticente a aceptar, lo hizo. Era una buena cantidad de pasta la que se embolsaría. La mitad que no le había sido adelantada esperaba en manos de su objetivo. Investigó antes de aceptar el trabajo, pues aunque no había constancia de que pudiera tratarse de una trampa para sacársela de en medio, toda precaución siempre era poca.

Su instinto se activó cuando creyó escuchar un ruido más allá de su posición. Bien podría ser un animalejo, como alguien que deambulaba por el edificio. Se levantó un extraño viento proveniente del viejo hotel, y su larga chaqueta se meció por lo que le pareció una serie de susurros incomprensibles. Recordó que cuanto era pequeña le entusiasmaba hablar con su padre de fantasmas y cementerios encantados, pero se había vuelto demasiado pragmática como para que aquellas supercherías se interpusieran entre ella y su objetivo.

Se atusó su corto y engominado cabello moreno, sacó la Glock ya cargada de su funda, y se encaminó hacia el edificio tras quitarle el seguro. Tenía la sensación que desde todas las ventanas la observaban, y no pudo evitar un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo. Pese a ello, ni su respiración ni su determinación al caminar se vieron afectadas. Tenía un trabajo que hacer, e iba a terminarlo con la diligencia habitual.

La puerta del edificio estaba hecha añicos. Las grandes astillas de madera eran como los colmillos de una tenebrosa boca que llevaba años masticando hierro sin parar. Empujó la hoja que menos deteriorada estaba y entró. Sus botas pisaron cascotes y polvo, y pese que la oscuridad le golpeó sin piedad, pronto sus ojos se adaptaron a la penumbra que realmente reinaba en la recepción. Todavía se podía intuir que aquello fue un hotel no mucho tiempo atrás, hasta que las llamas se lo comieron. Recordó que en los bajos fondos se propagó la leyenda de que un justiciero solitario pasó por allí masacrando proxenetas, chulos y putas por igual. También le comentaron que había sido por una guerra entre mafias del Este había escogido España como tablero para sus juegos de guerra y luchas de poder.

Andrea dejó que aquellos rumores se esfumasen de su cabeza y tanteó la pequeña linterna que llevaba en un bolsillo. No tenía intención de usar mientras fuera posible. Pese al silencio del lugar y a la falta de señales de que allí se ocultase su objetivo, no iba a delatar su posición.

Dio los pasos necesarios para quedarse en mitad de la estancia. El silencio se mezclaba con el polvo flotante a la luz de la luna, que entraba por los innumerables ventanales sin cristal. Había un olor a rancio, a putrefacto, que le aconsejó caminar con cuidado, pues podría tropezar con el cuerpo de algún perro muerto o algo peor. Aquel lugar estaba demasiado apartado de la ciudad como para ser hogar de vagabundos o yonquis, pero las pintadas groseras y sexuales de las paredes dejaban claro que algún que otro adolescente se distraía por allí de vez en cuando. También dedujo por ciertas marcas y símbolos, que tarados del satanismo habrían elegidos aquellos suelos llenos de cascotes como deficientes escenarios para sus invocaciones demoníacas. Todo eso le aburría. La vida era pura física, algo de química, agilidad mental y balas, muchas balas.

Después de recorrer la planta baja sin hallar a quien debía matar, volvió a la recepción y

encaró las escaleras que conducían a las zonas superiores; dos pisos en total.

Comenzó a subir, cuando el sonido de unos golpes, como de alguien que llamara a una puerta con los nudillos, resonaron al final de la escalera. Adriana levantó su arma, pero no apuntó a ninguna parte. Había aprendido a dominar el miedo, así como el instinto de apuntar a donde percibía el peligro. Subió con sigilo, aguzando los sentidos. Dos golpes más.

La iluminación en aquella zona era escasa, y tras patear los restos de una puerta no le quedó más remedio que encender la linterna. Al principio apaciguó el haz con la mano, pero cuando escuchó otro golpe, esta vez ante ella, enfocó sin dilación. Se le aceleró la respiración cuando percibió una sombra cruzando el umbral de la puerta al final del pasillo.

Con paso firme pero cauteloso avanzó, cruzando los claroscuros que tintaban las paredes, donde se recortaba los rectángulos que proyectaba la luz de la luna que entraba por las ventanas de las habitaciones que daban a la fachada del edificio. Adriana no veía nada más que la ruina y el abandono que la rodeaba, pero a ella sí la veían las antiguas trabajadoras, proxenetas y clientes de aquel burdel disfrazado de hotel. Sus rostros desfigurados, sonrientes, celebraban su presencia y la de un arma que debía hacerles justicia.

Cuando llegó a la sala a donde había entrado la sombra, Adriana se encontró con un bar sobre cuya barra descansaba una botella de whiskey de supermercado vacía. También notó olor a tabaco. Tenía claro que no estaba allí sola, y que realmente no se encontraba en una trampa. Su cliente, fuera quien fuera, sabía que allí, a aquella hora, el objetivo a liquidar se encontraría deambulando por el edificio.

El ruido de pasos llamó su atención más allá de un segundo umbral, al otro lado del bar. No parecían pisadas que se alejasen; más bien eran las de alguien que no se movía del sitio.

Adriana, ya sin disimular la luz de su linterna, encañonado su vanguardia con la Glock, caminó decidida a terminar con aquel extraño trabajo. Poco a poco se iba apoderando de ella un mal presentimiento, una inquietud bañada de superstición y cuentos de viejas, de cementerios de pueblos perdidos en la sierra y campanarios desde donde se arrojaron mujeres que querían escapar de la hoguera.

Nuevos golpes contra el suelo, contra la piedra, y pasos ascendiendo por un segundo tramo de escaleras la iban conduciendo hacia la siguiente planta. Sentía que así era, que algo o alguien la guiaba, y por una extraña razón dejó de ser cauta e hizo caso a aquella incomprensible llamada.

Un nuevo pasillo, más estrecho que el resto, conducía desde las escaleras que acababa de subir hasta la salida a una terraza. De nuevo el juego de claroscuros tintaba las paredes del pasillo y de las habitaciones, y de nuevo figuras de mujeres desnudas y calcinadas se apoyaban en los marcos de las puertas esperando que ella hiciera justicia.

\* \* \*

Marcelo estaba de pie sobre la cornisa derruida de la terraza. Miró hacia abajo, donde un suelo lleno de escombros le esperaba. Había decidido que aquel era un buen lugar desde el que subir al Cielo. Se había quitado la cazadora y sacado la cadencia que llevaba al cuello por encima de la camiseta gris, dejando que la luz de la luna se reflejase en la cruz de plata que llevaba desde que entró en la Legión. Fumaba el último cigarro que le quedaba, por lo que deseaba que llegara su asesina pronto. Había visto el coche aparcado allá a lo lejos, y como siempre, la maldita zorra que le susurraba gilipolleces y amenazas le había advertido de que la justicia estaba cerca.

—Pero desengáñate, querido —le dijo en aquel mismo momento la voz—, todos te esperamos

ahí abajo.

Marcelo escupió.

—Me tienes hasta los mismísimos cojones, puta —dijo, como si le hablara al viento—. Te metería otra bala en la cabeza, a ver si con esta te jodía el habla.

Una risa fantasmal le rodeó, pero él se mantuvo impassible. Lo único que en aquel momento no le importaba una mierda era la luz de linterna que comenzó a distinguirse en el umbral de la puerta que conducía al interior.

El momento había llegado. Dios estaba a un disparo de distancia.

Adriana asomó a la terraza amparada por el resplandor de su linterna. Afuera no la necesitaba, así que la apagó. Frente a ella encontró una silueta que le esperaba al otro lado del edificio, al borde mismo de la cornisa. La luz de la luna no le dejaba ver el rostro de aquel tipo, pero sabía que era el mismo de la fotografía que su cliente le había hecho llegar. Aquellos poderosos hombros, el cuello ancho y firme, y la cabeza rapada lo delataban. Se acercó unos pasos más. Por la pistola que él empuñaba, supo que su presencia era esperada.

—El resto de la pasta está en esa cazadora —dijo Marcelo, señalando el bulto oscuro que había a sus pies.

La mujer vio que el tipo sonreía. Temía una trampa, y agudizó sus sentidos. Desde que entrara en aquel edificio no había podido quitarse de encima la sensación de estar siendo vigilada. Incluso en aquel momento percibía algo, una respiración quizá, tras ella, cerca. Pero no dijo nada, se quedó callada. Pensaba en el dinero. ¿Sería aquel hombre objetivo y cliente al mismo tiempo? Apartó todo pensamiento inútil de su mente y centró toda su atención en su arma y en la de su oponente.

Marcelo comprendió que la asesina que había contratado era demasiado seria y profesional como para entablar una conversación trascendental sobre la vida, los encargos divinos, el peso de la muerte y la promesa del Paraíso. Le hubiera gustado decir algo, una frase final con la que rubricar el final de su historia, como en las películas de Charles Bronson o Clint Eastwood que tanto le gustaban. Pero no llegó ni a escuchar la detonación del arma de Adriana, quien, dominada por una inusual ira, descargó dos disparos sobre él.

Pecho y cabeza fueron perforados, y el cuerpo inerte de Marcelo se giró con violencia sobre su cintura al precipitarse por la cornisa.

Abajo, donde antes pudo ver escombros y tierra, ahora cientos de muertos le esperaban con los brazos abiertos. Le llamaban, sonriendo. El puticlub del Limbo abrió sus puertas para él.

La asesina se asomó por donde había caído su objetivo. Iluminó con la linterna el cuerpo del tipo. No se movía. Tenía los sesos fuera del cráneo, esparcidos sobre las ruinas. Si las balas no lo habían matado, el golpe sí.

Registró la cazadora de la víctima y encontró el dinero. No lo contó. Tenía ganas de abandonar aquel lugar, aunque la sensación de estar siendo vigilada la había abandonado.

—A la mierda —dijo sin más, guardándose la pasta en el bolsillo interior de su chaqueta. La pistola la conservó en la mano.

\* \* \*

Marcelo vio cómo se iba la mujer que le había matado. Estaba buena, reconoció ahora que pudo verla perfectamente, sin que las tinieblas de la noche se interpusieran antes sus ojos. Los muertos veían realmente bien, concluyó. Junto a él, en la terraza, putas, chulos, proxenetas, pedófilos y algún niño que cayó bajo sus balas por error, le observaban complacidos.

—Mira el lado positivo —le dijo la puta que tanto le había hablado en vida—, ahora ya no tienes un cáncer comiéndote las entrañas.

Marcelo no le hizo ni caso pese a que ella le abrazó por la espalda en un acto de amor sarcástico. Le importaba un carajo el cáncer, el dinero, la asesina y la religión. Su dios era un cabronazo, un mentiroso, y el mayor hijo de la gran puta del universo. Iba a pasarse el resto de la eternidad con aquella tropa de malnacidos, con un agujero en el pecho, otro en la frente y la tapa de los sesos abierta por la coronilla. Y la crucecita de plata colgada del pescuezo, como si de una soga se tratase, recordándole para siempre que no existe más palabra divina que la de la muerte, que el Paraíso era aquello, una recompensa putrefacta, carcelaria, una existencia tan vacía como su vida misma. Una mentira que olía a pólvora.

## Con los sueños a cuestas

Pensó en dejarlo todo de lado y saltar, hurgar en el profundo sueño que ronda la vida y hacer girar ese caleidoscopio incoloro que es la muerte. Analizó cada día los diferentes estados de ánimo que martilleaban su corazón, y ciertamente, al llegar la noche, sentada ya en su cama, no le encontró el sentido a todo lo sucedido, a lo finito.

Por ello, lamentó haber dejado de pintar, de dar forma a sus pasiones y ansiedades, a los miedos que hay bajo la cama y a los que cuelgan dentro del armario. Ahora apagaba la luz pensando en la factura a final de mes, dejando a los fantasmas pululando sobre las sábanas, huérfanos, vagando entre dimensiones, incapaces de comprender la razón de lo material.

Aurora dormía siempre en pijama, aunque el calor del largo verano fuese insoportable. Tenía miedo a sufrir un infarto a media noche y que los de la ambulancia, un forense o algunos curiosos la encontrasen desnuda. No tenía por qué pasar, se lo repetía una y otra vez —inútil mantra—, pero escuchar el latido de su corazón en la almohada cuando apoyaba la cabeza era como atender a las maliciosas y proféticas voces de su alma. Sabía que tarde o temprano la carne no podría retener al espíritu con el que se completaba su ser.

Nunca estuvo segura de quien era, si dependía de sus estudios, de sus experiencias, de sus anhelos o de la herencia genética, tan caprichosa como cruel. Lo único cierto era que la muerte siempre paseaba cerca de ella, de los suyos, fosilizando fotografías dentro de sencillos marcos de madera carcomida. Porque eso era el tiempo, entendió un día: Carcoma.

Ya no hablaba con su madre, una despótica mujer que tan pésimamente gestionó la infancia de sus hijas. Durante muchos años la culpó por aquello, por convertir en cenizas toda ilusión infantil y juvenil que nacía en la tierra que imaginaba la joven Aurora. Los campos verdes que ella pintó en tantas ocasiones sobre lienzos y tablas de madera, nunca existieron. El recuerdo de lo que no fue pesaba más que la visión de la desolación que agitaba las paredes de su hogar, donde un padre despreocupado solo aparecía para abrir y cerrar puertas. Ella jugaba a creer, a ver lo que quería, a saltar entre flores y espejos de bellos reflejos. Las nanas que por la noche la dormían eran parte de sus latidos, y cuando despertaba, el sol se encendía de camino a la escuela.

Todo era más sencillo cuando pintaba. Los pinceles seguían dentro misma maleta que se llevó el día que dejó el hogar familiar. Recordaba que tuvo que soltarla para poder cerrar la puerta. Nadie se despidió de ella, ni su perversa madre, ni su ausente padre, ni su añorada hermana. Bueno, quizá ella sí, pensó años después, cuando sufrió el primer ataque de ansiedad y escuchó la sentencia que la condenaba a los ansiolíticos y el alcohol. Lamentablemente no cumplió toda su condena, y quedó en libertad con cargos sólo dos años después.

Marta era una muchacha extrañamente jovial, recordaba Aurora, una niña feliz siempre que se asomaba por la ventana. Ella no comprendía qué veía su hermana en aquel estrecho patio de luces, por donde subía el olor de cien comidas recalentadas, pegadas a la olla o pasadas por litros de aceite hirviendo. Compartían habitación, y aunque eso atraía al doble de monstruos por la noche, en cierta manera las ayudó a quererse. Mientras Aurora escapaba a través de sus cuadros, Marta jugaba con la mirada a tocar el sol. Siempre se daba de bruces con la pared de enfrente, pero con ello le enseñó una lección a su hermana mayor: Si lo intentas con todas tus fuerzas, lo consigues.

Aurora todavía conservaba el lienzo en blanco donde quiso pintar a su hermana volando, cual

pájaro, en dirección al sol. Pero el día en que volvieron de su entierro fue cuando tuvo que soltar una maleta para cerrar la puerta, y después de aquello no volvió a pintar. O sí, pero todo lo que machaban sus pinceles eran visiones de un pasado terrible, donde su madre era una bruja, su padre un vampiro, y ella la abominación que señalaban como la culpable de sus vidas bastardas. No conseguía pintar sus campos verdes, ni sus noches silenciosas, esas donde la luna llena entraba en armonía con las estrellas, brillando el satélite y los astros al unísono.

En un momento de cordura, bañada en alcohol de cuarenta y cinco grados, se deshizo de todos los cuadros que blasfemaban en su memoria. Sólo aquel lienzo en blanco, enmarcado, seguía colgado de la pared. A veces lo miraba, y por un segundo, quizá menos, podía distinguir la silueta de su hermana alejándose.

La noche seguía ahí, esperando. Aurora, enfundada en su pijama, mirando el techo, apagó la luz. Enseguida tuvo la intención de recostarse sobre su brazo izquierdo, pero sabía que la bestia estaba olfateando a los pies de la cama. Si quería adoptar la única posición que le permitía conciliar el sueño debía distraer su mente. Le fue difícil dejar de tomar las pastillas que anulaban su percepción, pero no pudo evitar conciliar el sueño sin poner la radio para dormir. El volumen del aparato convertía cualquier programa en un susurro, pero para Aurora era un muro que la aislaba de los monstruos.

Luchaba contra la ansiedad desde el día que sufrió un infarto. El recuerdo de escuchar el arrítmico latir de su corazón antes de parar máquinas dejó en su cabeza el terror a volver a sentir el frío de la bestia respirando sobre su pecho. Lo que siempre fueron meros estados de nervios, sensaciones cotidianas e insignificantes, se convirtieron en terribles bolas de demolición. Prepararse para un largo viaje, afrontar un problema en el trabajo o que se le estropeará el coche, eran altísimas montañas que otrora subía sin cuerdas ni piolets. Toda situación en su vida cotidiana era motivo para temer, para cerrarse en sí misma y apretarse el pecho esperando el momento de morir. Sí, debía reconocerlo: el miedo dormía con ella, desnudo, esperando a que se relajara para amarla.

Hubo un día que comprendió que la aplastante soledad que inundaba su hogar era lo único que necesitaba. Cuando necesitó sexo lo buscó fuera, en lugares fáciles de olvidar, descartables y obsoletos rincones de otras almas que, como ella, bebían sin mesura en busca del éxtasis que segrega la pasión de los desconocidos. Era liberador, y no tenía miedo, pues si las noticias hablaban de un aumento de casos de violaciones y asesinatos, ella estaba en el lugar adecuado.

Aprendió a desear ese momento previo, a escuchar el latido del corazón de su amante mientras la follaba. El ritmo acompasado y frenético de aquellos músculos la tranquilizaba. Se dejaba llevar por mares bravos o extensas estepas donde cabalgar, sin miedo a caer en las garras de la bestia. Porque aprendió que ese animal terrible que tanto había amenazado con llevársela de vuelta a casa no era más que la voz que tantas veces había luchado por hacerse escuchar, suplicándole que volviera a pintar, a abrir la maleta.

Y lo hizo.

Pinceles de acero descargando exceso de óleo rojo sobre telas sudorosas, agitadas por el viento de la perplejidad, y un marco de gritos que callaban cuando plasmaba su firma en forma de beso sincero, una mirada satisfecha y un adiós silencioso; aquella era su virtud.

Estuvo bien por un tiempo. La ansiedad que sentía cuando se iba a dormir disminuyó, pero la visión de su hermana atrapada en el eterno lienzo blanco le hizo entender que seguía perdida y asustada. Todos los hombres a los que había matado no eran más que el trapo con el que cubría sus más urgentes necesidades. Así que se casó.

No llegó a tener hijos con aquel buen hombre, un amable y enamorado Peter Pan que dio sus

mejores años construyendo un hogar en el que Aurora no encontró dónde colgar el cuadro en blanco. Tenía la sensación de que si no le daba un lugar adecuado, olvidaría a su hermana. Mirarlo era como verla, eternamente marchando hacia el sol. De lo contrario, sabía que la pequeña volaría, y Aurora debería dejarlo todo y seguirla.

Por eso pensó en saltar, hurgar en el profundo sueño que ronda la vida y hacer girar ese caleidoscopio rojo que es la muerte. Analizó cada día los diferentes estados de ánimo que martilleaban su corazón, y ciertamente, al llegar la noche, tumbada ya en su cama, no le encontró el sentido a todo lo sucedido, a lo finito. Miró a su marido, que dormía, respirando casi sin hacer ruido. Aurora se levantó y fue al armario empotrado del recibidor. Sacó de allí su vieja maleta, y de ella los pinceles, todavía manchados de rojo. Volvió al dormitorio y extendió el lienzo. Y pintó, con óleo rojo, caliente, vivo; muerto.

Cuando terminó contempló su obra. Otro sueño que llevar a cuestas.

Guardó los pinceles en la maleta, cogió el cuadro blanco, y tras comprobar que su hermana seguía allí, salió del piso. Como llevaba las dos manos ocupadas, tuvo que dejar la maleta en el suelo para cerrar la puerta. Aquel gesto le devolvió la apacible sensación de silencio que la embriagó cuando dejó su hogar, aquel mismo día en que mató a sus padres.



## La respuesta ideal

Dice la oscuridad que en la mente encuentra aquello de lo que alimentarse, que el jugo de los miedos es la promesa en un flujo kármico que, como la Uróboros, serpentea sobre sí mismo, incapaz de conseguir ir más allá del curso trazado.

Pero siempre hay una salida, un momento en que la luz cruza la niebla y corrompe ese temor. Pueden ser palabras que estuvieran al acecho, esperando el golpe definitivo, el segundo exacto que incita a la aguja del reloj, o esa gota que desborda todo un océano de pesares.

En una habitación donde las tinieblas merman el ánimo de los más valientes, una mujer yace tendida sobre el frío suelo. Sus heridas hablan, y explican la historia de los golpes, la humillación y el desprecio. Heridas recientes camuflan otras que hace años no cicatrizaron. Intenta moverse, pero el dolor hace mella en su ánimo, y solo las lágrimas que penden de sus pestañas tienen el valor para saltar al vacío. Pero no llegan a saborear el abismo. Mueren ardientes en una piel amoratada.

La sombra de un hombre encapuchado espera sentada en un rincón. Él permanece en pie. Observa el sufrimiento de la mujer, pero no mueve ni un músculo para socorrerla. No está allí para ayudar.

—Sabías que esto iba a pasar tarde o temprano —reprocha.

Ella advierte su presencia por primera vez, expandiendo sus sentidos más allá de su cuerpo. Es consciente entonces del frío, de la oscuridad, del vacío que allí reina y de ese extraño, que con ojos ocultos sigue estudiando sus lastimosos esfuerzos por girarse hacia él.

—¿Cómo? —Logra pronunciar ella.

Él sonríe. En su cara pálida se distinguen intrincados símbolos tatuados, atisbos de un enigma que solo los dioses primigenios podrían atreverse a descifrar.

—¿Quién eres? —Pregunta la mujer, apoyada en el codo que no tiene roto—. ¿Dónde estoy?

—Demasiadas preguntas necesitas para hallar una respuesta —le contesta el extraño. Sus palabras drenan el llanto de la mujer, quien mira a su alrededor.

Su visión se ha acostumbrado a la penumbra del lugar, donde cuatro paredes, un techo y un suelo conforman el habitáculo del cual no se aprecia una salida. ¿Cómo ha llegado hasta allí?

—Esa respuesta la conoces —vuelve a hablar el hombre desde el anonimato de su capucha, parte de una túnica negra—. Es otra la que necesitas.

Junto a ella, dispuestos en semicírculo, descubre tres objetos en los que no había reparado. Se sienta cruzando las piernas, con una mano en el codo que no puede estirar. Todos los nervios de su cuerpo transmiten señales de dolor a su cerebro, pero ella es más fuerte de lo que su pequeño y demacrado aspecto refleja.

No hace ademán de tocar nada, pero observa las esposas, la cuerda y la pistola que hay a su alcance. Son para ella.

—La pregunta que debes formularte tiene una de esas tres respuestas —le dice el extraño, impasible.

—¿Qué pregunta debo hacer? —Susurra ella, cansada, deseando dormir y despertar de aquel mal sueño.

—La misma que te espera tras esa puerta —contesta la sombra. El hombre está callado.

Frente a la mujer hay una puerta de madera maciza e intrincado pomo de bronce. Hubiese jurado que allí no había nada, que el miedo a no poder salir era real. Su respiración deja al descubierto la ansiedad que le estrecha el pecho. Algo penetra en su cabeza, rompiendo esquemas, ideales y sueños. Se revuelca de dolor, rodando por el suelo mientras patatea y grita, sintiendo golpes por doquier, escupiendo sangre y perdiendo mechones de pelo.

Finalmente se detiene. Las lágrimas barren su rostro.

—¿Por qué a mí? —Pregunta entre hipidos—. ¿Cómo puedo parar esto?

—Sigues haciendo demasiadas preguntas —habla ahora el hombre—, y solo hay una... como solo hay una respuesta. Elige entre esas tres —señala él—, y afronta el destino que parece que no deseas conocer.

—¿Qué hay ahí fuera? —Desconfía ella, arrodillándose ante los tres objetos.

El hombre la mira. La sombra se levanta. Ambos respiran al unísono, con pausas más largas de lo habitual en un ser vivo. El tiempo se estira, se remueve el espacio allí dentro, empequeñeciéndose la habitación, incitando a la mujer a que elija pronto si no quiere quedar aplastada entre las paredes.

Ella mira de nuevo los tres objetos. No se decide. El codo le duele horrores, y eso la desconcentra.

Observa la puerta, luego la pistola, y la coge. Con mucho esfuerzo y dolor se pone en pie. Tiene la camisa machada de sangre, los pantalones rotos y le cuesta asentar sus pies descalzos.

Dando pasos torpes, apretando los dientes bajo la atenta mirada del extraño y su sombra, llega hasta la puerta. Con la misma mano que sujeta el arma agarra el pomo y lo gira. La puerta se abre, y sin detenerse a estudiar lo que le espera fuera, sale.

Sabe cuál es la pregunta.

La puerta se cierra, y tan pronto como lo hace, desaparece. La oscuridad vuelve a aquel lugar.

El hombre se sienta en el suelo mientras su sombra permanece en pie. Cierra los ojos y espera. Se escuchan dos disparos.

\* \* \*

Ante él aparece el cuerpo boca arriba de un hombre vestido con traje y corbata, como caído del cielo. Éste respira con dificultad. Se palpa el pecho, donde una mancha oscura se extiende sobre una camisa blanca. Bajo él, un charco de vida desaprovechada se enfría. Se percata de la presencia del extraño y su sombra.

—¿Dónde estoy? —Pregunta casi sin voz—. ¿Quién eres?

—Estás en su mente —le contesta la sombra; el hombre encapuchado calla—, en la que nunca te ha pertenecido. Y yo soy la pregunta.

—¿Qué pregunta? —El herido se gira con dificultad. Se está desangrando y la vista se le nubla. Aun así ve unas esposas y una cuerda ante él.

—Abandona la esperanza —le dice la sombra—, pues para ti no hay puerta que abrir.

El hombre está mareado, pierde la visión por momentos. Se lleva una mano al pecho, tapándose las dos heridas de bala; la otra cae sobre la cuerda.

—Seguir siendo una prisionera o escoger el suicidio... dos respuestas que solo te hubiesen beneficiado a ti. Lo mejor es hacerte callar para siempre. Buena elección la de ella.

El hombre se desploma, soltando un último hilo de aire y sangre por los agujeros de sus pulmones.

## Ugra Karma

A todas las víctimas de cualquier guerra

El camión se detuvo con brusquedad, haciendo chirriar hasta la última de sus juntas. Los faros iluminaban los primeros árboles de la linde de un denso bosque de pinos, donde iba a morir el tortuoso camino que llevaban horas transitando. La lona desvencijada que cubría la caja era sacudida por el frío viento, amenazando con salir volando cuando el chófer del vehículo desató los nudos que la mantenían cerrada; nadie debía ver el cargamento que portaba.

Veinte adultos, siete hombres y trece mujeres, y cinco niñas, fueron bajando del camión, guardando un silencio que el rudo conductor sabía que ya no era necesario. Aún así, no dijo nada, y degustó un miedo que era su pan de cada día. Cobraba por comérselo muchas noches como aquella. La guerra siempre reparte con cruel desigualdad las miserias y los beneficios, y esta vez, a sus sesenta años, le tocaba la parte buena de la cena pese al riesgo.

Estaban lejos de cualquier pueblo o signo de civilización, y así se lo hizo saber a todos, tosiendo luego con fuerza, para escupir inmediatamente un buen salivazo al suelo. El grupo de refugiados le miró, algunos con desconfianza, otros con miedo, pero ninguno dijo nada. El tipo encendió un cigarro, y cuando comprobó que todos los pasajeros estaban fuera del camión, ató de nuevo la lona y subió al vehículo tras señalar un lugar entre la foresta.

—Esperad allí —les dijo, importándole bien poco si entendían su mal inglés.

—Un momento —intervino una mujer en un perfecto inglés, llevando a una niña de seis años en brazos—. ¿Qué se supone que va a pasar ahora?

—Hemos pagado por llegar a Alemania —dijo otro hombre, temeroso al mostrar su indignación. A este, la guerra le había enseñado los dientes después de devorar a su familia.

—Esperad allí, he dicho —insistió el chófer, poniendo el camión en marcha—. Él vendrá a por vosotros.

Y diciendo aquello, empezó a maniobrar sin asegurarse que aquellas personas se habían apartado de su camino. Incrédulos, hambrientos y asustados, dejaron pasar al camión, que emprendió el camino de regreso a donde fuera que volviese.

Con paso lento, resignados, todos se dirigieron al lugar señalado por el conductor, contemplando con asombro e inquietud la majestuosidad de unas montañas que desconocían. Los picos croatas que desde allí podían contemplar eran como gigantes negros sobre un fondo azul oscuro, que la luna llena plateaba cuando las nubes lo permitían. El creciente frío obligaba a cerrar los cuellos de los precarios abrigos y a juntarse en una piña de desconocidos, pues en aquel variopinto grupo sólo Hala y su hija Ghada parecían tener parentesco. Otros tres hombres también parecían conocerse.

El frío era húmedo, lacerante, y el recuerdo del caluroso y árido camino hasta el mar, donde habían embarcado junto a otros grupos de refugiados, se perdía en el tiempo y las lágrimas, que afloraban de nuevo, sin compasión, silenciosas. El otoño les esperaba cruel en aquel extraño país de la vieja Europa.

—Mamá —susurró la niña cuando su madre la dejó en el suelo. Ésta le hizo callar con un tierno gesto. Sacó un trozo de pan duro de la mochila y se lo entregó. La pequeña lo contempló con deseo, y lo mordió sin dudar.

Los demás miraron la escena con anhelo. Alguno, incluso, reprimió el ansia por hacerse con aquel mendrugo. Muchos llevaban demasiadas horas sin llevarse nada a la boca, y pensar en la travesía que les esperaba plantó una semilla de recelo contra las dos.

Por su parte, los tres hombres se mantenían apartados del grupo, murmurando entre ellos. Sus ropas estaban más estropeadas que las del resto, como si hubieran hecho un viaje aún más largo. Lucían abrigos que cerraban con celo. Eran taciturnos, no interactuaban con el resto, ni tan siquiera lo hicieron durante el trayecto en el camión. Se les veía más nerviosos que asustados.

—Esto no entraba en los planes —murmuró uno de ellos.

—Khaled —le dijo otro—, no hay planes. Hay que llegar a Alemania, nada más.

—Mohamed tiene razón —intervino el tercero, un hombretón de metro noventa y de mirada oscura—. Conserva la calma. Nos quedan muchos kilómetros y fronteras que cruzar para llegar. Alá nos guía.

—Lo sé, Samer —aceptó Khaled, contemplado las montañas que respiraban sobre ellos—. Lo sé. Alá es grande.

\* \* \*

Transcurrida una hora escucharon pisadas en el interior del bosque. Pese al frío, el grupo no se había movido del lugar, dejando que el desánimo les torturase hasta aquel preciso momento, cuando el miedo volvió a ganar terreno en sus corazones.

Los tres hombres se pusieron en alerta, revelando así que no eran como el resto; eran soldados, bien entrenados y dispuestos para la batalla. Estaban experimentados en la lucha de guerrillas, en sobrevivir y llevar a cabo emboscadas. Aun y desarmados, sabían defenderse. Samer, hizo ademán de sacar un cuchillo. El brillo de la luna llena se reflejó por un segundo en su hoja, pero lo ocultó rápidamente, pues aquel que caminaba entre los árboles apareció. Sin duda, era el guía que esperaban, quien los llevaría al otro lado de la cordillera anónima que se extendía de Este a Oeste, desde donde proseguirían su largo viaje, ya en Eslovenia.

Era un hombre maduro, aunque de edad indescifrable, con el rostro arrugado y una mirada cansada y cruel. Vestía ropas de abrigo desgastada, chaleco de cazador caqui y botas de montaña que habían vivido tiempos mejores. De su hombro derecho colgaba una escopeta de doble cañón con culata oscura. No portaba ningún tipo de iluminación para guiarse en la negrura del bosque, así que todos los allí reunidos sintieron un gran pesar. Añoraban la luz del sol, por cruel que hubiera sido hasta aquel día.

—Noche de luna llena —dijo con voz temblorosa una mujer, tapándose la boca con un pañuelo raído—, noche de demonios.

Aparentemente, su comentario se perdió en el viento, pero causó gran inquietud en todos aquellos corazones.

—El camino es largo —dijo el guía con voz rota, como si llevara días sin pronunciar palabra—. Vamos.

Poco a poco, comenzaron a caminar en pos de aquel hombre por inercia, pues no todos entendían lo que les decía en su precario inglés. Avanzaban en fila de a uno, salvo las mujeres que habían decidido hacerse cargo de las niñas, que las mantenían dentro de un círculo. En la retaguardia, desconfiados y prudentes, los tres guerrilleros vigilaban ambos flancos, imponiéndose esa tarea por instinto. Sabían que estaban en Croacia, una tierra donde la guerra que ellos dejaban atrás había regado con sangre aquellas montañas antes de que los tres hubieran nacido. Guerreros como ellos, que habían matado y habían visto morir, que la vida ajena y propia

significaba muy poco, podían oler en el ambiente el pasado cruel en cada árbol y en cada roca.

Pronto dejaron el sendero que separaba en dos aquella parte del bosque, y empezaron a ascender entre matorrales, piedras sueltas y árboles de retorcidas ramas. Los arañazos en la cara eran constantes, y el cansancio pronto hizo mella en sus piernas. Llevaban demasiados kilómetros trastabillando desde que huyeran de Siria. El hambre y la sed también fueron un problema pasada la primera hora de camino. Hala cogió a su hija a caballito, pasándose la mochila al pecho. El gesto recordó a alguno que allí llevaba restos de comida, pero la prudencia y el miedo a ser descubiertos frenó cualquier intento por desestabilizar el orden y el silencio de la comitiva.

La luz de la luna era buena para guiarse, pero lo que les mostró cuando el guía hizo un gesto para que todos se detuvieran, les asustó.

Frente a ellos, un niño vestido con harapos y un extraño collar retorcido, parcialmente oculto por su larga y desgreñada melena, esperaba con rostro inexpresivo en mitad de un pequeño claro. Aquel chico no debía tener más de siete u ocho años, aunque su cara, marcada por unas oscuras ojeras, era más propia de un adulto. Miraba al guía, pero en un momento dado observó a la joven madre, o más bien el cabello moreno que asomaba por detrás de su hombro. Cuando la niña levantó la mirada llevada por la curiosidad por la interrupción del ascenso, se encontró con unos ojos más negros que las entrañas de un pozo. Sintió miedo, y apartó la vista de aquel chico. El muchacho, por su parte, sonrió levemente.

—El camino está despejado —confirmó el guía tras observar al crío; parecían ser conocidos, aunque ni se saludaron.

El niño sonrió sin pronunciar palabra alguna. Seguidamente echó a correr por la misma ruta que el grupo empezó a seguir lentamente, con el mismo paso cansino que les había llevado hasta allí.

—¿No te resulta espeluznante ese niño? —Susurró Khaled a Same.

—No bajas la guardia —le respondió el hombretón con sequedad—. Nadie nos había dicho que eran dos pasadores los que nos guiarían.

—Es un niño...

—Eso lo hace todo más sospechoso —Samer confiaba en su instinto, que tantas veces le había salvado la vida; sus compañeros lo sabían bien.

Conforme pasaban las horas y continuaba el ascenso, el grupo se iba desperdigando. El guía no parecía preocupado por aquello, y sólo las frecuentes apariciones del extraño muchacho permitían coger aire. Era como si el chico les indicase el camino a seguir, pues el rudo hombre que los dirigía asentía a cada indicación del crío.

Debido al esfuerzo de cagar con Ghada, Hala pronto se quedó a la altura de los tres guerrilleros, quienes la miraron con indiferencia. Ninguno hizo ademán de ayudarla, todo y que llevaba a la niña en una mala postura para su espalda. Tenía miedo a detenerse y quedarse la última. Esforzándose, recolocó a la pequeña, quien dormitaba agotada.

Khaled hizo ademán de ayudarla, pero se encontró con la reprobación de Samer.

—No.

Mohamed, que encabezaba el trío, no dijo nada, pero se quedó mirando a ambas fijamente, recordando un pasado nada lejano, cuando no habría dudado en tirarlas al suelo y desahogar la tensión de la situación entre las piernas de cualquiera de ellas. Se pasó la lengua por los labios resacos, pero una imagen fugaz se cruzó en su campo de visión. El niño, aquel engendro famélico, le miraba desde detrás del tronco de un gran árbol. Su mirada era terrible, y para nada parecía la de un muchacho. Sus oscuras pupilas se clavaron en las del hombre, quien se sintió mareado. Un ligero y breve viento azotó sus ropas, y creyó escuchar una voz tras de él. Se giró, pudiendo

comprobar que no había nadie. Khaled y Samer no estaban allí. Miró de nuevo adelante, y con estupor vio que sus compañeros le habían ganado más de veinte metros de distancia sin que se percatara de ello.

—¿Pero cómo...?

\* \* \*

Cuando Ghada se despertó, confusa, el grupo se había detenido. El guía había concedido un descanso, y algunos aprovecharon para orinar, masajear sus pies y piernas, o para cerrar los ojos un momento. El sueño y el hambre mermaban el ánimo y las fuerzas por igual. La noche cerrada prometía tormenta, aunque la luna llena luchaba en lo alto por desprenderse del manto de nubes.

La pequeña dio enseguida con su madre, que no se había apartado de ella en ningún momento. Ésta guardaba con celo la mochila entre los brazos. Ambas sabían que dentro aún quedaba pan duro.

Escrutando la pequeña su alrededor, se topó con el extraño niño, quien la observaba medio escondido entre la maleza. Había más niñas en el grupo, y parecía contemplarlas a todas, pero en ella reparaba con especial atención. La pequeña no supo por qué, pero el miedo inicial que sentía hacia él iba desapareciendo. Aquella sonrisa de dientes negros le resultaba en cierta manera familiar.

Mohamed observó la escena, apartado de todos menos de sus compañeros, que no perdían de vista al guía, quien no se había sentado, y olfateaba el aire como un perro. Un frío viento se había levantado hacía rato, procedente del sur, e inquietaba al huraño hombre. Pero no parecía transportar olor alguno. En su dura mirada era imposible atisbar preocupación o malestar. Era un indescifrable enigma, así como su edad. Pero el niño, aquella fantasmal presencia silenciosa, era lo que aturdió al árabe. No se acercaba a ninguno de ellos, yendo y viniendo entre la arboleda, moviéndose como si las ramas, zarzas y matorrales no dañasen su piel desnuda. Y el collar, aquel pedazo de alambre o lo que fuera, no hacía más que oscilar sobre su huesudo pecho, siempre oculto bajo la enmarañada melena negra. El hombre sintió entonces un escalofrío.

—Hace mucho que no rezamos —dijo a sus compañeros, con voz temblorosa.

—¿Crees que estamos en condiciones de rezar? —Repuso Samer.

—Hay algo extraño en este bosque —la voz de Mohamed se debilitaba por momentos.

—Alá está con nosotros —le aseguró su compañero—. En tierras infieles nuestra fe siempre será puesta a prueba. No sufras. Hasta ahora hemos hecho lo correcto.

\* \* \*

El camino se volvió menos riguroso, pero nadie se tomó ni el más ligero descanso en la siguiente hora. El guía continuaba al frente, y Hala y Ghada le seguían de cerca. El resto de refugiados formaban una piña. Tras ellos, en silencio, los tres hombres continuaban mostrando su desconfianza con el entorno y la situación.

Seguían un sendero marcado, abandonando por fin la espesura del bosque. Allí la luna llena conseguía colar su luz, y fue Mohamed quien se percató que entre los árboles, varios metros a la izquierda del grupo, el enigmático niño parecía entretenido con algo que había entre la maleza. No distinguió qué era, pero apreció cómo el pequeño se llevó la mano al pecho, descubriendo su collar. Creyó verle colocar algo en él. Hizo detenerse a sus camaradas, a quienes dirigió hasta el lugar que ocupaba el muchacho en cuanto éste se alejó hacia la cabeza de la fila.

Khaled no preguntó nada por no romper el silencio, aunque, por alguna extraña razón, le inquietaba separarse del resto. El miedo empezaba a hacer mella en su ánimo; y el viento, aquel molesto aire que procedía de cada recoveco del bosque, no ayudaba a tranquilizarle. Tanto él como Samer siguieron a su compañero.

Llegaron al lugar señalado, y tras esperar a que sus ojos se acostumbraran a la ausencia de luz lunar, Samer tanteó con la punta de su cuchillo algo que sobresalía de entre unos matojos.

—¿Qué demonios...?! —Exclamó cuando descubrió el pie desnudo de una persona adulta, vestida al uso árabe. Le faltaba el calzado.

—Por Alá —murmuró Mohamed, como si la voz de su camarada no hubiera alertado ya al grupo.

Todos se habían detenido, y tan sólo el guía se acercó a ellos tres. Miró lo que le señalaban, pero se mostró inmutable.

—Muere mucha gente aquí. No sois los primeros que venís —les dijo, despectivo—. Sigamos.

Los tres árabes se miraron, pero callaron. Khaled detuvo a Samir cuando reiniciaban la marcha, agarrándole de la manga de la chaqueta. Señaló al pie del muerto.

—Le falta un dedo —dijo. Pese a la oscuridad, pudieron comprobar que así era: el dedo gordo había sido cortado.

\* \* \*

Continuaron caminando a cierta distancia del grupo. Algunos se extrañaron por la inquietud de los tres hombres, pero tenían otra cosa en la cabeza que les preocupaba más. Las penurias de aquel viaje no estaban cerca de terminarse, aunque cada paso les acercaba más a su destino. ¿Podría Alemania ofrecerles una vida digna? Habían escuchado maravillas de aquel país, donde sus gentes vivían en paz. Hala, con su hija de la mano, recapacitaba sobre aquello cuando el grupo volvió a detenerse a la espera de nuevas órdenes. El niño volvía a indicar el camino a seguir.

Cuando el pequeño se alejó, alguien se acercó al guía y le preguntó.

—¿A dónde nos llevas?

—Al otro lado —le contestó éste, sin mover apenas un músculo de su cara.

No todos comprendieron su inglés, pero no escuchar la palabra “Alemania” fue un jarro de agua fría que hizo flaquear las piernas de quienes sí se defendían con el idioma de Albión.

Hala y Ghada estaban cerca del guía cuando el misterioso niño apareció junto a ellas por primera vez, y sin que nadie se percatara hasta que acarició el largo pelo de la niña. La pequeña gritó.

Su madre le tapó la boca con una mano, alejándola del muchacho, que sonreía de manera infantil. Ambas tuvieron miedo ante sus dientes rotos y negros.

Mohamed y sus compañeros se acercaron al escuchar el chillido. Contemplaron la escena, mirándose preocupados cuando acertaron a adivinar lo que decoraba el collar del niño: En un alambre de espino retorcido tenía clavados dedos. De manos y de pies.

Palidieron.

—Puto crío —escupió Samir.

Khaled fue a decir algo, pero en ese momento se levantó un cálido y extraño viento que puso en alerta al niño y al guía.

Sin decir nada, reemprendieron la marcha, con paso ligero, mirando de vez en cuando hacia atrás; pero no al grupo, como todos creyeron: Algo se acercaba. Lo notaban en el aire.

El viento intensificó su fuerza, ralentizando el paso del grupo. El niño desapareció sin que

nadie lo advirtiese. Entonces una fuerte ventisca les paralizó por completo.

Formaron un círculo, quedando las niñas en el centro. Los guerrilleros, tan aterrados como el resto, no ocultaron por más tiempo sus armas, dos pistolas y un cuchillo. El guía empuñó su escopeta ante aquel gesto, sin quitarles la vista de encima.

—Arena —dijo alguien a espaldas de éstos.

Y en efecto, el viento portaba arena, fina, cálida. Poco a poco, el bosque frente a ellos fue adquiriendo un tono amarillento que relucía con los rayos de la luna, libre de nubes. De pronto, una verdadera tormenta desértica se desató sobre ellos proveniente de la profundidad del bosque.

Sintieron el calor en sus carnes, un ardor que conocían bien, desértico, y no pudieron evitar acurrucarse para que la arena impactase lo menos posible en ellos.

Entonces lo escucharon. Un grito. Una poderosa voz, que a la vez parecía la de decenas de bestias, clamando algo incomprensible, amenazador.

El viento cortaba como cuchillas... o quizá sí eran filos metálicos lo que laceraba sus carnes. Hala protegió cuanto pudo a Ghada con su cuerpo, mientras que Mohamed y Khaled dispararon sus pistolas sin ton ni son, más asustados que el resto. Ellos veían. Lo tenían delante. Un mal en el que no creían, al que Alá, todopoderoso, había desterrado del mundo. Pero no era así. Samer lo comprendió tanto como sus camaradas. Las veía, de nuevo, allí, alzándose entre la tormenta de arena, unas ruinas. Al destruirlas, el mundo fue testigo de la supremacía de Alá. Y ellos estaban conociendo en ese momento aquello que su fe había despertado: La cabeza de perro ladraba, los cuernos de cabra removían el viento, mientras que la cola de serpiente envenenaba cada grano de arena. Con afiladas garras caminaba grotescamente aquella criatura siniestra de emplumadas alas negras y cuerpo de hombre.

En medio del caos, todas las niñas miraron un mismo punto entre la foresta. El fantasmal niño atraía su atención con la muda sonrisa que les regalaba en todo momento. El pequeño se llevó un dedo a la boca, pidiendo silencio. Las muchachas dejaron de llorar. El miedo desapareció en sus corazones.

\* \* \*

La calma volvió, y con él la oscuridad de la noche. No había rastro alguno de la arena, ni en la hojarasca ni en sus ropas. Tampoco ninguno tenía las heridas que les había abierto el viento. Pero no todo era como antes de la tormenta. Mohamed había desaparecido.

—Por Alá —susurró Samer, todavía con el cuchillo en alto, temblando de miedo.

—Lo he visto desaparecer... —gimió Khaled—, entre la arena... Te lo juro... lo he visto...

—Lo sé... He visto a la bestia.

—Alá nos proteja.

—Lo hará —sentenció Samer—. Alá no abandona a sus hijos. Y aquí lo somos todos, menos ese hombre y el maldito niño.

—Podemos matarlos —propuso Khaled, aún con la pistola empuñada.

—Les necesitamos para atravesar estas montañas... pero no ignoro tu propuesta.

—Debemos seguir —les sorprendió una voz ronca que bien conocían. El guía esperaba entre la arboleda, medio oculto por las sombras—. El camino no es fácil ahora.

Aunque algunos quisieron discutir sobre lo sucedido, guardaron silencio, mirándose unos a otros de reojo. El temor a ser descubiertos en tierra extranjera y a la guerra que dejaban atrás, era mayor que cualquier inexplicable fenómeno.

Sus pies se movieron. Y delante de todos, el niño del extraño collar y la sonrisa imborrable



caminaba alegre.

El guía seguía al muchacho, quien miraba hacia atrás de vez en cuando, cuidando de no alejarse como lo había estado haciendo hasta la increíble tormenta de arena.

Samer y Khaled sostenían sus armas, a la vista de todos. Se podía ver un miedo extra en las miradas de los demás, pues las credenciales de aquellos dos habían sido reveladas al fin. Pero ellos sólo tenían ojos para la oscuridad reinante entre los árboles. Sabían qué les seguía, quién se había llevado a Mohamed.

La fatiga y el hambre acabaron por romper la frágil estabilidad emocional del grupo. Tanto el guía como el niño no parecían sufrir aquellos inconvenientes, pero una mujer cayó al suelo semiinconsciente. Pronto se apresuraron en atenderla. Cuando se percataron de que el taciturno guía no detenía su paso, se amotinaron.

—¡Deténgase! —Gritó un hombre.

—Detenerse es morir —le contestó el guía, que esperaba de espaldas al resto, cabizbajo.

El niño miraba sonriente a Ghada, quien se atrevió a devolverle la sonrisa. La pequeña empezaba a cogerle confianza. Sólo sonreía con sinceridad y ternura a ellas. Con los adultos era diferente... como si le molestasen.

—Estas montañas albergan horrores de otro tiempo —explicó el guía, acercándose a los demás, con la escopeta en las manos—. La sangre de mis compatriotas se derramó de la misma manera que la vuestra mancha el país de donde venís. Aquí los espíritus no entienden de piedad. Aquí el Mal es bienvenido. La guerra es la puerta.

Y sin tiempo para más explicaciones, el cálido viento azotó de nuevo sus ropas. Samer y Khaled se pusieron en guardia, mientras que el resto se dejó llevar por el pavor y la desesperación.

Pero las niñas, las pequeñas, sólo tenían ojos para el siniestro crío. Él las llamó con un gesto de mano, y ellas acudieron a donde se encontraba. Ghada quiso ir también, pero su madre la sujetó con fuerza, espantada ante la visión de aquellas muchachas sentándose alrededor del niño bajo un gran pino, ajenas al creciente viento ardiente, como si fuesen a jugar a algún divertimento infantil.

—Mamá, déjame ir —le dijo su hija, hipnotizada por la vacía mirada del chico.

—El viento te llevará —le advirtió Hala, confusa—. Yo te protegeré.

Ghada, ajena completamente a la descomunal tormenta de arena que producía terribles heridas al resto, vio cómo el niño se alejaba seguido por las niñas. Las estaba apartando del ardiente viento, que lanzaba granos de arena como si de balas se tratasen. Muchos cayeron con las ropas empapadas en sangre, mientras que otros eran lanzados contra los árboles, rompiéndose huesos y tendones. Un gutural rugido iba y venía con cada azote, pero sólo los dos guerrilleros podían ver la bestia de cuya garganta emanaba tan cruel odio.

De pronto, como transportados por el espacio y el tiempo, todos asistieron a la visión de un desierto, donde el sol que bien conocían castigaba con saña sus caras desnudas. Delante, a no más de doscientos metros, las ruinas de un templo mesopotámico, dominado por la terrible imagen de un ser alado, se levantaban luchando contra los siglos y la erosión.

Nadie comprendía nada, pero entre la arena que seguía arrastrando el torbellino que les rodeaba fueron testigos de los movimientos de tres hombres armados, que cargaban cajas de explosivos.

Prepararon los cartuchos de dinamita y los colocaron estratégicamente entre las grietas de las piedras milenarias, y tras filmarse proclamando un discurso que nadie pudo escuchar, enfocaron al templo y accionaron un detonador que convirtió en cascotes la milenaria construcción.

Samer y Khaled se reconocieron en aquellos hombres; el tercero era Mohamed.

Un aullido de rabia penetró en sus mentes, y de nuevo el bosque croata apareció bajo la noche y la luna llena.

El guía no se había movido del lugar, como si la visión sólo le hubiese sido mostrada a los refugiados.

Había arena por todas partes, pero el viento se había convertido en una brisa.

Todos se miraron. Ahora conocían una verdad que podía costarles la vida. Khaled vio el odio en la mirada de sus compatriotas, y antes de que nadie pudiera dar un paso o pronunciar una palabra, apunto con su arma de manera aleatoria. Buscó a Samer, pero su compañero había desaparecido.

—Él os busca a vosotros —dijo Hala, apretando con fuerza a su hija contra su regazo.

—Quiere vuestra sangre para cobrarse venganza —dijo otro hombre, valorando lanzarse sobre el terrorista—. Vosotros trajisteis la guerra a nuestro país, a nuestro pasado.

Samer disparó sin pensarlo. El estruendo llamó de nuevo al viento y la arena, que bebió la sangre de aquel hombre antes de llevárselo de allí convertido en polvo.

El terrorista comenzó a disparar sin mirar, desesperado. Cuando se terminó el cargador, sacó uno nuevo de su abrigo y continuó matando.

Hala protegió a su hija con su cuerpo, lo que le llevó a recibir una bala que entró por su nuca y le salió por la frente. Ghada se quedó paralizada, viendo caer a su madre sobre la arena que sepultaba la hojarasca. El viento arremolinó sus cabellos morenos, pero una voz le indicó que corriera, que se alejase de aquel hombre armado. Era una voz infantil, una voz que no conocía pero que podía asegurar que era tan familiar como la de su madre.

La niña corrió hacia la espesura del bosque.

Khaled percibió el movimiento y se giró dispuesto a acabar con ella. Pero ante él, a varios palmos bajo su mirada, el tético muchacho sonreía, mostrando el collar que colgaba de su cuello, el pedazo de alambre de espino, herrumbroso y retorcido en el que había empalada en cada púa la falange de un dedo. El guerrillero sintió pánico y asco, así que sin dudarle apretó el gatillo. O eso quiso hacer, pues con una terrible ansiedad descubrió que le faltaba el dedo percutor. El niño reía a carcajadas mudas, clavando un dedo ensangrentado en su collar; el dedo de Khaled.

El terrorista soltó la pistola, llevándose la mano al pecho instintivamente, descubriendo entonces que no sangraba.

Miró al frente, pero el niño ya no estaba allí. Éste permanecía junto al guía y Ghada, quienes reemprendían el camino sin mirar atrás.

Tan sólo los muertos, cubiertos de arena y acículas ocres, le miraban con ojos inertes.

Khaled cayó de rodillas.

El viento volvió a intensificarse, y con él el temible rugido que anunciaba la proximidad de la muerte.

Resignado, comprendiendo que su dios le había abandonado, levantó la mirada ante la sombra que eclipsó la luz de la luna.

Pazuzu estaba allí. El demonio del viento del sur les había seguido hasta aquel rincón inhóspito de Europa para hacerles pagar con sus vidas la destrucción de su templo.

\* \* \*

Ghada se reunió enseguida con el resto de niñas. El guía les indicó que le siguieran, que su meta estaba cerca. Caminaron en silencio unos minutos, pero al final la pequeña se acercó al adulto cuando se cercioró de que el enigmático niño no les acompañaba.

—¿Dónde está? —Le preguntó sin miedo. La cara del guía ahora era amable y transmitía paz.

—Él tiene que volver a por más niños y niñas como vosotras —le contestó el hombre, mirándole a los ojos—. Él sabe qué es la guerra y la muerte. Él ya ha vivido todo eso, hace tiempo, cuando mi país desapareció.

—¿Está muerto? —la pregunta salió firme de la boca de la niña.

—Tal vez... no lo sé.

# Arde

(Relato publicado en la antología "Personajes de novela",  
Editorial Playa de Ákaba, 2016)

Bajo tierra los gusanos son los dioses, quienes dan cuenta de lo que fuisteis. Se conforman con los desperdicios, con esa inmundicia que llamáis cuerpo, eso mismo por lo que ella fue juzgada, humillada, y finalmente presa de una condena eterna. No, no se merece el mismo final que cualquiera de vosotros.

Las escaleras que bajan a mi reino son empinadas, tanto como las que suben al Cielo. Pero aquí ya no se reclama ningún sacrificio, pues la paz está con quienes descienden. Cada escalón te da la bienvenida, se preocupa de que no mires atrás, asegurándote de que todo ha terminado.

En mi morada, el vacío del firmamento se puede recoger en un puño, y si deseas contemplarlo, no hace falta levantar la cabeza. No hay nada más grande que tu existencia en este lugar, donde nadie puede mirarte desde arriba.

Esto es lo que encontró cuando llegó, débil y herida.

Se sienta ahora a mi derecha, tan hermosa como siempre lo ha sido. Resplandeciente como el fuego de esa llama que todo lo extingue. Su voz resuena en este templo al igual que la campana que nadie se atreve a tocar, pues todo en ella es oro, y su mirada promete amor a quien ose amarla.

Yo, que desciendo del dolor y el anhelo de los hombres y mujeres lacerados, que esculpí una sola ley sobre tablas de odio y marginalidad, comprendo cada uno de sus actos. Es por ello que maldigo a quienes la hicieron sufrir, regocijándome en las cenizas que ahora quedan de sus tristes existencias.

Ella me sonrío, y se levanta de su trono, danzando para mí entre risas infantiles, pues no es más que una niña que la voz de Dios quiso hacer callar. Enciende de rojo cada huella que deja sobre la piedra de mi templo, y siento gran placer por ello. Es de ley en mi hogar marcar con esa rabia todo aquello que se deja en la tierra. Le ofrezco en copa de hueso las lágrimas de miedo, y ella bebe con gusto, pues es el llanto de quienes no pudieron escapar a su ira.

Es mi pequeña reina inmersa en un jardín sembrado de tumbas, de mentes simples que pagan por su estupidez.

Recuerdo extasiado sus lágrimas cuando aún estaba viva, y los gritos y golpes de su madre desquiciada. También recuerdo los estertores de la odiosa desgraciada al sentir el acero rasgando sus carnes y raspando sus huesos. Mil vientos convoqué aquel día, y fue el mismo que protege los hogares quien devoró con ansiedad todo rastro de una casa que nunca debió ser la suya.

Tintada de ocre la noche, con las llamas susurrando palabras de venganza, mi hermosa amada vino a mí sin dilación. Dios también la quiso, avaro y fanático, escondiéndola tras mentiras y castidad.

Pero todo fue un sueño, mi amor.

En esta nueva vida, sellada con el blasón de piedra, no hay cruz que marque tu tumba ni necesite de más miradas. Las estrellas impotentes gritarán y llorarán por tu alma, pero ignorarán para siempre que sólo el fuego de este caldero es digno de tus venas.

Así pues, sigue bailando, querida mía. Danza entre el polvo que fueron las antiguas pirámides.

Gira y canta, pisando con furia las ruinas del Olimpo. Los muertos de Valhalla ya no despertarán, y es evidente que la madera astillada sólo soporta el peso de un esqueleto cuyas carnes los gusanos ya excretaron.

Este es tu reino, amada Carrie, reina de las llamas y del dolor. Olvida aquí cuanto viviste bajo el sol, el enemigo de todos nosotros, y goza de una pasión ardiente donde el rechazo, la humillación, la mentira y la traición no son más que el combustible que nos hace renacer.

Arde, pues, conmigo. Hagamos el amor con pasión sobre este altar de brasas.

Arde, mi amor. Arde triunfante en el infierno.

# Murasame

(Relato publicado en la antología “Fuenlabrada Japón mitológico”, 2019)

*Cae paciente  
sobre mi sangre triste  
la fría lluvia.*

Los fantasmas volvieron a presentarse, a apretarle el corazón con tanta firmeza que temió desfallecer. Era la manera que les quedaba para torturarlo. Bajo la luz del sol ninguno de ellos, armados con poderosas katanas de Tora, pudo tan siquiera hacerle sacar de la vaina su espada por más de dos segundos. Recordaba bien como los mató, uno a uno. Diez guerreros eran, samuráis, asesinos, cobardes; alpiste para cuervos.

Satoshi abrió los ojos. Decidió que el descanso había terminado. Le quedaba un día de camino para llegar a la capital de los Takeda, por lo que no podía bajar la guardia estando tan cerca del Collado de Tora. A caballo hubiese llegado al anochecer, pero llevaba una semana conformándose con las desgastadas sandalias que calzaba como medio de transporte.

Bajo la menguante sombra del fresno que acogió el ligero sueño que había disfrutado, sopesó la bolsa de monedas. Dos le quedaban, suficientes para asegurarse la cena si encontraba un pueblo o una hacienda por aquel lugar. Ya no recordaba la disposición de aquella tierra, que una vez fue su hogar, pero lo importante era que por fin iba a disfrutar de su última comida. No lo iba a ser por la falta de dinero, sino porque había decidido afrontar la muerte en ayunas, con la mente completamente despejada, rechazando la vida material desde el alba y dando la bienvenida al descanso eterno.

Caminó hacia el norte, melena al viento, de cara a la cordillera que separaba las colinas del océano. Levantó la cabeza al pensar en el Mar del Ocaso. De pequeño viajó a las Islas Koi con su padre. El clan Miyamoto gobernaba aquel archipiélago por más de un siglo, y eran tan buenos marineros como comerciantes. Acudieron a ellos llevados por un inquietante rumor: Desobedeciendo al Shogun, habían llevado al Japón armas y utensilios del continente.

Satoshi recordaba con una punzada de dolor el ondear de las carpas multicolores en los estandartes del puerto. Luego el silbar de las flechas. Después el cuerpo de su padre cayendo muerto a su lado. Los hombres del Shogun no osaron atacar las islas, pero no dudaron en lanzar sus proyectiles contra los viajeros llegados de todo el país, erradicando así cualquier pensamiento de rebelión.

Ni la ruina económica de las islas de los Miyamoto, ni haber sido atacados por la espalda, ni tan siquiera la muerte de su progenitor, fueron motivos tan ardientes en su alma como para prender el fuego de la venganza. No. La leña que fue apilando durante su juventud y madurez solo podía ser prendida por un solo hombre: Oda Takeda. Su mentor. Su señor. El padre de su difunta amada.

—Akiko.

La tarde llegó sin prisa, alargando la sombra de las montañas sobre Satoshi, quien oteaba más allá del bosque que bordeaba el valle al que se encaminaba. Una brisa fría removió su pelo e hizo ondear el kimono y la hakama. Miró entonces sus ropas, raídas y desgastadas por el largo viaje y las luchas, pero algo desvió su atención más allá de su inmediato alrededor.

—Humo —murmuró, abriendo bien los ojos, mirando hacia el bosque—. Huele a madera quemada.

Pronto la divisó, una columna gris que surgía de entre la arboleda. Era demasiado grande para tratarse del fuego a tierra de algún viajero o la presencia de un campamento de saqueadores, pero no tan enorme como para indicar un incendio. Antes de partir, diez años atrás, supo que había planes para construir pequeños poblados en los claros de los bosques limítrofes al Collado de Tora, así que se trataría de uno de ellos, sin duda.

Se desperezó como quien ha dormido toda la noche. Pronto sería la hora de cenar, así que puso sus sandalias dirección a aquel lugar. Le rugía el estómago.

Se internó en la arboleda con la cautela que había adquirido en el transcurso de su largo viaje. No solo bandidos solían esconderse entre los árboles y rocas; también animales salvajes, cazadores, vagabundos y proscritos. No todos eran peligrosos, no todos ansiarían su dinero, sus ropas, su espada o su carne, pero Satoshi había aprendido que quien no deja huellas a su paso jamás puede ser perseguido.

Tampoco transitó ningún camino marcado, aunque no le quedó más remedio que subir a la copa de algunos árboles buscando orientarse. La espesura de aquel bosque era inusual. Le resultaba todo extraño, desconocido, pues en su juventud había jugado y cazado en las lindes próximas a Tora. Aquel lugar no se ajustaba a sus recuerdos adolescentes.

No pudo evitar entonces rememorar su paso por Aokigahara, el bosque maldito. Acomodado en la copa de un árbol cercano a la columna de humo que intentaba alcanzar, recordó con cierto temor cada uno de los pasos que le llevaron al corazón de aquel bosque de demonios y fantasmas. Buscaba morir, pues sin Akiko su vida no tenía sentido.

¿Cómo iba a poder vivir sin su amada? ¿Cómo hacerlo sabiendo que los invencibles sicarios de Tora le habían dado cruel muerte? ¿Cómo permitir que su corazón latiera con el recuerdo de que su mentor fue quien ordenó acabar con el idilio entre ambos jóvenes? ¿Por qué tuvo que morir ella y no él? Al igual que hay flechas que ni el monzón apartan de su objetivo, otras son presa de las más insignificantes brisas. Él era débil como estas últimas. Recordó cómo se arrodilló entre altos árboles, sacó su espada quebrada, sin punta, y se cortó la garganta. Manó la sangre de aquella terrible herida, pero su vida no se apagó. No comprendió nada. Levantó la mirada en busca de una respuesta, y la encontró en los ojos de una joven de blanco, etérea, de agradable semblante y terribles garras. Aquel shinigami sostenía la sangre aún caliente en la copa que formaba con sus manos.

—Crees que mueres por amor, pero solo la cobardía quiere que abandones este mundo —le dijo el demonio—. Temes el acero de sus espadas, huyes del sacrificio y del dolor. El camino de la venganza es arduo y está lleno de precipicios en los que sin duda caerás. Siempre huyendo, joven Satoshi, siempre escondido. Así que no te engañes; no mueres por la pena de su pérdida, sino para evitar ser el hombre que deberías haber sido.

Aquellas palabras volvieron a la mente del samurái como la flecha que porta un mensaje, y mirando la empuñadura de su katana volvió a susurrar las palabras que sellaron su destino.

—Tu sangre es tu acero —le dijo el shinigami, abriendo las manos, dando forma de hoja afilada a la sangre.

Con una de sus fantasmales costillas, envueltas con largos mechones de su negra melena, la mujer demonio unió lo que convirtió en una tétrica empuñadura con el frío metal.

—Esta es la espada de la venganza, la que no se quebrará hasta que rompas esta maldición con la sangre de tus enemigos.

Maldito, reflexionó como otras tantas veces Satoshi. Entró en el bosque de Aokigahara

buscando alimentar la maldición de este, y salió portando la suya propia.

\* \* \*

La noche se cerró sobre el bosque, lo que permitió a Satoshi localizar su objetivo sin necesidad de volver a subirse a los árboles. El resplandor del fuego le llegaba a través de la arboleda, así que caminó decidido, pensando en la cena que podrían ofrecerle los aldeanos. El aire portaba el aroma a madera quemada, pero no el de alimentos cocinándose. Pese a ello, su imaginación le hacía prepararse para un buen bol de arroz hervido, carne de caza asada y sake.

—Por favor —musitó—, que tengan sake.

Necesitaba alcanzar el mundo de los sueños sin las recurrentes pesadillas que le acompañaban. Despertar descansado era vital para acometer el tramo final de su viaje y enfrentarse a Oda Takeda y su guardia personal. No dudaba que entre ellos reencontraría a varios amigos de su infancia. Quizá alguno quisiera escuchar la historia de su tragedia y por amistad, por los años compartidos con él y Akiko, volver su espada contra su señor.

Sopesando aquello, el ruido de pasos entre la maleza hizo que se detuviera. No podía haber un bosque sin salteadores, suspiró, con más ganas de comer que de luchar. Pero su katana vibró en la vaina, celebrando el fin de su inactividad. Necesitaba matar, bañarse en sangre, reflejar en su acero el miedo de aquellos desgraciados, pues nada más que la puerta al inframundo encontrarían aquella noche.

—¡Alto! —Bramó alguien.

Satoshi, que ya se había detenido, no adoptó ninguna pose de ataque o defensa. Aquello desconcertó a los bandidos; tampoco hizo el samurái además de escapar. Los esperaba, así que aparecieron de entre la maleza, cinco guerreros de aspecto pordiosero empuñando deterioradas espadas y lanzas. Ni para abrir boca, pareció gruñir la katana de Satoshi.

—Danos todo lo que lleves encima —exigió el que hacía de cabecilla, ataviado con una vieja armadura hecha con piezas de diferentes madres. Tenía el aire de un hombre viajado, desgastado; un antiguo mercenario tal vez.

Satoshi abrió los brazos en cruz, mostrando que lo único que poseía era su espada.

—Dánosla —ordenó el jefe de la banda.

—Con gusto lo haría —sonrió con tristeza Satoshi—, pero no es su voluntad.

—¿Su voluntad? —El cabecilla levantó una ceja.

—Está loco —dijo otro de los bandidos.

—Seguro que es de esos samuráis que se acuestan con su espada —se mofó un tercero.

—Es su amante —rió el cuarto, babeando.

El quinto fue a hablar, pero con la garganta perdiendo sangre le fue imposible. Satoshi había pasado entre ellos sin que lo percibiesen, y la vida de ese desgraciado resbalaba roja y caliente por el filo de su katana, devuelta a la vaina, vibrando, pidiendo más muerte.

—¿Pero cómo...? —Balbuceó el jefe de los bandidos, viendo a su hombre tendido en la tierra, convulsionando.

—No tengo nada contra vosotros —la mirada de Satoshi denotaba cansancio, tristeza, ganas de morir—, pero no está en mi mano dejaros marchar con vida. Prometí pagar el precio de la venganza, que no es otro que tomar tantas vidas como se crucen en mi camino hasta el día de mañana, cuando se cerrará el círculo.

Los asaltantes se miraron desconcertados, pero el miedo nubló cada uno de sus corazones. Ya no querían el arma ni el dinero del forastero; ahora solo deseaban conservar la vida.



Pero se les negó aquel deseo.

Satoshi, más como un demonio que como un hombre, saltó sobre ellos, repartiendo cuatro certeros tajos, bailando una danza mortal cuyos pasos los marcaba el filo del acero. Sus movimientos eran precisos, rápidos, ágiles, bellos, y cada vez que la espada salía de la vaina gritaba de emoción. La sangre manaba de aquellos cuerpos como si se tratasen de cuatro fuentes colocadas en el centro de un tétrico jardín.

Cinco bandidos menos en el mundo, reflexionó el samurái mientras abandonada el sendero donde fue asaltado. Cinco asesinos, se justificó.

Y dentro de la vaina, contenta, la katana anhelaba el próximo homicidio.

Satoshi llegó al claro del que procedía el resplandor del fuego. Pero no había pueblo allí, ni campamento de viajeros ni la hoguera de bandoleros. Cuatro piras ardían en el exterior de una alta pagoda de cinco niveles, coronada por un finial que parecía la hoja de una katana extraordinariamente larga y afilada. Sus tejas eran rojas, las paredes blancas, y no parecía tener ventanas de ningún tipo. Solo una gran puerta de doble hoja permitiría la entrada de luz una vez abierta.

El samurái se quedó paralizado ante la construcción. Tres de sus plantas sobrepasaban la copa de los árboles, pero se juró así mismo que no la había visto ni cuando contempló el humo saliendo del bosque ni en ninguna de sus ascensiones a los árboles. No entendía nada, pero recuperó la calma. ¿Qué había sido comprensible desde que muriese su amada? El descenso a los infiernos continuaba, lo sabía, así que desterró de su mente toda duda y se encaminó hacia la pagoda. Fuera como fuese, necesitaba comer y dormir, así que si aquel templo se encontraba allí era porque unos monjes se harían cargo de él.

La puerta no estaba cerrada, y empujando con una mano se abrió. La bienvenida a los viajeros estaba asegurada, comprendió Satoshi. Se quitó las ajadas sandalias y, tras inclinarse para agradecer la hospitalidad, entró a la oscuridad que allí reinaba.

Esperó el samurái que la luz de una lámpara, o de una varilla de incienso tan siquiera, le indicase la presencia de vida allí dentro, pero la negrura era gobernante de una planta baja que, por el ruido de sus pasos sobre la tarima, se intuía vacía, sin muebles ni paredes. Por instinto, agudizando los sentidos, Satoshi empuñó su espada. No la sacó de la vaina. Sabía que hacerlo conllevaría matar, y cuando más tiempo estuviera fuera, más muertes reclamaría. No podía evitar temer a aquella arma tanto como al demonio que se la había entregado. Estaba hecha con su sangre, pero no dejaba de ser una katana impura, cruel, maldita.

Un resplandor apareció en el extremo contrario a la entrada, desde donde el samurái lo contempló. Por unos segundos permaneció quieto, expectante. Apoyando el dedo pulgar en la boca de la vaina destrabó la espada, dejando que un centímetro de frío metal asomase. Escuchó entonces la cálida voz de alguien que bajaba unas escaleras que no había advertido tras el resplandor. Sosteniendo una lámpara se presentó quien le habló: un anciano con túnica. Un monje budista.

—Sé bienvenido, viajero. Envaina tu arma y tu alma para que reposen, y deja que la paz de Buda guíe tus sueños esta noche.

Satoshi observó al hombre un instante antes de envainar.

—Gracias, buen hombre —le dijo—. No quisiera ser una molestia. Con algo de comer y un rincón donde pasar la noche me conformo. Tenga mis últimas dos monedas para...

—No —le interrumpió el anciano—. Solo le pido que deje su espada junto a la entrada. Aquí no es necesario más pago que la paz pueda traer.

El samurái miró con desconfianza al monje. Su espada vibraba en la vaina. ¿Por qué debía

desprenderse de ella, ni que fuera por una noche? No, no lo haría, así que negó con la cabeza.

—Solo aquel que rehúsa salvar su espíritu condena a los que le rodean —dijo el monje.

—¿Cómo? —Satoshi no entendió aquellas palabras.

El anciano miró al samurái fijamente, asintió, como si alguien le estuviera hablando desde detrás, y dirigió la luz hacia su derecha. Allí se pudo ver una segunda escalera. Si siempre estuvo allí o no, Satoshi no lo supo, pero de ella llegaba un lamento que no se había escuchado hasta ese momento. Eran voces, muchas, confusas, que no decían nada, y si lo hacían él no lograba entender las palabras.

—Tu camino ha sido largo —le dijo el monje, paternal—. Son solo cuatro pisos los que tienes que subir ahora. Cuatro pruebas que debes superar antes de decidir si quieres seguir andando.

—¿Qué hay ahí arriba? —Se alarmó el guerrero. No le gustaba aquel misterio, pero lo que le asustaba era que su espada vibraba como nunca, furiosa, empujándole hacia la salida.

¿Acaso quería el arma abandonar la pagoda? Satoshi siempre obedecía la voluntad del arma, pero en aquella ocasión decidió que no lo haría. Necesitaba pasar la noche a resguardo, comer bien y descansar. En el bosque no podría reponerse del viaje para afrontar con garantías la jornada decisiva, la lucha final. Oda Takeda no era un guerrero vulgar.

El monje le miraba. No respondió a su pregunta, solo le señaló las nuevas escaleras. Ambos subieron.

\* \* \*

Satoshi cayó, como quien da un paso al frente y de pronto descubre que se encontraba al borde de un precipicio que comienza a alejarse en la caída. No supo a qué profundidad se encontraba ahora, ni siquiera qué paisaje era el que contemplaba. Allí las rocas eran negras, el cielo rojo y los ríos de fuego. Retorcidos cerezos sin flor de pétreas ramas eran erosionados por un viento ardiente, que transportaba una suerte de cenizas como si de nieve se tratase.

No había nadie más allí.

—¡Monje! —Rugió Satoshi, sintiendo que había sido engañado por alguna especie de demonio. La ira dominaba su ánimo, pero su espada permanecía quieta, en silencio.

Llegando hacia su posición, en atronadora carrera, vio una decena de guerreros con armadura, enmascarados. Todos esgrimían poderosas lanzas y espadas. Sobre ellos volaron varias flechas que Satoshi tuvo que esquivar con cierta dificultad. Pese al inminente peligro, su espada seguía inactiva. ¿Dónde estaba su característica ansia homicida? La respuesta debía esperar, pues el enemigo se abalanzó sobre él; no le quedó más remedio que luchar sin la ayuda de la voluntad de su arma.

Sus pasos eran torpes, lentos, y el filo de las armas contrarias bebió la sangre de sus brazos y piernas. Las heridas sufridas en el primer envite no fueron mortales, pero aun así Satoshi sentía que las fuerzas le abandonaban. Cayó de rodillas, con la vista nublada y la ira esparciéndose sobre la tierra. Esperó la muerte, aunque ésta no llegó. Levantó la cabeza, suplicando recibir un digno final, pero sus enemigos no estaban ya allí.

Vio al anciano sentado sobre una roca, linterna en mano, luciendo su bonachona sonrisa.

—El fuego es virtud y castigo en este mundo —explicó, mostrando con un pase de mano el paisaje ardiente—. También es parte del alma de las personas. ¿Has sentido cómo ardía en tu interior, samurái?

Satoshi, haciendo un gran esfuerzo, se puso de rodillas. Estaba agotado, vacío. Su espada envainada callaba en el suelo ante él.

—¿Qué me está pasando? —Musitó. Empuñó la katana, pero no pudo desenvainarla por mucho que lo intentó—. Debo prepararme por si vuelven esos guerreros. Vamos, ¿por qué no quieres luchar? ¡Vamos, estúpida espada, ¿ya no quieres sangre?!

El monje se puso en pie.

—Tranquilo, ellos no volverán —le dijo, levantando la linterna, que, pese a la luz que proyectaba el fuego, iluminó un nuevo tramo ascendente de escaleras—. Vamos, sígueme.

\* \* \*

El último escalón daba a la cima helada de una montaña. El anciano le esperaba allí, asomado a un mirador que ofrecía la vista de un espectacular paisaje. Valles, ríos, bosques y prados se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Pero aquello quedó eclipsado por un viento juguetón que arremolinó las ropas del samurái. Satoshi rió a carcajadas, alegre como el niño que no conoce el hambre ni la enfermedad.

Sus ojos se tornaron los de un águila, y así pudo ver desde lo alto cómo dos muchachos luchaban con espadas de madera a la vera de un río. Eran dos jóvenes fuertes, sanos, orgullosos, de mirada decidida, valientes de corazón. Había entre ellos el entendimiento de dos hermanos, y mientras se propinaban golpes se prometían vivir grandes aventuras juntos.

Ella estaba allí, sentada a la sombra de un cerezo en flor. El muchacho permanecía en pie, mirándola, sonriendo, degustando la belleza de su amada. La luz era pura, tanto como su amor, y pese al viento que sacudía sus melenas, no dejaron de mirarse, de desearse. Al mismo tiempo, los dos estiraron la mano. Querían tocarse.

Satoshi los vio aparecer, asesinos, llegando de la nada, siendo un todo, una hoja afilada que prometía muerte. Gritó aterrado, alzando su voz tanto como pudo, pero el viento, aquel temible sopro helado lleno de fantasmas, se llevó sus palabras hacia el firmamento.

Vio cómo el cerezo se quedó sin flores, cómo el muchacho usaba su palo contra el acero, y cómo la joven caía sobre el gran pétalo rojo que pintaba su sangre.

El monje alzó la lámpara, deslumbrando aquel recuerdo, eclipsando la derrota del joven.

Un torbellino levantó el cuerpo de Satoshi, lanzándolo hacia el cielo ciego, hacia la inmensidad oscura de una noche de tragedias.

\* \* \*

Tierra, tierra por todas partes; también bajo él. Y encima un cielo pétreo, cercano, tanto que al alzar las manos lo tocó sin llegar a estirar del todo los brazos. El aire sabía a polvo, y si allí podía ver no era gracias al sol, a un fuego o la lámpara del viejo. Estaba encerrado, solo, preso, enterrado.

Satoshi se removió, gritó, empujó como pudo las paredes y arañó el techo. No podía creer que aquello le estuviera pasando en verdad, pero las manos le dolían y el pecho le ardía como si respirase encima de unas brasas. Sentía la tierra caer sobre su cara, sobre sus lágrimas, y mientras volvía a gritar, una suerte de recuerdos le abrieron los ojos para que viese el rostro putrefacto de su amada Akiko.

Ella lloraba, abría y cerraba la boca en un triste intento por comunicarse con él. ¿Qué querría decirle? ¿Qué era aquello tan importante, que lágrimas negras llenas de polvo caían de sus mejillas sobre las del samurái? El pelo de la joven se movía como mecido por el océano, pero todo allí era roca y tierra.

—¡Muerte, oh, muerte, liberame de tu beso y permite que venga a mi amada! —Gritó Satoshi,

cerrando los ojos, golpeando con la coronilla el suelo de aquella tumba.

No obtuvo respuesta, y Akiko se alejaba de él llevada por unos brazos invisibles y poderosos. Volvió el silencio, y con él la oscuridad.

La tierra empezó a caer encima del guerrero, quien se revolvió, impotente, asustado, con lágrimas en los ojos. Entonces un amarillento haz de luz se reflejó en su llanto, y la mano del anciano apareció para liberarle de tan tétrica prisión.

—Debes dejarla ir —escuchó decir al monje antes de desfallecer.

\* \* \*

Abrió los ojos y sintió su cuerpo mecerse, acunado por el agua cristalina. Arriba, en la superficie, brillaba el sol, cuya calidez llegaba hasta su rostro. Se sentía en paz consigo mismo, y el miedo y el dolor experimentados no eran más que un vago recuerdo. Se movió inquieto, pero pronto comprendió que debía estar muerto, pues respiraba agua como si se tratase de aire. Sintió cansancio repentinamente, una desazón inmensa. Había llegado su final y el honor de Akiko no había sido restaurado. Habiendo jurado venganza, vendida su alma al shinigami que le ofreció el arma con el que lograría matar a sus enemigos, supo que todo había sido en vano. Su nombre sería borrado de la historia, y si alguien le recordase en un futuro, solo sería para señalar su derrota. Fracasó intentando amar a su querida, fracasó defendiéndola de su propio padre, que se negó a verlos casados; fracasó salvándole la vida, y fracasó vengando su muerte. Todo era ya parte del pasado, así que se dejó mecer por las aguas. Tanto se abandonó que cuando sintió su cuerpo flotar y llegar a la superficie, nada hizo por evitar que el sol quemase sus ojos. Con la vista turbia contempló cómo una sombra se abalanzaba sobre él. Alguien lo agarró con dos fuertes manos y lo subió a un bote.

Miró a su salvador en cuanto recuperó la visión. Sobre aquella pequeña barca, manejando el remo, el monje contemplaba el horizonte. A su lado reposaba la lámpara, apagada.

—¿He muerto? —Dijo Satoshi.

—No. Todavía no —Sonrió el anciano.

El samurái no comprendió, así que guardó silencio en espera de más información, pero ésta no llegó. En vez de palabras, lo que se avecinó fue un viento fuerte que terminó por traer una tormenta que en pocos minutos sacudió y anegó la embarcación. Satoshi procuraba mantenerse dentro del bote, mientras que el monje manejaba el remo con gran destreza. Los truenos rugían, quebrando las nubes después de que los rayos rasgasen el cielo. El agua caía abundante, salvaje, y las olas se elevaban a su alrededor como gigantes furiosos entrando en batalla.

Pero tan pronto como llegó la tormenta, ésta desapareció, y el sol resplandeció para mostrarles la desembocadura de un río; más allá, un bosque frondoso y verde les daba la bienvenida.

El pequeño esquife atracó en una de las veras del río, y cuando ambos hombres sintieron en sus caras la sombra de los árboles, el monje se giró hacia Satoshi.

—La vida es un mar —le dijo el anciano—. Vendrán tormentas y calmas que nos harán dudar, equivocarnos, forzarnos a escoger, pero como has visto, por frágil que creamos que es nuestra embarcación, en nosotros radica la fortaleza y la habilidad para aceptar el viento y las olas que nos zarandeen.

El samurái miró detenidamente al monje. Había algo en él, algo familiar.

—Nosotros debemos ser la barca, pero también el mar —continuó el viejo—, pues igual que navegamos gracias a unos, otros lo hacen por nuestro favor. Por ello sufren nuestras tormentas, hijo. Por ello debemos dejarlos alcanzar la orilla cuando la travesía llega a su fin, en calma.

Satoshi lloraba de alegría, como un niño, el que fue, el que perdió al padre que ahora se revelaba ante él. El rostro del monje siempre había sido el de su progenitor, pero no lo vio hasta ese momento.

—Pa... padre —sollozó.

\* \* \*

Arrodillados los dos, fundidos en un cálido abrazo, rompieron la barrera del tiempo. Satoshi era un crío sano, puro de corazón, y su idolatrado padre el joven guerrero con el que se embarcó el fatídico día en que ambos fueron atacados por el Shogun.

—¿Qué clase de magia es esta, que te ha traído de nuevo al mundo de los vivos, padre?

—Te he vigilado desde el mismo momento de mi muerte —le contestó éste—, y esperando la hora de reunirnos de nuevo contemplé cómo tu sangre dio forma a la espada que encierra a tu alma.

—Esta espada... —comenzó a explicar Satoshi, pero su arma no estaba atada a su cintura. El agua parecía haberla llevado hasta la orilla, a unos metros de donde ellos se encontraban. La recogió y continuó—. Esta katana me fue ofrecida para poder vengar la muerte de mi amada Akiko, asesinada por los hombres de su padre, mi tutor, cuando huimos al no permitirnos contraer matrimonio. Mañana debo estar en el Collado de Tora, y durante la audiencia pública de Oda Takeda, lo mataré. Ese es mi destino, aunque luego sus hombres me den muerte. Los sicarios que asesinaron a Akiko yacen en tumbas sin nombre desde hace tiempo.

—Venganza —concluyó su padre—. La venganza, ese destino que a tu vida solo ha traído pena, muerte, violencia y la pérdida de tu alma.

—No... —quiso justificar el samurái, pero fue interrumpido.

—Venganza, esa cortina negra que nos aísla del mundo, de nuestros seres queridos, que nos roba la vida y no deja que los muertos descansen en paz.

—No entiendo.

Su padre señaló un lugar entre los árboles. Sobre las copas de éstos, la pagoda asomaba.

—Esta construcción te ha enseñado en cada uno de sus pisos la verdad de tu existencia al perder tu alma y empuñar esa espada —le explicó su padre—. El fuego te ha mostrado que sin esa arma puedes sobrevivir al peligro. No es sinónimo de victoria, pero sí de valor y honor, y eso no te falta. El viento de la segunda estancia ha reflejado quién eras antes, qué amabas, qué te convertía en un gran muchacho que estaba llamado a ser un hombre digno. Pero la tierra del tercer piso necesitaba que revivieses la angustia de la pérdida, la impotencia ante muerte. Akiko ahí debe descansar, en su tumba, donde su recuerdo es bienvenido. Así que al degustar la misma impotencia de entonces, el agua del cuarto nivel esperó tu decisión. Por eso esta vez he podido llegar a ti, porque al fin has aceptado la muerte como algo que llega inevitablemente.

—Entiendo... pero Akiko... su honor... el mío...

—Akiko descansará cuando la dejes partir, como hiciste conmigo.

—¿Cómo?

—Aceptaste mi muerte de manera natural, con pena, y pese a ello jamás quisiste matar al Shogun y a sus guerreros. Pero el amor por Akiko cegó tu voluntad, y el hombre confuso es fácilmente gobernable por los espíritus atormentados de los demonios, siempre dispuestos a divertirse a costa de nuestro dolor. Tu ansia de venganza la ató a este mundo.

Hubo un momento de silencio. Satoshi contempló su espada envainada.

—Fuiste al bosque de Aokigahara para acabar con tu vida —sonrió su padre—, y ahora estás

en este bosque, en la tierra donde tu vida tuvo sentido, amor, y familia.

Comenzó a llover entonces. Satoshi levantó la cabeza y dejó que el agua purificase su rostro.

Desenvainó su katana, que vibraba asustada, temiendo no beber la sangre que se le había prometido. Ardió en el puño, pero la voluntad del samurái era más fuerte y no la soltó.

Éste se arrodilló, miró a su padre, quien contemplaba a su hijo con amor y lágrimas. El acero forjado con su propia sangre nada pudo hacer cuando atravesó el abdomen del guerrero. La hoja se partió entonces en mil pedazos, y la sangre brotó tanto del metal como de la carne.

—Ahora puedes descansar en paz, Akiko —sonrió el samurái, cayendo sobre la hierba.

Y mientras las tinieblas cubrían sus ojos, escuchó una voz temible, lejana, femenina, conocida por él. La empuñadura de su espada vibró, contenta. El shinigami le habló:

—La lluvia del otoño viene para llevarse el dolor de la pérdida, pero no hay que celebrarla; después solo queda el invierno.

## Amor mío

Llegas cansado a casa. Tu cara no refleja otra cosa que un hastío agudo, el peso de insoportables horas haciendo lo mismo que has hecho desde hace trece años en la fábrica. Me lo dijiste una vez: Os tratan como a máquinas, eslabones que siguen en su sitio porque así lo requiere el sistema.

Las cervezas que te has tomado en el bar de abajo no mitigan esa sensación de decadencia, de haber perdido todo cuanto soñabas ser.

Pero yo sigo aquí, contigo, amor mío.

Si no supiera que vienes siempre tan tarde te dejaría la cena hecha, como cuando éramos novios y te esperaba con aquellas lasañas precocinadas que tanto celebrabas al llegar del taller donde aprendiste a trabajar. A mí siempre me viene a la nariz el olor a grasa y gasolina cuando recuerdo los besos y los abrazos que me regalabas nada más entrar por la puerta. Vivíamos en otro piso, aquel ático tan pequeño que convertimos en nuestro nidito de amor.

Donde vivimos ahora no es que me desagrade, pero no está lleno de tan bellos recuerdos.

Nos cambiamos cuando encontré un trabajo estable y a ti te contrataron en la fábrica, con la idea, oh, por fin, de crear una familia. Ser madre lo era todo para mí, te lo dije aquella noche en Santander, mientras comíamos unas ricas anchoas. Tu mirada, debo reconocerlo, me sorprendió, pero siempre fuiste un hombre predecible, y por eso me reí. El niño que llevabas dentro no estaba seguro de querer compartir su juguete con otro. Y nunca lo hizo.

Te he amado por hacerme sentir que era lo más importante para ti. Antes amante que esposa, me susurraste al oído nuestra noche de bodas. No lo entendí entonces, pero el tiempo me ayudó comprender.

Me gusta mirarte mientras dormitas en tu viejo sillón. Encenderé la televisión por si hay fútbol. ¿La has apagado? Seguro que se te ha quedado el mando entre los cojines y le has dado sin querer. Tranquilo, no te muevas, la enciendo de nuevo.

Te traería una cerveza, pero no creo que debas beber más por hoy. Sabes que nunca te lo he reprochado, que siempre procuré que no faltasen botellines en la nevera, pero últimamente recurres demasiado al alcohol. Hasta tus manos son incapaces de sujetar las latas con firmeza. Quizá deberías ducharte y descansar. El agua caliente te sentará bien. Perdona... no sabía que estaba tan caliente.

Siempre me he preguntado si nuestra relación hubiese sido la misma de haber permanecido en nuestro pequeño ático. Allí teníamos una ducha que compartimos muchísimas veces. Jugábamos, hacíamos el amor, a veces nos duchábamos... y siempre lo dejábamos todo encharcado. Me gustaba cuando me abrazabas frente al espejo y dibujabas un corazón en el vaho, enmarcando nuestras caras enrojecidas.

Aquí, la bañera es grande, tanto que nos podríamos haber bañado cara a cara, evitando que el tiempo te hiciera olvidar las risas de la juventud. Pero ni tu cara ni la mía son las mismas que recogías con el trazo de tu dedo. Todo es tan diferente ahora. Todo... desde el día que volvimos de nuestra luna de miel. Yo lo vi. Yo lo viví. Yo lo sentí.

Ver cómo borras mis mensajes de amor sobre el espejo me apena, amor mío, pero entiendo que estás cansado, que el agua no puede borrar todo el peso que cargas. No solo el jabón en los

ojos te hace llorar.

Va, respira, cariño.

Llega el momento que más me gusta: cuando nos vamos a la cama. La noche tiene muchas cosas que contar. Muchos secretos guardados bajo la almohada, bajo la cama; incluso bajo las baldosas sueltas del cuarto de la lavadora.

Pero nada de eso se interpone entre nosotros, en el amor que siempre he sentido hacia a ti. Nada puede borrar el recuerdo de los primeros años de noviazgo, cuando éramos dos adolescentes alocados con un remoto horizonte que alcanzar.

Tampoco existe manera alguna de arrojar fuera de mi memoria todas las veces que hicimos el amor, cada segundo de placer, de palabras hermosas en las que bien supiste esconderte.

Porque recuerdo también las miradas de desprecio, los golpes en las paredes, los portazos, la frustración en tus ojos, el miedo a lo desconocido. Recuerdo tus jadeos sobre mi nuca, el dolor cada vez que llegabas borracho en busca de mi cuerpo. Aún puedo escuchar los insultos mientras me abofeteabas, el sonido de tus botas contra mis costillas y mi espalda.

Pero lo que más presente tengo cada vez que vuelves a casa es el silencio de mis lágrimas bajo el agua, en esa bañera que sigues usando como si en ella nunca hubiese cabido nadie más.

Ya ves que no soy rencorosa, que pese a todo sigo acostándome contigo, abrazándote, acariciando tu dura barba, mesándote el cabello cano, presenciando cómo el tiempo cubre tu cara de arrugas y tu cuerpo se desgasta consumido por el alcohol y el tiempo; despertándote a media noche al posar mis fríos pies sobre los tuyos.

Porque yo sigo amándote, cariño. Como cuando éramos novios... como cuando estaba viva.



## Una canción

Descubrió un sendero sin iluminar, un camino que muchos habían recorrido ya, pues innumerables filas de huellas se perdían a lo lejos. Aún así, tuvo la impresión de que nadie había reparado en el encanto de la niebla que, como un susurro en el viento, flotaba melosa y discreta entre las piedras del suelo y las ramas desnudas de los árboles. La luna, cuyo resplandor permanecía ahogado entre las nubes, trataba de vislumbrar el rostro del nuevo caminante.

Era un hombre, e intuía algo en el ambiente, una sensación de melancolía quizá, no podía asegurarlo, pero le hacía comprender que no estaba allí por casualidad. Era consciente de las maravillas que en las sombras se escondían, por lo que decidió no esperar más.

Ascendió a uno de aquellos antiguos árboles dispuesto a estudiar el camino, pero el fresno le habló con tristeza:

—No hay nada que ver, aunque mi tronco fuese tan alto y fuerte como antaño. Este sendero se pierde, como tantas otras cosas, serpenteando hasta que llega un momento en que no sabe cómo continuar. Mira, observa bien, pídele a la luna que te guíe si puede atravesar la pesadumbre de la inminente tormenta, pues cuando pongas de nuevo los pies en la tierra, el agua se precipitará sobre tu rostro. Recuerda que ninguno de nosotros pudimos volver atrás cuando nuestro ánimo se hundió en la derrota.

El viajero escuchó con atención aquella advertencia, pero encontró en su corazón el coraje para acariciar la corteza negra del árbol y calmar así su dolor; por un momento logró arrancar la desdicha de sus ramas.

—Yo soy quien viaja por los sueños de quienes no encuentran su vida —le dijo sin alzar la voz—. Soy el músico que compone la melodía de las esperanzas. Dormirás cuando haya bajado de tu copa, y encontrarás así el descanso que ahora te prometo. No hay maldición que dure para siempre, pues todo dolor se desvanece cuando entono mi canción.

Desde aquella altura pudo observar cómo las estrellas rompieron el techo de nubes en distintos lugares, y poco a poco se alinearon para señalar un lugar lejano, un punto en el camino. Le contaron entonces que allí había caído hacía tiempo una sonrisa que todavía se debatía agonizante al borde de un precipicio, pues nunca hubo allí nadie que compartiera su alegría. Muchos otros recorrieron aquel camino antes, como él ahora, luchando incansables para alcanzar aquel corazón perdido, buscando triunfar donde los mismísimos dioses habían fracasado. También le advirtieron las estrellas de las nubes tormentosas, de las rocas puntiagudas y de las mentiras que escondían el viento y la bruma.

—La paz que uno experimenta cuando ignora su alrededor es el mayor de los peligros —le dijeron para concluir—. Todos quienes acudieron hasta ella eran valientes y nobles, pero no supieron escuchar.

El músico descolgó la vieja guitarra de su hombro valorando aquel consejo. El instrumento no era de madera noble, ni sus clavijas de oro, ni sus cuerdas de plata; en lo más sencillo y discreto radica la verdadera naturaleza de las cosas.

Así pues se acomodó entre las ramas y la hizo sonar, haciendo vibrar sobre los trastes palabras, sueños e ilusiones que tejieron una delicada melodía nacida directamente de su corazón.

Despertó así a las musas, a duendes y hadas, a búhos y musarañas, a las plantas y piedras; a

toda la existencia ignorada de aquel lugar. Las estrellas le miraron con fascinante curiosidad, y no pudieron evitar bailar, danzando al son del viento, que con graciosos remolinos se abrazó a la niebla y despejó aquel tramo del camino.

Bajó entonces del árbol, que dormía en paz, gozando del susurro de los sueños. Miró a lo lejos, contemplando la silueta de aquella sonrisa moribunda, devorada por un paisaje gris al que su música no había llegado. Por un segundo sintió que la pena arañaba su alma, intentando escarbar en sus recuerdos. La tristeza era densa y terrible en aquel lugar. Había subestimado el poder del olvido, pero la advertencia del árbol y de las estrellas le sirvió para iluminar su mirada.

—No debo bajar la guardia —se dijo, blandiendo la cautela como si de una espada se tratase.

Pensando en las pruebas que le quedaban por superar, advirtió que una lechuza se aproximaba. El ave voló hasta posarse en su hombro. Distraída, contempló la luz de la luna bailar sobre las cuerdas de la guitarra. Se acicaló las plumas de un ala con ayuda de su pequeño pico, mirando de reojo al músico, que sonreía ante la confianza del animal.

—Cuando la encuentres no la mires a los ojos —dijo la rapaz si pronunciar palabra—. Ya no distingue las caricias y los besos del frío y del dolor. Allí donde está arrodillada, la bondad no es la virtud que conoces. Allí ruge con furia su antítesis, defendiendo virtudes que sólo existen al otro lado del espejo. Ella nunca verá lo que tú quieras mostrarle.

—Así me lo asegura aquel páramo que contemplo desde aquí —afirmó él—, pero no necesito mostrarle nada que pueda ser reflejado por la plata. Tan sólo dime a quién pertenece la sonrisa de la que me han hablado las estrellas, tú, que vas y vienes entre la niebla.

—Nadie conocía su nombre cuando cayó del cielo, y si alguna vez fue pronunciado, la bruma se lo guardó para ella junto a todos los recuerdos.

El músico reflexionó sobre la información recibida, y ante su silencio, la lechuza continuó hablando.

—Sólo tu voluntad puede guiarte —le aseguró—, pero debes controlar tu desmedida confianza. Un exceso de optimismo puede romper el equilibrio, y sin él cualquiera que dé dos pasos puede caer al dar un tercero. Tampoco pierdas la esperanza si ves desaparecer el horizonte, pues tan necesaria es la luz como las tinieblas.

—No ha sido mi entusiasmo o mi ego lo que me ha traído a este lugar —explicó el hombre—, si no una voz que pronunció mi nombre. No puedo saber si ha sido ella, o este camino que quiere tenderme una trampa, pero ahora que sé de la derrota de otros no me dejaré amilanar. Mis huellas quizá se unan a las de todos ellos, esas mismas que ni el polvo ni el tiempo ha conseguido borrar, pero traigo una canción que perdurará.

—¿Tan seguro estás de ello? —Se sorprendió el ave ante la confianza del extraño.

—Nací para amar sin esperar recompensa alguna. Esa es la fuerza que mueve mi voluntad, el fuego que ilumina mi camino.

Con aquellas palabras se despidió de la lechuza, quien alzó el vuelo y desapareció entre los árboles de negras cortezas, que contemplaban aún a su compañero dormido. Ellos, que una vez fueron valientes, vieron en el músico a su redentor.

—Sálvanos antes de partir —le dijeron al unísono, zarandeando sus oscuras ramas—. Libera aquello que el orgullo disfrazado de conocimiento condenó. Queremos descansar como nuestro hermano, dejar de sentir la tierra fría que atrapa nuestras raíces, silenciar el cortante lamento del viento sobre la agrietada corteza.

Pero el músico ya había dado un primer paso en el camino, y éste se había apoderado de su voluntad, arrastrándolo sobre la tierra y la piedra que lo conducía lentamente al corazón de la

niebla, que se acercaba a él susurrando palabras confusas y mentiras.

Los árboles comprendieron la situación, y como a ellos les pasara, aquel hombre acabaría siendo parte del bosque negro.

Caminó en silencio, solo, hasta que las nubes volvieron a cerrarse para rugir en lo alto. Las estrellas, atrapadas allí, sin posibilidad de volver al firmamento, se acurrucaron en los brazos del caminante. Él las miró, ausente, pues en su interior se libraba una feroz batalla. Ellas sabían que se encontraba perdido en aquel camino que ahora se veía recto, como si una línea perfecta sin fin dividiese en dos el mundo.

Las estrellas hablaron entre sí en un antiguo lenguaje que sólo el Sol podría haber entendido, y decidieron vencer su miedo y regresar al cielo. El músico las necesitaría allí, indicando el Norte, trazando bajo los nubarrones el sendero real que debía seguir para alcanzar su meta.

Las nubes, que hasta aquel momento se creyeron fuertes en su posición, comenzaron a llorar, pues la constelación que dibujaron las pequeñas estrellas no buscaba la confrontación, si no la paz.

Él las miró con la vista apagada, sin llegar a comprender el mensaje. Caminaba dando pasos cortos, torpes, con el peso de su guitarra sobre la espalda. No recordaba ya su nombre, ni el propósito de su viaje. La bruma encadenaba su piel pálida, tornándola cada vez más sólida.

Comenzaba a estar en sintonía con la tristeza de aquellos desdichados árboles que iba dejando atrás. El polvo del camino le alentaba con promesas de descanso y paz. Sus pasos eran cada vez más cortos, y las piedras puntiagudas que sobresalían de la tierra pedían beber su sangre.

Estaba perdido, desorientado, cansado, abatido.

Las estrellas murmuraron entre ellas de nuevo, asustadas, temiendo que aquel hombre, que tanto las había enamorado con su música, no lograra despertar jamás. Debían hacer algo, pero ¿qué?

Aquellos minúsculos puntos de luz se esforzaron aún más, y ardieron como lo haría el sol por unos segundos, los necesarios para calentar el corazón del músico, que yacía enterrado en lo más profundo de su ser.

Le mostraron el zigzag del camino, borrando la monotonía de cualquier esperanza.

Él despertó entonces, dolorido y cansado, confundido, pero también intrigado, preguntándose dónde estaba la efímera luz que le había llamado por su nombre.

Salvó por fin los verdaderos escollos que el viejo camino escondía tras cada curva, en cada sombra, bajo cada piedra. La voluntad ardió de nuevo en su corazón. Respetó cada sentimiento que emanaba de su espíritu, recordando que el valor y el miedo no pueden vivir separados, al igual que vivir y morir no son nada lo uno sin lo otro.

Caminando mientras aquella batalla tenía lugar a su alrededor, encontró a quien tanto había buscado. Allí estaba, una joven que todavía sostenía su nombre entre unos labios en los que una sonrisa le daba la bienvenida.

Las nubes se enjugaron las lágrimas y observaron en silencio, pues las estrellas, exhaustas, se habían apagado y dormían plácidamente.

Sentada sobre la tierra mojada se hallaba la muchacha por la que todos los valientes habían caído en desgracia. Sus ojos estaban enrojecidos, cansados de esperar. Sus manos formaban un cuenco en su regazo, donde las lágrimas se habían mezclado con la lluvia. Buscaba inútilmente un lugar donde depositar aquella agua, pero desesperaba al no encontrar el sitio adecuado.

Él la observó, y con un susurro le dijo que todo había acabado, que ya podía descansar. Ella no parecía entenderle, y se agarró a una raíz que sobresalía del polvoriento suelo.

Entonces él buscó entre sus virtudes, y rasgando las cuerdas de su guitarra llamó a una dulce

melodía.

La joven estaba preparada para escuchar, para ponerse en pie y abandonar al fin las cadenas que la retenían en un mundo que ya no era el suyo.

Se sentó para seguir tocando, empeñado en terminar la tarea que le había conducido hasta aquella alma. Había mucho dolor en su mirada perdida, y él podía aliviarla, salvarla, curarla de todo mal.

—He venido aquí traído por tu llamada —dijo el músico, sonriendo—. Has de conocer mi nombre para poder pronunciarlo, y así, juntos, daremos sentido a todos los que no consiguieron llegar hasta ti. Míralos antes de nada, contempla el esfuerzo de esos hombres y mujeres por retener junto a ellos tu sonrisa, que tantas canciones inspiraron, pequeña mía. Pero no comprenden aún que ya no eres para ellos, que el tiempo de todas las cosas es finito, y de la misma manera que tu hora ha llegado, la del dolor y la enfermedad también. Por eso aquellos árboles, que son las esperanzas de quienes te quieren, deben ser regados por el recuerdo, no por el presente. Sé parte de su pasado y libéralos, libérate, di cómo me llamo y coge esta mano que te ofrezco.

Y así ella comprendió al fin que aquel tortuoso camino que el músico había recorrido no era otra cosa que su vida, y que árboles, estrellas, niebla, nubes, lluvia y animales representaban las emociones de quienes la quería, de su familia y amigos. Los médicos habían luchado para salvarla, aunque sus esperanzas fueron cayendo poco a poco. La retenían junto a ellos por amor, por pena, por egoísmo también, pero la llegada del músico que entona toda marcha fúnebre era inevitable; ella lo llamaba desde que el dolor se convirtiera en maldición.

Así que la joven, adivinando cómo se llamaba aquel hombre, lo miró. Luego contempló los negros árboles; esperanzas moribundas. Los ojos del músico esperaban. Ella pronunció su nombre:

—Muerte.

## Mil sirenas

(Basado en la canción del mismo título, del disco “Santa Decadencia”, del grupo barcelonés REGRESIÓN)

Le pegó dos tiros, pam, pam, a bocajarro, y lo dejó allí tirado, mirando el techo blanco. Quedaban pocos héroes en aquella ciudad. La mayoría estaba criando malvas, y aquel no era el primer segurata al que rellenaban de plomo. La embarazada chillaba como una histérica, empapada de sangre y pedacitos de sesos del pobre desgraciado. Le hubiera gustado meterle una bala en la barriga a la muy puta, pero sabía bien que necesitaría la munición que le quedaba. Si el subnormal no hubiera sacado el revólver, aún estaría vivo y habría silencio, sobre todo eso, silencio. Y tendría dos balas más en el cargador.

Le dolía la cabeza y estaba cansado.

Aseguró la cremallera de la mochila, llena de joyas, y la colgó de su hombro izquierdo. Se giró para contemplar al resto de rehenes: dos dependientas, una vieja emperifollada y una jovencita que se hubiera follado de haberla conocido en otras circunstancias. Apuntó con su Glock a la vieja sin apartar la mirada del escote de la muchacha. La preñada sollozaba en el suelo, junto al mostrador. Tras él, dos puertas de cristal le separaban del exterior. Miró entonces a la cámara de vigilancia en el techo, imaginando que al otro lado habría alguien cagándose en sus muertos. Tanto le daba ya. Con aquel botín iba a costearse la vida fuera de aquella mierda de ciudad. Cinco mil, diez mil, veinte mil, le daba igual el valor de las joyas de la mochila, aquel era su billete de ida a la libertad.

Escupió al suelo y se largó.

El ruido en la urbe le golpeó y le aturdió por unos segundos, como si hubiera estado hasta ese momento en un mundo aparte. Nadie parecía haberse dado cuenta de lo que sucedía. La gente va siempre a su puta bola. “Mierda de lugar”, pensó. Caminó rápidamente hacia un callejón a veinte metros de allí. Su viejo Renault Fuego GTX esperaba impaciente detrás de un contenedor de escombros lleno de basura. Las sirenas de la policía ya se escuchaban cuando soltó la mochila en el asiento del copiloto. Le hubiera gustado escapar en un coche más seguro, pero no deseaba dejar atrás aquella antigualla que tanto había mimado. Era un coche de un color rojo mate gastado, con un par de rayas negras que recorrían paralelas la carrocería desde los faros delanteros hasta las luces traseras. Aquella iba a ser su primera persecución en aquel coche, pero confiaba en su motor trucado. Cuando puso el vehículo en marcha las sirenas estaban ya muy cerca. Metió primera, segunda, y avanzó por el callejón hasta llegar a una calle donde los coches iban y venían en ambas direcciones, rápidos. La noche comenzaba a caer sobre Santa Decadencia y la luna llena observaba desde un cielo sin nubes, esperando que la negrura de la madrugada le cediese todo el protagonismo. Pero iba a llevarse una buena decepción, pues aquella no era su noche y las luces de policía eclipsarían su presencia.

Se incorporó a la circulación, derrapando, mirando a cada uno de los retrovisores en menos de un segundo. Sabía lo que se hacía. No era la primera vez que la pasma le pisaba los talones. Con dieciséis años ya robaba joyerías y farmacias a punta de pistola, y más de una vez le tocó esperar en el coche a sus colegas, motor en marcha, y nervios afilados. Ahora tenía treinta y siete tacos y los cojones pelados de sortear peatones, motos, furgonetas de reparto y mil y un vehículos

en horas punta. Aquellas calles, aquel asfalto, eran su jungla.

Se encendió un pitillo. La policía ya lo había localizado. Las ruedas del Renault chirriaron sobre el firme, y aceleró calle abajo, en dirección al puerto, esquivando coches y autobuses, motos y taxistas, que le insultaban al cruzarse por su carril. Dos, tres, y hasta cuatro patrullas no tardaron en ir tras él. La ciudad ya estaba iluminada por las farolas de luces naranjas y miles de neones que anunciaban una gran variedad de entretenimiento. Todo pasaba rápido a través de las ventanillas. Daba precisos golpes de volante, dejando atrás a lentos y precavidos conductores que se reincorporaban a la circulación. Un grupo de niños cruzaban por un paso de peatones, pero le importó un cojón tanto el semáforo en rojo como las caras de subnormales que pusieron y los insultos que se perdieron con el rugir de su motor. Giró dos veces, una calle a la derecha y otra a la izquierda.

La noche estaba encima de la ciudad cuando vio a lo lejos el resplandor del centro de la urbe. La policía le estaba alcanzando. Aquellos malditos SEAT León tiraban que daban miedo. Pero había que ser muy bueno para escabullirse entre el tráfico de aquellas horas, en las que todo el mundo salía del curro; y él era la hostia al volante.

Sintió un golpe a su derecha. No lo había visto llegar, pero allí tenía a una de las flamantes patrullas de la madera. Ante ellos circulaba un coche que le obstruía el paso. Agarró la pipa y sin vacilar les regaló tres balas a los policías sin tener ocasión de bajar la ventanilla de su preciado coche. La primera en la sien del conductor; luego, un tremendo estruendo de chirridos, cláxones y cristales rotos a su espalda. El aire cálido de la noche penetró en la cabina y se estremeció al sentirlo. Adelantó a aquel coche, luego a otro, y derrapó para desembocar en el corazón de Santa Decadencia, la Avenida del Deseo, como allí se conocía la gran calle donde se distribuían cientos bares de copas, discotecas, casinos y clubes privados; chaperos, putas, camellos, carteristas, navajeros, todos tenían su callejón, su esquina o su edificio en aquel lugar. El vicio, el juego y la miseria se podían encontrar en aquella calle de más de tres kilómetros y seis carriles de circulación que atravesaba en diagonal la urbe, desde la zona rica al puerto. El lujo y la mierda se daban allí la mano. Pero a él eso ahora se la sudaba. La madera le pisaba los talones y tenía que llegar como fuera a la carretera del puerto para escapar de allí.

De repente, una mujer, una maldita yonqui seguramente, se tiró sobre el capó del coche. Pegó un volantazo mientras se cagaba en su puta madre. La sangre había salpicado en el parabrisas, pero no le molestaba para conducir. “¿De dónde cojones ha salido la muy zorra?”. Miró por el retrovisor. La policía tampoco se había preocupado por ella, pues allí seguían, mordiéndole los huevos. Abrió la ventanilla. Pese a llevar el cristal de la otra puerta reventado, tenía calor. Las sirenas de la policía estallaron en su cabeza. Estaban cada vez más cerca. “Hijos de puta”.

Un semáforo en rojo iba a detener el avance de los tres coches que llevaba inmediatamente delante. Había un cruce allí mismo. Un golpe de volante a la derecha y evitó al primero, que se lo comió el León que llevaba justo detrás. Las luces azules salieron por los aires. Otra maniobra, a la izquierda esta vez, y se libró del siguiente. Al tercero, que ya estaba parado, le sacudió un buen golpe en el lateral del copiloto, pero su Renault Fuego tan solo se tambaleó unos segundos sin perder adherencia con el asfalto. Varios peatones miraron la escena con asombro y ninguno de ellos hizo ademán de cruzar. Los coches que salieron del cruce para incorporarse a la avenida lo esquivaron como pudieron, chocando entre ellos. Él no se iba a detener. Nunca lo haría.

Dos coches de policía todavía insistían en darle caza. Avanzaban con más cautela que él, pero aun así no lograba perderlos de vista. Otro semáforo, otro cruce, pero aquella vez no le quedó más remedio que jugárselo a una sola carta. Pisó el acelerador y se cambió al carril de sentido contrario. Las luces del coche que venía de cara le deslumbraron, pero no se apartó. El otro piloto

viró bruscamente, evitando el choque. No es que tuviera ganas de matarse empotrado contra otro, pero prefería palmarla que no seguir viviendo en la espiral de violencia y miseria a la que nunca se había acostumbrado.

Volvió al sentido de la circulación que le acercaba cada vez más al puerto. Del cruce que acababa de dejar atrás salieron dos patrullas más. La Guardia Urbana, con sus Renault Clío disparando luces azules a la calurosa noche junto a unas ensordecedoras sirenas. Los SEAT León se las habían arreglado para evitar el semáforo en rojo y también le pisaban los talones. Por fin lo vio, el mar, el puerto. Sintió el olor del salitre en el aire viciado.

Apretó el acelerador, buscando ya el lugar idóneo para tomar la enorme rotonda que distribuía las direcciones y sentidos de la circulación. Tenía que ir hacia la derecha, por la línea de costa hasta salir de la ciudad. Una vez fuera, sabía que no le seguirían mucho tiempo. La carretera que bordeaba el litoral era estrecha y traicionera y, como ya se recordó en la joyería, no quedaban muchos héroes en aquella maldita ciudad.

Vio un hueco entre un autobús, dos coches y un camión de la basura. Aceleró con rabia, fijando la vista en el camino que había trazado su mente, rápido, volando sobre el asfalto, girando a izquierda y derecha, frenando un segundo y volviendo a pisar el acelerador. Un motorista quiso adelantarse, ignorando su carrera suicida, y no dudó en embestirlo mientras giraba a la izquierda, en plena rotonda. El tío fue a parar debajo de uno de los Renault Clío, que, del volantazo que dio el policía para intentar evitar atropellarlo, fue a empotrarse contra unos chiringuitos a pie de playa que estaban abarrotados de gente. “A tomar por culo”.

De nuevo enfiló línea recta.

El paseo marítimo era tan amplio como la Avenida del Deseo, pero con una zona para peatones a modo de mediana. Las palmeras que la decoraban fueron testigos de la velocidad que su coche alcanzaba cuando no tenía obstáculos. En pocos minutos estaría fuera de la ciudad. Circulaba por el carril de la izquierda, a todo trapo. Encendió otro pitillo con el mechero del coche. El retrovisor le mostraba a sus perseguidores, manteniendo la distancia. Era como si aquellos policías no tuvieran huevos suficientes para apretar el acelerador. El tráfico cada vez era más escaso, y tan solo algún gilipollas en moto se atrevía a pasarle, vacilándole. “Así te mates, capullo”.

De pronto se vio iluminado. Una fuente de luz blanca caía sobre él. Se echó a reír. “Un maldito helicóptero”. Soltó una carcajada nerviosa. “Como en las pelis americanas”. Perfecto, aquel momento de gloria le hizo subir la adrenalina aún más. Se colocó sin mirar en el carril central después de adelantar a una furgoneta negra, que le hizo luces por su brusca maniobra. Él ni se molestó. Tenía de nuevo el foco encima. Quiso pisar el acelerador aún más, pero el pedal estaba apretado a tope. No se preocupó, pero aquello le olía mal. Los coches patrulla no se le acercaban, y podrían haberlo hecho; algo tramaban. “Claro”, se increpó tarde.

Frente a él habían colocado una barricada de coches y furgonetas, tras la cual decenas de policías le apuntaban con sus armas. Le costaba creer que por el atraco a una joyería montasen aquel follón, pero se recordó con una sonrisa amarga que había liquidado a un segurata y a un madero. Y aquella gente se tomaba muy mal que les tocases a uno de los suyos. Tenía pocos segundos para decidir qué hacer. Lanzarse de frente a ellos tan solo le supondría recibir más plomo del que su cuerpo soportaría. Dar la vuelta derrapando lo mandaría más allá de la barricada, pero dando demasiadas vueltas de campana. No había calles por las que escapar... Se fijó en los otros carriles. No circulaban coches porque la barricada se extendía por allí también, pero se fijó en que estaba más desordenada, como si no valorasen en serio que se aventurara por allí. Vio un paso entre dos patrullas. Iba a hacer mierda su querido Renault Fuego, pero no iba a

rendirse ahora.

Sin frenar, sin recapacitar, decidido a escapar de aquella ciudad, cruzó la mediana entre dos palmeras. Una de ellas se llevó el retrovisor derecho. Estabilizó el coche como bien pudo. Sudaba. Tenía calor, mucho calor. Y miedo. Estaba acojonado. Escuchó disparos. Muchos. El parabrisas saltó por los aires. Apretó los dientes y se lanzó hacia el hueco que había visto. Era más ancho de lo que calculó, pero aun así embistió al vehículo que le quedaba a la derecha. Perdió el faro, y la puerta del copiloto se desplazó, aunque no llegó a caerse. Dos balas destrozaron el reposacabezas del asiento contiguo y el salpicadero, pero dominó el miedo y agachó la cabeza contra el volante sin dejar de aplastar el acelerador. Poco más adelante había un control con tres patrullas reteniendo el tráfico que esperaba impaciente por entrar en la ciudad. Volvió a cruzar la mediana justo después de la última palmera, alejándose así de los disparos de la policía.

Una vez en su carril, dirección hacia la libertad, observó por el retrovisor que el helicóptero ya no le seguía. “Chicos listos”, pensó, pues a un par de kilómetros había un largo túnel. Aunque con aquello no terminaba su huida. Las luces azules volvían a seguirle, monstruos incansables sedientos de justicia. Pero ¿qué justicia? Entró en el túnel, donde los tres carriles se convertían en dos.

Adelantó a cuatro coches invadiendo el sentido contrario. Algo en el coche parecía fallar. El volante no dominaba del todo las ruedas. Estabilizó como pudo el Renault y apretó los dientes. La policía le alcanzó enseguida. Sabía que dentro del túnel no le dispararían, ni le embestirían, pero una vez salieran al exterior no iban a tener piedad. Encendió otro cigarro. La luz de la luna llena le esperaba centenares de metros más adelante, donde la carretera se convertía en un ir y venir de curvas sobre el mar.

Cerró los ojos cuando notó cómo el motor perdía fuerza. Respiró profundamente. Sintió el aire cálido con olor a salitre cuando salió al exterior. Lloraba. La libertad que tanto había buscado allí le aguardaba, con los brazos abiertos, sobre el mar. Ya nada podría separarlos, ni las sirenas de la policía, ni sus luces, ni sus disparos.

Aún quedaban héroes en Santa Decadencia. Héroes como él, que luchaban por sobrevivir, matando y muriendo para llegar a abandonar algún día aquella prisión de neón y cristal.



# Lo que soy

(Publicado en la antología "Monster Mash", Suseya Ediciones, 2019)

Tan liberador es el mal como esclavista el bien. Y por mucho que contradigan esta afirmación, sólo quienes no tememos reconocer la verdad viviremos plenamente, sin miedo a las reprimendas o los castigos, pues son los verdugos los que cercenan cabezas con su ignorancia.

Trataron al hombre de loco cuando señaló la hipocresía de un dios que sólo castiga a quien discute su palabra. Ese es el Bien de quienes se empeñan en mantener los oídos sordos y los ojos cerrados, allí, arrodillados ante un altar en busca de un conocimiento que está al Otro Lado, dentro de sus almas, más allá de la cordialidad que les encadena. Un Mal con todas sus letras.

Desatando a la bestia y dando de comer al lobo que espera en nuestro corazón; así es como quiero enseñar a la humanidad a caminar por el filo de la navaja, saboreando la dualidad de la que estamos formados, al igual que el universo que nos rodea. Luz y Oscuridad, la una sin la otra, como el fruto de nuestras mentes, tan maduro y tan podrido al mismo tiempo. Porque soñamos con los labios de quien no quiere estar a nuestro lado, o porque es en la montaña y no en el mar donde ahogar esos suspiros que, con gusto, cambiaríamos por un puñal y una mordaza.

Repeler nuestra verdadera naturaleza, la del depredador que todo lo desea, es repudiar la mayor de las virtudes: El libre albedrío.

Para los cautos, hundidos siempre entre el qué dirán y lo que creen justo, mis palabras pueden despertar la ira en sus corazones; y negarán la verdad con tal contundencia que saborearán el más puro vinagre como un excelente caldo. Ellos son la escoria, los que cierran la puerta a una nueva forma de ver la vida y de aceptarse uno mismo tal y como es. Miserables. Pues no hay mayor desdichado que aquel que prefiere arrancarse los ojos que aceptar su terrible naturaleza liberadora.

Es por ello por lo que sostengo esta balanza. Miradme bajo el sol, immaculado, próspero, justo. Miradme luego en las sombras, cruel, despiadado, injusto.

¿Maléfico o divino? Ustedes escucharán esta historia, y juzgarán. Ustedes decidirán en valor a su moral. Pero tranquilícense, la razón es toda mía.

H. Jekyll

Henry se levantó y contempló desde las enormes cristaleras de su nuevo apartamento el mundo que estaba a sus pies. Desde allí se sentía poderoso, vencedor al fin después de mil batallas. Su reputación como cirujano mantenía un preciso equilibrio con lo acumulado en su cuenta bancaria. Por supuesto que aquello empezaba despertar a antiguos enemigos y a viejos amigos recelosos, pero él sabía muy bien que las vidas que había salvado eran el mayor de los tesoros, y como tal, tenían su valor medido en oro. Unos juzgaban sus métodos, perfeccionados en los viejos tiempos, cuando todo era un ideal que conseguir. Otros, lo más, simplemente abrieron sus bocas lanzando serpientes que no lograban esparcir su veneno en ninguno de los consejos médicos de los más prestigiosos hospitales del mundo. Sus manos, su bisturí y sus conocimientos eran requeridos desde Estados Unidos a Japón, pasando por Inglaterra, Francia y Rusia.

Por norma general, nunca trabaja con el mismo equipo médico. Cuando aceptaba los trabajos se informaba del personal que el hospital de turno tenía disponible, y hacía una lista cerrada no negociable. Su método era su secreto, y nadie que lo hubiera visto trabajar podría asegurar la clave de sus éxitos. Ya fueran trasplantes, cirugías estéticas, extirpaciones... desde que entrara por primera vez en un quirófano tras su “retiro”, jamás había perdido un paciente. Y jamás nadie supo averiguar hasta la fecha el secreto de su *magia*, como muchos llamaban a su pericia y sabiduría. Pero cierto era que en algunas ocasiones no le había quedado más remedio que compartir por segunda vez, e incluso tercera, quirófano con algunos colegas.

Fue así como conoció a Melinda, la guapa neuróloga que en aquel mismo instante se despezaba en su cama, desnuda bajo las sábanas de seda roja en las que se reflejaban los primeros rayos de la mañana.

—Buenos días —le dijo ella.

Él la miró sonriente, recordando la lujuriosa noche que habían compartido. Siempre se sentía incómodo cuando permitía que se quedara a dormir alguna de sus conquistas, pero se reconoció a sí mismo que con aquella mujer era diferente; le agradaba su charla y su compañía. Había pasado más de media vida yendo y viniendo, trabajando sin descanso, cumpliendo rigurosamente con su agenda, y la soledad acabó siendo una mala compañera de lecho.

Entonces, por un segundo, en su mirada se reflejó un fuego que ardía en su interior; algo íntimo que había encendido en aquel lejano pasado. Se dirigió de nuevo a la cama, donde sorprendió a su colega haciéndole el amor con una fogosidad inusitada a aquellas horas de la mañana.

\* \* \*

Cansado y abatido tras una larga e infructuosa operación, Henry se debatió entre continuar luchando contra el destino de los hombres o abandonar para siempre su profesión. Años de insomnio, estudios y prácticas no habían sido suficientes para evitar que todas aquellas personas, ante sus impotentes esfuerzos, perdieran la vida. Demasiados llantos y gritos de angustia laceraron su alma antes de elegir África como su lugar de peregrinación. Allí se encontraría cara a cara con su gran enemiga: La Derrota. El hambre, las enfermedades, la guerra... eran un caldo de cultivo donde sus fracasos pasarían desapercibidos.

Unido a la caravana de Médicos Sin Fronteras viajó por medio continente. A diferencia de muchos de sus compañeros, él prefirió no asentarse en ningún país. Iba y venía según se moviera el contingente sanitario, siempre rodeado de precariedad y desolación, cogido de la mano por su detestable compañera. La Parca le susurraba extrañas palabras en sueños, y aunque nunca las recordaba al despertar, el efecto de las mismas en su mente era como las minas anti-persona, cuyas mutilaciones se vio obligado a tratar en incontables ocasiones. Su espíritu se iba rompiendo en pedazos, y el ánimo que le llevó a aquel gran e inhóspito continente pronto se tornó en ataques de ansiedad, decadencia y abandono. Era imposible luchar en aquellas condiciones de pobreza, de miseria y desesperanza. Una simple tos era preludio de una nueva muerte.

Con tan sólo una mochila cargada de fracaso, puso rumbo a La República Centroafricana. El constante estado de guerra en aquel país le pareció el lugar perfecto para dar por terminada su vida. Las luchas internas que tanto le martirizaban, el recuerdo de cada uno de los pacientes que habían muerto en sus impotentes manos, condujeron sus pasos hacia Bossangoa. Una bala en la cabeza, algo rápido, y a la mierda todo; eso es lo que buscaba cuando llegó a la rivera del río Ouhan. El ancho cauce del mismo, y la insoldable profundidad de sus aguas, le obligaban a virar al sur, en busca de un puente que señalaba su raído mapa.

Pensando en jugársela y cruzarlo a nado, esperando que el agua terminase por engullirle, fue consciente de la presencia de un extraño hombre. Su piel era negra, tanto como la noche que a punto estaba de engullirlos; su desnudez era algo anecdótico en aquel lugar. Portaba en la mano un saco de piel, viejo, gastado. Dentro se movía algo.

Como hipnotizado por la dura mirada del nativo, el médico le siguió río arriba, hasta que llegaron a una cabaña a medio enterrar bajo un gran árbol.

Las estrellas se adueñaron de la inmensidad del cielo, y sólo un pequeño fuego encendido por su anfitrión permitió a Henry ser consciente de que las tinieblas no habían devorado la estepa ni el río, que pese al gran caudal de agua que arrastraba, permanecía en silencio, expectante.

Las llamas se reflejaban en la piel de ébano de aquel hombre de aspecto senil, bailando sobre las arrugas de su rostro. El blanco de sus ojos, terriblemente intenso, enmarcaba un vacío en el que el resplandor del fuego quedaba atrapado. El saco, prisión de algo vivo, permanecía a su lado.

Henry se sentó frente al negro, con la hoguera entre ellos, impaciente.

—Los dioses dieron a elegir al hombre algunas de sus facultades —dijo con voz calma el anciano, sorprendiendo al médico cuando éste se disponía a sacar la cantimplora de su mochila—, y no hubo consenso. Unos querían conocer los misterios del universo. Otros la fuerza para gobernar a los demás. Algunos prefirieron la vida eterna. Pero ninguno quiso conocerse a sí mismo. Ante tal situación, ninguno de los deseos fue escuchado, y se os condenó a vagar por el mundo sin saber quiénes sois realmente.

—Yo sé quién soy —se molestó Henry—, pero no el porqué de lo inútil de mis esfuerzos.

—Quizá no sea ese el camino adecuado —dijo su interlocutor, abriendo el saco.

Vació su contenido sobre la tierra. Un bebé y un viejo cuchillo de filo irregular levantaron el polvo sobre el que cayeron. El niño, menor de un año, no lloraba, sólo balbuceaba, y la visión del objeto cortante hizo presagiar lo peor a Henry. Éste hizo ademán de ponerse en pie, pero las llamas se elevaron lo suficiente para impedirselo.

—Este pequeño lleva un día entero dentro del saco —la voz del anciano se volvió cavernosa, e hizo crecer la semilla del miedo en el corazón del occidental, que no podía apartar la mirada del pequeño—, y aunque tenía la herramienta necesaria para escapar, no lo ha hecho.

—¿Pero cómo va a hacerlo? —Se irritó el médico, alzando la voz—. Un bebé no puede empuñar un cuchillo...

—Es lo mismo que le pasa al hombre —le interrumpió el negro, cogiendo el utensilio por la empuñadura—. Tenéis a vuestro alcance todo aquello que necesitáis para escapar de esa prisión que vosotros mismos creáis, pero sois incapaces de utilizarlo. Temes este cuchillo por lo que puede hacerse con él, por lo que representa en las manos de un extraño... por lo que podría hacer si lo acerco a la piel de este bebé; pero si vences ese temor, si aceptas que el dolor es necesario, que no todo debe valorarse desde una única perspectiva, quizá logres escapar.

—¿Escapar?

—Sí —sonrió el anciano, apoyando el filo del cuchillo sobre la tripa del niño—, escapar de la bondad y aceptar la ayuda de aquel que rompe las normas.

Henry gritó, abalanzándose sobre las llamas cuando la hoja mellada hizo correr el primer hilo de sangre del niño. Pero cuando cayó sobre la tierra polvorienta, ni bebé, ni cuchillo ni anciano se encontraban allí. El sol castigaba con furia la sabana, y sólo la sombra del gran árbol había evitado que muriese de insolación.

Se incorporó, sediento, completamente desorientado. Bossangoa había sido un sueño, así como el río. Debía estar a muchos kilómetros de la ciudad. Rebuscó en su mochila y dio

rápidamente con la cantimplora. Encontró también restos de unas raíces, semillas y una piedra de arenisca que desprendía un polvo amarillento. No tenía ni idea de qué era aquello, pero cuando descubrió también un cuchillo oxidado, palideció. Era el mismo que empuñara el anciano contra el bebé.

Lo primero era saciar su sed, así que agitó la cantimplora, comprobando con alegría que estaba prácticamente llena. La abrió, y al ir a beber, un olor agrio penetró por su nariz.

—Agua podrida —murmuró con las lágrimas a punto de caerle por las mejillas.

Lanzó el recipiente sin fuerza, yendo éste a caer a pocos metros de él. El líquido, de un tono verdoso, se derramó sobre la corta hierba. Vio entonces cómo un pájaro de pequeño tamaño se detuvo allí mismo, y bebió antes de reemprender el vuelo. Observó cómo el animalillo revoloteó sin rumbo, esperando verlo caer y morir intoxicado, pero no fue así. El ave se posó en una de las ramas del árbol, para luego volver a surcar el cielo, rápido en su aleteo, como si sus fuerzas hubieran sido renovadas completamente, volando sin miedo a ser cazado por alguno de sus depredadores. Aquel detalle no pasó por alto al médico, así que se acercó a la cantimplora y bebió con cautela parte de lo que quedaba.

Un fuerte retorcijón dobló por la mitad su cuerpo. El dolor era agudo, como si cada uno de sus músculos hubiera entrado en ignición. Duró poco aquella sensación de malestar, y cuando se incorporó ya no sólo la sed había desaparecido. Se sentía fuerte, ágil, con la mente despierta y una voluntad inquebrantable.

Fue así como reemprendió el camino, dispuesto a llegar, ya no a Bossangoa, si no a la capital, Bangui.

Dando pequeños sorbos a aquel líquido, manteniéndose incansable, llegó a su destino. Habían pasado algunos días desde el incidente con el anciano y el primer trago a aquella bebida milagrosa. Durante el trayecto, al igual que su cuerpo, su mente se había mostrado inagotable. Miles de ideas, de proyectos que llevar a cabo, de análisis a su pasado, habían ocupado su cabeza. Las palabras del viejo también habían tenido su lugar en aquella lista de pensamientos, y cuanto más reflexionaba en ello, en el cuchillo, en el bebé y en lo incapaz que había sido el pequeño, más rabia crecía en su corazón. ¿Era él, acaso, como aquel crío? ¿Acaso tenía a su vera la solución a sus frustraciones? Sostuvo la mochila en alto, oculto en un callejón de aquella apestosa ciudad. Dentro llevaba la cantimplora, prácticamente vacía ya, y los extraños elementos, ingredientes que algo en su interior le decían que eran los adecuados para crear aquel brebaje. Sí, claro, para eso serían, pensó. En algún momento, bajo los efectos de la insolación, habría dado con aquella fórmula sin proponérselo. ¿O habrían sido los dioses que mentara el anciano quienes habían puesto sus pies en aquel camino de conocimiento?

La incertidumbre le hizo entrar en cólera. ¿Qué pasaría si se le terminaba aquel bebedizo? El miedo afloró, y la fuerza que sintió en su cuerpo se desbordó cuando a su espalda escuchó las voces de varios hombres, cinco exactamente. Le dijeron algo en un idioma que no comprendió, pero el tono que utilizaron le dejó bien claro que no eran amistosos.

Henry sacó el cuchillo de la mochila con una velocidad inusitada, y sin mediar palabra acabó con la vida de dos de ellos. Otro fue alcanzado en la ingle, de donde manó abundante sangre; el resto logró huir.

Todo pasó muy deprisa, pero Henry se sintió bien, fuerte, sediento de más muerte. Sentía cómo todas sus creencias, su juramento como médico y las vidas que había intentado salvar durante su existencia dejaban de tener sentido alguno. Toda la bondad que le había caracterizado quedó borrada de su alma.

Volvió el miedo. Quedarse sin aquel líquido verde le aterraba. Debía aprender a fabricar más.

Pero antes de eso acabó con la vida del hombre que agonizaba con la ingle ensangrentada.

Al día siguiente pudo costearse el alquiler de un cuchitril gracias al dinero que había robado a varios vecinos de la capital. La fuerza, la resistencia y la ira que le otorgaba la milagrosa pócima le facilitaba la supervivencia en aquellas calles de violencia y suciedad. Incluso su ingenio parecía verse afectado a bien al ingerir el líquido verde, ya que no tardó ni tres días en dar con la fórmula que le convertía en un dios. Tres días, en los que la fama de mala persona desató el miedo entre sus vecinos más próximos. Trataba con el mismo desprecio a hombres y mujeres, niños y ancianos, y no dudaba en emplear la fuerza para saciar sus necesidades; las que fuesen. Pronto comenzó a reclamar los servicios de las prostitutas del lugar, y cuando empezaron a negarse a complacerle, los ríos de sangre corrieron junto al de las aguas fecales.

Tenía reservas de aquel brebaje como para beberlo durante meses, pero con el paso de los días se percató de algo que le llamó poderosamente la atención: Su personalidad cambiaba con cada ingesta. Siempre se sentía bien físicamente al beber la poción, pero unas veces se apoderaba de él una euforia homicida, y otras volvía su habitual benevolencia. Aquello le hizo pensar, y aprovechando uno de sus estados de calma, reflexionó sobre su vida. Debía volver a la senda que había abandonado, ser el médico que salvaba vidas, y no el maldito asesino que las quitaba por capricho. La personalidad egoísta de Edward Hyde, como se hacía llamar cuando el mal dominaba su mente, no quiso oponerse a aquella decisión; su malicioso yo sabía perfectamente cómo ayudar al buen doctor.

Para sorpresa de las gentes del barrio donde vivía Henry, éste abrió una consulta médica. El dinero, nadie supo de dónde salió, pero sí era cierto que mientras empezaba a salvar vidas, otras tantas se apagaban por las noches. Desde el precario hospital de la capital le llegaron peticiones para que trasladase allí su consulta, pero Jekyll sabía que a Hyde no le gustaría que se descubriera el método revolucionario con el que curaba a sus pacientes. Vidas a cambio de otras. Experimentos en humanos. Esa era la base de la revolución médica en Bangui.

Volvió a la civilización occidental como un misterioso cirujano que podía realizar cualquier operación, por dificultosa o novedosa que se tratase. Bebiendo aquella exótica poción, siendo Jekyll o Hyde, según la necesidad, repartía esperanza y vida, al tiempo que llenaba de muertos eviscerados y mutilados las morgues de las ciudades por donde pasaba.

\* \* \*

Edward Hyde miró con recelo al hombre que tenía atado a la vetusta mesa de operaciones. Ciertamente le hubiera gustado degollarlo sin más, pero necesitaba practicar la extracción de sus órganos para volver a colocárselos. Jekyll tenía aquella mañana una delicada operación, así que necesitaba practicar primero en las entrañas de aquel pederasta que la justicia no había podido retener por falta de pruebas. Por suerte para el enfermo, y desgracia para aquel hijo de puta, tanto Jekyll como Hyde estaban de acuerdo de que la escoria humana sobraba en el mundo. Furcias y clientes que repartían enfermedades con cada servicio, ladrones sin escrúpulos, estafadores, violadores, drogadictos... pederastas... todos eran los conejillos de indias perfectos, siendo sin saberlo el secreto que sustentaba la fama del infalible cirujano.

—¡Estás loco! —Gritó el tipo amarrado cuando Hyde le enseñó el bisturí—. ¡Eres un demonio!

Demonio, sonrió el malicioso médico. Sí, quizá lo fuese... o quizá no.

Matar era un pecado, según los cristianos a los que tanto había ayudado en multitud de hospitales católicos, pero aquel mismo pecado era la llave para salvar vidas.

—Un niño de ocho años depende de lo que tarde en abrirte y vaciarte —le explicó Hide sin perder la serenidad de su mirada malvada—. Él merece la vida y tú no. Si crees que soy un demonio por arrancarte las entrañas, adelante, piénsalo, pero te puedo asegurar que sus padres me adorarán como a un dios, aunque no lleguen a saber de mí... ni de ti, por supuesto.

Tras amordazarlo, comenzó el juego macabro. Sin anestesia, sin monitores, sin ayudantes, ahorrando en gastos, conociendo perfectamente todas las fases de dolor e inconsciencia por las que pasaba cada uno de sus conejillos, lo abrió en canal. Llevaba muchos años utilizando aquel método, la *magia* que había hecho de Jekyll el rico y reconocido hombre que, como aquella mañana, y seguramente como en muchas otras venideras, miraría desde el ventanal de su lujoso ático una ciudad cada vez más limpia de indeseables.

Al doctor le gustaba aquello, y tanto él como Hide habían encontrado el camino adecuado a sus vidas. Los dos eran libres, los dos gozaban de los placeres que siempre habían anhelado. Ambos reconocían lo que eran en verdad, y aquella certeza les convertía en el humano que todos los demás deseaban ser.

## El rotulador azul

El niño escuchó cómo se cerraba la puerta. Papá había vuelto, y llevaba un cuchillo en las manos.

Dios colorea un dibujo en su libreta. Le ha costado mucho que le saliera algo decente, así que pintarlo es un premio a su constancia. Con el rotulador azul va a sombrear el traje del protagonista, pero está gastado. No puede darle vida sin los colores adecuados. Imposible. Lo mejor será volver a dibujar otro superhéroe. Entonces, unas gotas rojas caen sobre el papel, fastidiando su obra. Ese personaje de poco le sirve ya. Hace una bola con la hoja y la tira a la basura.

El niño lo llamó, porque Dios siempre está allí, en todos sitios, pero vivir en el Cielo supone llegar tarde. Ni al chiquillo ni a su madre ayudó el inacabado héroe a medio pintar. Quizá no lo coloreó bien, o no le hizo suficiente musculatura. Nunca lo sabrá. Pero lo que estaba claro era que papá volvía a bajar la escalera, y que en sus manos llevaba un cuchillo manchado de rojo y un cuerpo frío sobre el hombro. Esa criatura no iba a ser la última.

El niño no iba a descansar solo, y eso no sabía si era un alivio o parte de su incompetencia. ¿Pero qué culpa tenía él, dios todopoderoso, de que se acabase la tinta del rotulador azul? Llevaba milenios dibujando aquel mundo y a sus habitantes, y sabía que dar con el color adecuado para cada cosa era tan difícil como importante. La paleta que manejaba era inmensa, y merecía un detenido estudio. Al fin y al cabo, la muerte no era el final. Él ya procuró que eso no fuera un problema. Había una solución temporal, una sala de espera. Porque nadie nace sabiendo, y menos él, que cuando abrió los ojos solo había un gran vacío y demasiadas cosas por dibujar.

Ahora, madre e hijo se pasean por la casa sin saber qué hacer o a donde ir. Miran a ese otro niño cuando se lo cruzan, y sienten el miedo de quienes están muertos. Ahí abajo todos lo están, todos. Y el frío, inacabable camino de gotas rojas, serpentea bajo los umbrales de cada una de las puertas.

También hay otra madre allí, atrapada entre sábanas que apestan a lágrimas y semen. Los hematomas no sangran, no gritan, no sollozan, pero tiene un color uniforme y desgastado que remarcan el abandono. Dios, implorado es luego despreciado. Reclamando al tiempo su último beso, mueren todos bajo aquel techo. Todos menos él. Papá. Él vive. Él dibuja.

Entran en su cabeza líneas y líneas, trazos de un lápiz que araña el papel arrugado que es su cerebro. Él lo ve todo en blanco y negro, por eso le gusta imaginar que las sombras más oscuras son tan rojas como el ardor que acuna su garganta cuando sale del bar y vuelve a casa. Allí, entre esas cuatro paredes, ve espirales que recorren cada recoveco, y si ese nuevo niño le mira, debe acallar su miedo pintando de sombras muy oscuras las malditas lágrimas que difuminan el grafito de su armonía.

A ella, otra más, la misma pero con diferente cara y diferente culo, la odia. ¿Es que uno no puede vivir solo? ¿Es necesario sentir que te molestan para saber que estás vivo? No, por eso cada cierto tiempo busca rodearse de la nada, del poder del cuchillo.

Y Dios, obsesionado con la estética de su creación, calculando ángulos y cambiando perspectivas, calculando el punto de fuga adecuado, sigue buscando mientras tanto en su plumier un maldito rotulador azul.



## Una voz

Eran las tres de la madrugada cuando Belén se quedó sola. El papeleo del traslado ya estaba junto a los formularios que tendría que rellenar una vez realizada la autopsia, y aunque el café se le había enfriado, no iba a hacerlo esperar más tiempo.

Sorbió como si quemase, llevada por la costumbre, pero acabó por apurarlo de un trago.

Retiró la sábana que cubría el cuerpo de aquella desdichada muchacha. Era menuda, y aunque pensó que era una adolescente, la ficha médica decía tenía veinticinco años. Presentaba grandes hematomas debido al brutal impacto que había sufrido.

—Menuda nohecita, ¿eh, muchacha? —le dijo Belén al cuerpo desnudo—. Sale una a meterse una buena fiesta, y acaba fiambre por no mirar al cruzar la calle.

La forense decidió ponerse manos a la obra pese a que no tenía por qué hacerlo. El juez no reclamaba ningún tipo de prioridad en aquellos casos. Era una víctima más del tráfico caótico de la ciudad.

Encendió la grabadora y empezó a relatar lo que podía observar a simple vista. No hacía tanto que había dejado la facultad, pero ya se sentía como una veterana. Cada noche llegaba un cadáver que abrir y diseccionar, aunque normalmente se trataban de ancianos o enfermos terminales del hospital. Las ganas de cortar carne y hueso le animaron a realizar una autopsia en profundidad. Aquella era una de las mejores maneras de conocer a alguien, y como el becario que le habían asignado disfrutaba de su día libre, charlaría con la difunta sobre su vida y su muerte.

—Tú y yo, a solas, pequeña —dijo, pausando la grabadora.

Aquella joven le parecía guapa. No demasiado atractiva si la comparaba con alguna de las rubias y altas compañeras americanas con las que se había acostado, pero no le hubiese importado invitarle a unas copas. Su aspecto latino, de larga melena morena y piel tostada por el sol, le transportaba a los tiempos en que volvía de Estados Unidos por vacaciones y se pasaba las noches de playa en playa, de chica en chica, lejos de las lechosas yankis. Eran otros tiempos; veranos de compañías y amistades tan efímeras como placenteras.

Dejó de lado sus anhelos sentimentales y carnales, y accionó de nuevo el *REC*. Hurgar en la soledad que compartía en casa con su gato Chaos no le ayudaba a centrarse en lo que tenía entre manos, y de seguir así rememoraría el adiós de Unna. Había decidido pasar página después de tres meses de llantos sobre la almohada. Su madre ya le advirtió que aquella bohemia pintora alemana necesitaría volar libre tarde o temprano. Y así sucedió tras un año de relación.

El bisturí dibujó exactamente los trazos que le habían enseñado y hecho practicar cientos de veces en la facultad. Eran los mismos de siempre, pero le gustaba deleitarse con ellos recordando sus primeros cadáveres en las clases. Tenía la misma sensación que cuando se sacó el carnet de conducir: Nunca tuvo claro que lo conseguiría.

Mientras divagaba, fue cortando y hurgando en el cuerpo al tiempo que relataba sus acciones con todas las palabras técnicas que tenía grabadas en la mente. No encontraba nada excepcional, ni un detalle que le dijera algo interesante de la fallecida.

—¿No te gusta hablar, eh? —le preguntó al cadáver cuando dio por terminaba la autopsia.

Cubrió de nuevo el cuerpo con la sábana y lo llevó en una camilla a la cámara frigorífica donde, no sin esfuerzo, la introdujo en uno de tantos espacios libres que había.

Aquella sala siempre le causaba repelús, tan fría, rodeada de acero brillante, el mismo en el que, tras cerrar la cámara mortuoria, vio reflejada la figura de una mujer.

Belén se giró completamente sobre sus talones, apoyando la espalda contra el frigorífico. Allí no había nadie. No era la primera vez que experimentaba algo parecido, pero si su mente no le había jugado una mala pasada podía afirmar que el reflejo que la mantenía pegada al frío metal era el de la chica que acababa de meter allí dentro.

No era posible, se dijo. Había pasado demasiado tiempo mirando a aquella muchacha mientras rebuscaba en sus vísceras. Seguro que todavía tenía grabada la imagen de la muerta en las pupilas.

Abandonó la estancia al tiempo que se quitaba los guantes de látex. Se sintió cansada de pronto, como si le hubiesen absorbido la energía.

Sentada frente a la mesa de su modesto y pequeño despacho, y antes de rellenar los informes, encendió un cigarro, mirando que el humo no llegase al detector contra incendios. Mientras fumaba escuchó la grabación de la autopsia, pero a los pocos minutos la ceniza del cigarrillo cayó sobre su falda. Todo aquel tiempo permaneció quieta como una estatua, escuchando con horror una voz por encima de la suya. La de alguien, no distinguía si hombre o mujer, que pedía perdón ininterrumpidamente.

Belén se levantó de su mesa tras apagar la grabadora. Había vivido muchas experiencias sobrenaturales, pero aquello superaba a las casas encantadas, las sesiones ouija y los experimentos con velas y espejos en la oscuridad de un cuarto de baño. Siempre fue muy aficionada a todo lo referente al mundo del misterio, a los programas de televisión donde intrépidos cazafantasmas limpiaban viejas mansiones, y a los foros especializados de internet. Aunque a sus treinta años, con todos sus colegas aventureros al otro lado del Atlántico, había empezado a perder la pasión por aquello. La llamada de la vida adulta se imponía en su rutina. Incluso se le había pasado por la cabeza dejar de teñir de negro su larga melena rubia. A su madre, de quien había heredado tan brillante cabello, le daría una buena alegría.

Pero el perdón, aquel lamento que se elevó sobre su monótona voz en la grabación, le quitó diez años de encima. Tenía el vello de punta, se había fumado dos cigarros en menos de diez minutos y, enciendo un tercero, volvió a pulsar el *PLAY* con la imperiosa necesidad de saber si había algo más.

Empezó la reproducción, y para su asombro sólo se le escuchaba a ella relatando la aburrida autopsia. ¿Dónde estaba la voz que con tanta insistencia se disculpaba?

—Su puta madre —bufó enfadada. ¿Acaso el sueño o el cansancio le habían jugado una mala pasada? No, no podía ser—. ¿Me vas a dejar así? Joder, tenía una psicofonía de la hostia. Vuelve a hablar.

Rebobinó la cinta otra vez y pulsó el *PLAY*, pero nada, su voz era de nuevo la protagonista de la grabación.

Avanzó en la reproducción, y justo cuando la velocidad regresó a la normalidad, sobre sus palabras pudo escuchar algo que no había oído antes, una voz de ultratumba.

“Ya llega, es inminente. No podrás liberar tu alma”.

Apretó con tanta fuerza la tecla del *STOP* que se hizo daño en el dedo.

Tragó saliva, y la colilla del cigarro se cayó de su mano totalmente consumida.

Las luces parpadearon, luchando por no apagarse. Dio un respingo, y un frío intenso se apoderó del pequeño despacho. Los fluorescentes del techo empezaron a comportarse como flashes, intensificando su luminosidad con cada fogueo.

Belén salió corriendo de la oficina, no sin antes coger de la mesa la grabadora. Su instinto de

investigadora le dio fuerzas para hacerlo, pero el miedo enseguida se mezcló con la adrenalina en su sangre.

Salió al largo pasillo que dividía en varias secciones la planta forense del hospital, pero allí también relampagueaban los largos fluorescentes del techo. Era como moverse en fotogramas, y aunque eso no era impedimento para avanzar, permaneció algunos segundos inmóvil. Escuchó un click proveniente del puño donde sujetaba la grabadora, y observó con terror que la tecla del *PLAY* se había bajado sola. La cinta comenzó a correr sobre el cabezal.

“Ya llega”.

Belén tiró el aparato al suelo y comenzó a correr hacia la salida de socorro más próxima. Las luces aceleraron su ir y venir, y un sonido agudo taladró sus oídos de tal manera que no le quedó más remedio que intentar amortiguarlo tapándose las orejas con las manos; pero no funcionaba. Entonces gritó, desesperada, aterrada, con el corazón en la boca, chocando contra las paredes del pasillo, enloqueciendo.

Alguien o algo se cruzó frente a ella, a no más de dos metros de distancia. Las piernas le fallaron, pero su cerebro tomó el control y despertó el instinto primario de supervivencia. Otra figura, o la misma, apareció en el segundo que duró un fogonazo de luz. Después vinieron más sombras; esta vez estaba segura de contar más de una. Le costaba enfocar la vista, pero le parecían personas: hombres, mujeres, y algún niño también. Iban y venían, sin permanecer en el mismo sitio. Durante ese breve lapso de tiempo en el que eran visibles, no se movían, sólo la miraban, pero en el segundo que también duraba la oscuridad, se aproximaban a ella.

Belén chilló, tanto que notó cómo su garganta se rompió y se quedó sin voz.

Alguien la agarró del cuello. Era una presa fuerte, y aunque los fogonazos no le permitieron ver desde donde la sujetaban, manoteó tan violentamente que logró zafarse sin llegar a tocar a nadie. Entonces corrió, como nunca lo había hecho, abriendo la boca intentando gritar. Pero el silencio se hizo el amo del lugar y la oscuridad devoró todo atisbo de luz justo en el momento en que dobló una esquina.

El miedo se convirtió en una cadena con una gran bola de hierro en uno de sus extremos, aunque la locura que iba apoderándose de su mente le dejó un resquicio de lucidez para recordar que llevaba un mechero en uno de los bolsillos de su bata.

Temiendo encontrarse con algún rostro deformado o cualquiera de las horribles imágenes que su mente fabricaba sin cesar, liberó la llama. Puso el gas al máximo, y así ganó unos centímetros más de luz.

Su respiración agitada iba al compás que marcaba su acelerado corazón, y aunque alargaba el brazo cuanto podía para iluminarse mejor, la situación no mejoraba. Le hubiese gustado continuar corriendo, pero sabía que acabaría estampada contra una pared, contra una puerta abierta o con alguna de las camillas que siempre había en los pasillos.

Lentamente, con cautela pero preparada para huir en cualquier momento, siguió el pasillo que llevaba a la puerta de emergencia.

Le tocaron una pierna. Otro roce la puso en alerta. Algo o alguien se divertía corriendo a su alrededor. La llama del mechero titilaba, llevada por la ráfaga de aire que provocaba aquel fenómeno. Pronto los roces pasaron a ser golpes, y en un momento dado sintió cómo su piel se abría y se humedecía. Sangraba.

Unas pisadas emergieron de la oscuridad, acercándose, portando el sonido de uñas golpeando el suelo.

Belén gritó. Había recuperado la voz milagrosamente, quizá para deleite del ente que la atormentaba.

Sin saber muy bien a dónde se dirigía, intentó reconocer el camino que sus ojos no veían, y cada camilla que se topó la desplazó como pudo para intentar frenar a su perseguidor, que seguía acercándose.

Chocó contra algo sólido, una pared quizá, pero al iluminar aquello reconoció la barra anti pánico de la puerta de emergencia. El mechero se apagó finalmente, pero le dio igual. Empujó con todas sus fuerza y salió al exterior, donde el aire fresco la recibió como el salvador que tanto anhelaba.

Ante ella, los jardines del hospital rezumaban paz bajo la luna llena de la madrugada.

Miró hacia atrás, y con espanto contempló en la oscuridad del umbral que acababa de cruzar la forma de una muchacha, la misma a la que había practicado la autopsia. Su expresión era de puro terror. La chica se giró y entró de nuevo a la oscuridad.

Belén corrió, buscando desesperadamente la parada de taxis que había allí cerca, pero al cruzar la calle una furgoneta le pasó por encima.

# In ictu oculi

(Publicado en la antología "Fuenlabrada Distópica", 2018)

Todo sucede deprisa, sin dolor. Está en tu mente.  
Conéctate y no sufras. Deja que él llegue.

## Marah

Dicen que la vida dura lo que un parpadeo, pero el mío está siendo demasiado largo.

Recuerdo algunos días, pero en ninguno de ellos se veía el sol. Las nubes siempre estaban ahí, ocultándolo, densas y grises... Ah, el gris. Ojalá pudiera verlo ahora.

Cuando todo se apagó, la vida era mala, pero no tanto como lo fue después.

Los recuerdos de mi madre todavía están grabados en mi mente. Ni los golpes ni los electroshocks han logrado borrar esa parte de mi memoria. Siempre que necesito recuperar fuerzas los tengo ahí, intactos, dolorosos. Aun así, me gustaría resetear todo el sistema, y no solo el disco duro. Hay tanto que quisiera borrar que pagaría cualquier precio. Las cosas buenas, olvidadas, no harían tanto daño.

El hambre nunca fue lo peor, y eso que pasábamos mucha. Mi madre murió de hambruna. Y mi hermano. Sólo quedaba yo cuando mi padre volvió para llevarseme.

Para entonces el cielo ya estaba gris. Ni los más viejos recuerdan desde cuándo es todo así, pero se nos contó una vez que alguien con una memoria antigua, de aquellas tan limitadas del siglo pasado, explicó que el cielo una vez fue azul, y que el sol brillaba. ¿Os imagináis? ¡Un sol brillante!

Las guerras lo apagaron. Eso sí lo sabemos todos los que estamos conectados. El recuerdo de los motivos y del caos se desvaneció, y los poderes que se alzaron utilizaron aquello para tomar el control y generar un nuevo orden. Pero no pudieron corromper el legado genético, que yace perdido en algún rincón del espíritu humano. Quizá por eso nació la necesidad de conservar la fe en aquello que estaba llevando a la humanidad a un futuro utópico, a formar parte de La Red: la inteligencia artificial.

Mi padre me contó que el TecnoDios pronto aparecerá para apartar a la humanidad de la carne y guiarla para sobreponerse a su propia barbarie. Hay armas bajo tierra para defenderse de los blasfemos de la superficie, me dijo, ingenios de otra época que una vez conectados a esa divinidad cibernética serían la voz de nuestro pueblo.

Pero todo es mentira.

Mientras siga conectada a su sistema, mi carne es suya, de todos ellos. Nada puedo hacer desde el mundo virtual en el que permanezco atrapada, nada mientras no encuentre un huésped en la superficie, alguien que se deje manejar y acuda en mi ayuda... si es que aún hay salvación.

## I

Su respiración era tranquila. Estaba acostumbrado a aquello. Saltaría a la plataforma, miraría a su adversario y le rebanaría el cuello. Luego le arrancaría el motor que le hiciese de corazón, o

le partiría la médula espinal. Fuese como fuese, su desdichado adversario terminaría en el magma del gran caldero sobre el que iban a luchar. Prefería otro tipo de escenarios, pero por lo visto en aquella pelea había mucha pasta en juego. Toda la mafia de La Avanzada estaba allí reunida.

Sonrió, asustando a sus compañeros de celda. Ninguno sabía por qué parecía feliz aquel hombre cuarentón, pero de saber la verdad lo hubieran tomado por loco. Eran demasiado jóvenes para entenderlo: Algo tan insignificante como el dinero había logrado sobrevivir a varias guerras mundiales, y estaba por encima de todos ellos. Pese a que lo importante eran la comida y el agua, esas malditas monedas de metal podían comprar la libertad y la vida de una persona, de un animal o de un cibernético. Si abrasarlos en aquella celda con un lanzallamas les hubiese supuesto más beneficios que hacerlos morir en combate, ya serían cenizas.

Él, por suerte, sí aprendió de cada mal paso que dio. Uno muy malo lo llevó a participar en aquellas luchas. Pero supo adaptarse, sufrir y sangrar. Y estaba a un paso de conseguir la gloria. Sólo tenía que hacer más rico a su amo.

Contempló su brazo mecánico, llamativo sobre su piel negra. El metal de las placas protectoras estaba bien forjado y pulido; y como a él le gustaba, no mostraban ningún emblema o color que le robase su personalidad rebelde. Ciertamente era que todos los luchadores tenían un amo para quien combatían, al que representaban, pero él se había ganado el derecho a mantener un nombre propio. Su amo permitía que le llamasen Penumbra.

Con un brusco gesto hizo que de la parte superior de su antebrazo metálico surgiera una impresionante hoja acabada en punta, ligeramente arqueada. Los luchadores de la celda se apartaron tanto como pudieron de él. Temían a aquel metal más que a su portador. Él, sencillamente, observó aquella arma con orgullo y fascinación. Un esbirro de su amo encontró la enorme cuchilla de tan extraño metal en El Vertedero de los Estados. Como querían asegurarse más victorias, más dinero, y no había nadie en toda La Avanzada que pudiera fundir y volver a forjarla, le fue entregada como un regalo.

Aquel metal era irrompible. Algunos expertos aseguraban que pertenecía a la era anterior a las guerras, otros que era extraterrestre. Podría haberse confundido con acero de no ser por el brillo natural que manaba de su perfecta superficie.

—¡Penumbra! —Gritó alguien desde el fondo del pasillo que llevaba a la plataforma de combate.

El carcelero abrió la celda, y con un gesto de mano le invitó a salir. Su metro noventa pasó justo por el umbral de la puerta. Sacudió con fuerza su cabeza, haciendo crujir el cuello y meciendo las largas rastas, más negras que su propia piel.

La muerte esperaba.

## **Marah**

Tengo dieciséis años, pero dicen que aparento treinta. Como me quedé ciega, no tengo manera de saber si me dicen la verdad.

Mi madre tenía treinta cuando murió, y la recuerdo casi sin carne sobre los huesos, con la piel cenicienta, los pocos dientes que le quedaban a punto de caer, y un pelo lacio y quebradizo como el de un cadáver.

No, no es nada halagador que me digan que aparento treinta.

Pero quizá solo me lo dicen para molestarme, para que me sienta mal. Desconocen que para mí sería un alivio ser como mi madre. Dudo que a los hombres les gustase tanto como dicen cuando jadean a pocos centímetros de mi nuca cada vez que me follan. Aunque se supone que no

debería enterarme de nada de eso. El cableado debe tener una fuga.

Susan, la mujer que atiende nuestros cuerpos, nos regala palabras crueles pensando que no son escuchadas. No sé si es una acólita de la Iglesia del Ragnarok como mi padre, o una esclava desenchufada. Quizá desahogue su dolor así, intentando olvidar a todos esos cerdos elitistas que vienen cada vez que necesitan desahogarse, olvidando su proclama, deseando la carne más que la bendita tecnología de su dios. Puedo comprenderla, pero no por ello haré que mi salvador le arranque la cabeza. Será otra experiencia que no podré borrar de mi memoria.

Sé que podría mover algún músculo si lo intentase. Muchas veces he tenido la tentación de tocarme la cara, de buscar con la yema de mis dedos el rostro de mi madre, pero me da miedo. Ya no sólo por la reprimenda y los electroshocks, si no por descubrir que tienen razón y confirmar que soy una burla de lo que fui.

Treinta años son demasiados. No quiero seguir así ni treinta días más.

Oh, quizá no deba esperar ni treinta horas: Alguien ha entrado en sintonía con mi línea averiada. No sé cómo ocurrió, ni cuando, pero hubo un momento en el que logré escapar de la red de esta iglesia. Y ahora he encontrado a mi salvador. Tan solo debo hacerme con su mente y traerlo hasta aquí.

## II

En las gradas el público rugía ansioso. El calor que desprendía el magma hirviente no era motivo suficiente para que muchos asomasen la cabeza. Querían ver al luchador que esperaba en la candente plataforma, sujeta por cadenas de enormes eslabones a las gradas de hormigón del circo, desde donde jaleaban los fervorosos espectadores. Dos planchas de metal permitían el paso de los combatientes desde la zona de celdas. Cuando el segundo luchador, Penumbra, se presentó ante su oponente, dichas pasarelas se separaron gracias a un sistema de poleas mecanizadas.

Los dos adversarios se quedaron aislados, uno frente al otro, estudiándose, sintiendo en sus botas el magma, una decena de metros bajo ellos. En sus nuca llevaban todavía insertados los tubos y cables que les suministraban el combustible para sus partes mecánicas y la información que sus amos habían recopilado sobre el rival. Muchas veces eran datos inútiles o falsos. Todos los luchadores lo sabían, pues ese era el sistema más sencillo de amañar peleas, pero debían aparentar ignorancia.

Penumbra lucía orgulloso su brazo mecánico. Era el único implante armado que llevaba. Aquello y el chip localizador que todo amo colocaba a sus sirvientes, putas y luchadores. A diferencia de la mayoría de los nacidos en la clandestinidad de un útero, a él le había sido implantada una memoria supletoria. Por ello era considerado un cibernético y podía pelear.

Su rival era famoso por su crueldad. Decían que disfrutaba arrancando la espina dorsal a sus oponentes antes de que muriesen. Comparado con él, el tipo era extremadamente alto, cercano a los tres metros, y salvo media cara, un muslo y una porción de brazo, el resto era acero bien engranado y pintado con los colores de su amo: Verde oscuro y ocre. En su espalda respiraba ruidosamente un motor diesel supletorio, que potenciaba su fuerza física. Sin duda su amo era poderoso, pues los combustibles fósiles escaseaban en La Avanzada. Aquellos fueron los datos que le transmitieron por cable. Pero algo más se había colado en su memoria.

—¿Qué cojones...? —Musitó Penumbra.

El combate comenzó en cuanto los tubos se desconectaron de sus nuca y la habitual y estridente bocina sonó.

El cielo gris del mediodía fue testigo del primer encontronazo. El brazo de Penumbra resistió

con entereza la embestida a dos manos de su oponente, quien rugió al mismo tiempo que el motor de su espalda lanzó una bocanada de humo negro. Sabía que golpearlo con cualquier parte del cuerpo que no fuera su brazo mecánico le supondría una buena fractura de hueso, así que lamentó no poder dar un espectáculo digno de su fama. Debía terminar con aquello rápidamente.

De un salto se apartó de la mole metálica, y tras hacer aparecer su hoja, cuyo resplandor elevó el volumen del griterío del público, se lanzó zigzagueando hacia su oponente, que sonrió con su media boca humana.

Éste estiró el brazo mecánico, que sorprendentemente cayó al suelo, dejando a la vista un orificio semejante a la boca de un cañón.

Penumbra detuvo su avance. Conocía aquel tipo de armas, pero no había visto una desde la intervención de los Sombras para poner orden en una disputa entre bandas. Estaban prohibidas las armas de fuego en toda La Avanzada, fuesen del tipo que fuesen, y mostrarla públicamente le hizo entender que alguien no quería que saliera vencedor de aquel choque.

El gigante no tardó más de tres segundos en cargar el arma, y sólo uno en lanzar un rayo de plasma que a punto estuvo de arrancarle el brazo humano. El rayo estalló al chocar con la pared de hormigón donde se sujetaba una de las cadenas que mantenían en horizontal la plataforma de combate.

Ambos contrincantes perdieron el equilibrio, pero no llegaron a caer. Por contra, parte de la gradería se precipitó al magma, donde el fuego consumió a decenas de espectadores.

—Voy a acabar contigo, Penumbra —le dijo el gigante—. Tu fin llega hoy.

—Estás loco —le escupió con desprecio su oponente, interponiendo su hoja indestructible entre los dos—. Por mucho que te vayan a pagar si me matas, sabes que no saldrás de aquí con vida. Los Sombras ya deben haber sido alertados por culpa de ese cañón.

—Eso me da igual —obtuvo como contestación—. No es dinero ni libertad lo que me han prometido. Es la vida de mi hija. Tú mueres, ella vive.

Penumbra sabía muy bien que una monstruosidad mecánica como su rival tendría el incentivo de un sentimental recuerdo falso y que ni tenía hija ni hijo, así que aquellas palabras no le afectaron lo más mínimo. Haciendo gala de una enorme fuerza en las piernas, tomó impulso en el mismo lugar donde se encontraba, y saltó hacia su descomunal enemigo, quien hizo el ademán de cargar de nuevo el cañón.

Pero el salto del hombretón negro desestabilizó la plataforma, y cuando el rayo de plasma fue disparado, se perdió nuevamente más allá de donde él se encontraba. Otros espectadores murieron, pero sólo una muerte era importante en ese momento; la de su adversario.

La hoja resplandeciente abrió el acero del cráneo, del torso, del motor de la espalda y de la entrepierna, hasta que chocó con la plataforma, que también quedó fracturada. Una serie de explosiones y escapes de sangre y aceite de motor acompañaron el recorrido de la gran cuchilla.

El gigante, muerto y partido en dos, cayó al suelo.

Penumbra se puso en pie y buscó con la mirada a su amo... pero no estaba allí. Sin duda, tras las explosiones, habría huido para evitar un molesto encuentro con la ley.

Entonces una voz le habló, directamente a su cerebro.

—Ven a rescatarme —le dijo.

Se llevó las manos a la cabeza mientras corría sobre una de las grandes cadenas para escapar del magma.

—¿Cómo cojones te has metido en mi sistema? —gritó después de saltar a una gradería que no había sucumbido al rayo de plasma.



## Marah

Veo. Y siento calor. Algo arde cerca. Él me ha escuchado, me habla, quiere que salga de su cabeza, pero no sabe que ya estoy dentro de su voluntad. Aunque no puedo más que mover un brazo de su cuerpo sin que él pueda resistirse. No pasa nada, dejaré que se vaya a su antojo mientras no se desvíe del camino.

Es poderoso, siento la fuerza y la tenacidad de su mirada. Es orgulloso, o eso cree él, porque tiene los mismos miedos que un niño; que yo, no hace tanto.

Ahora me parecen un divertimento aquellas sensaciones, así que quizá, si logro hacerle ver las atrocidades que nos hacen, lo que siento cada vez que uno de esos cerdos me toca, acceda a ayudarme y deje de resistirse.

Lo mejor será que me conozca, que comprenda que es mi única salvación. Prefiero que él llegue a mí por sus medios, tan solo siguiendo el mapa de la señal que nos conecta. Sí, no puedo jugar con su vida como hacen con la mía. No soy un monstruo. No quiero convertirme en lo que más odio.

## III

Los Sombras estaban especialmente violentos, y eso no era bueno para el negocio. Klaus sabía muy bien que su presencia espantaría a todo ser vivo de las calles, y eso incluía los oscuros callejones donde más le gustaba atrapar a sus presas. Tenía ganas de estrenar su nuevas uñas retráctiles. No le habían salido nada baratas, pues aparte de vender los dos ojos que le arrancase a un viejo sin piernas, había tenido que completar el precio con uno de los suyos. Igualmente, consideraba que el Tecno-Dios había sido muy generoso. Su nueva armas, del mejor acero que se podía encontrar en Neo-Fuenlabrada, le garantizaría unas succulentas cazas. Y las recompensas por órganos naturales eran cada vez más altas.

Se encontraba parapetado en un tejado desvencijado, en un edificio de dos plantas, arropado con un poncho de lona que ocultaba sus cuatro extremidades robóticas. La noche acechaba en el cielo, y el frío comenzaba a reinar en el ambiente. Bajo sus pies, un callejón con déficit de electricidad era la trampa perfecta para caer sobre quien osase atravesarlo. La última persona que lo había pisado era un chatarrero con más piezas mecánicas que orgánicas, así que ni se molestó en asustarlo. Necesitaba algo más jugoso para estrenar sus garras.

Al rato apareció alguien interesante. Era un hombre alto, fuerte, negro, con rastas y un brazo metálico. Corría mirando hacia todos lados, hablando solo.

—Una presa fácil —se dijo Klaus—. Y con mucha carne al aire.

Sonrió al tiempo que se tapó la boca con un mugriento pañuelo y saltó al vacío, cayendo justo frente a su víctima, quien se detuvo haciendo aspavientos con los brazos, sorprendido y cabreado a un mismo tiempo.

—Puedes callar un momento —dijo Penumbra, ignorando al asaltante—. Ahora me sale un gilipollas al que tendré que arrancar la cabeza... Sí, tengo bien metido el maldito plano en la cabeza. No tardaré mucho, pero por favor, mientras rebano a este no juegues con mi brazo.

—¿Se puede saber con quién hablas?—La sonrisa de Klaus era nerviosa, mostrando los pocos dientes que tenía.

—Mira tío, no estoy para hostias —escupió Penumbra, mirando con desgana a su oponente, que mostraba una mano mecánica con unas afiladas uñas—. Se me ha metido una tía en la cabeza y si quiero que me deje en paz debo rescatarla.

—Me importa una mierda tus asuntos amorosos —se enfureció el asaltante—. Me vas a tomar muy en serio en cuanto te arranque ese bonito brazo.

Con sendos bruscos movimientos de muñeca, lanzó sus garras retráctiles. Penumbra interpuso su poderosa cuchilla, dejando que aquellas uñas impactasen en ella.

—Eres un mierda —se mofó el negro cuando las garras se desintegraron tras el golpe—. Diría que te han estafado.

Klaus reconoció el material de aquella hoja y a su propietario, y en seguida supo que estaba acabado.

—Pe... Penumbra —tartamudeó.

Pero Penumbra no le dio importancia al ejercicio de memoria del desgraciado. Se abalanzó sobre él, partiéndolo por la mitad con una facilidad pasmosa, de hombro izquierdo a entrepierna. Se aseguró de no dañar la médula espinal. Si se daba prisa y no se estropeaba por el camino, quizá podría venderla.

—Sí, me la voy a llevar —le dijo a la voz de la chica que tenía metida en la cabeza—. Si encuentro a quien vendérsela en la próxima media hora, me sacaré un buen dinero para dejar de una vez este estercolero. ¿O me vas a mantener tú cuando te rescate?

Penumbra continuó por la ruta que le había grabado en la memoria aquella voz. Le llevaba derecho a los dominios de Wannia y sus fanáticos acólitos.

## Marah

Me siento mal. No deseo manipular a mi salvador, pero tengo prisa por ser desconectada, por dejar este maldito lugar, pues aunque mis ojos no sirvan para nada, esta tortura es peor que la muerte.

No sé qué haré una vez abandone esta prisión. Quizá él me lleve lejos, en busca de esa otra vida que anhela. Porque en lo profundo de su ser puedo leer que está cansado de tanta violencia, de matar, de ser herido y mostrado como un trofeo por parte de su amo.

Viene a rescatarme porque no puede evitar liberarse de mi presencia en su mente, pero ambos sabemos que es el primer paso para dejarlo todo atrás.

Odia su brazo mecánico, el arma que le da la vida, pero sin la cual ya habría hecho mucho tiempo que estaría descansando.

Y es eso lo que deseamos, ¿verdad? Queremos alejarnos del dolor, de este mundo que un cruel dios ha creado. Ni siquiera ese ser que adoran mis captores podrá guiarnos al paraíso que imaginamos. Es cierto, Penumbra, un lugar mejor nos espera. Mi madre me lo contó. Ese lugar donde el cielo es azul.

## IV

—No sé quién te ha metido esas ideas de un paraíso y un cielo azul —Penumbra estaba cansado de la incesante retahíla de sueños e ilusiones de quien se le había metido en la cabeza—, pero mucho parlotear para no decirme ni tu nombre. Ya me dirás cómo voy a rescatarte si ni siquiera puedo preguntar por ti cuando le vaya a arrancar la cabeza a alguno de esos sectarios.

El nombre le quedó claro y grabado al fornido guerrero, que comenzaba a descender por una de tantas escalerillas que conducían al subsuelo de La Avanzada, donde sabía que la Iglesia del Ragnarok tenía parte de sus dominios; el antiguo cementerio nuclear.

Penumbra se detuvo cuando tocó tierra con los pies. A parte de su nombre, Marah, con una

contundencia para la que su cerebro no estaba preparado, le había transmitido su vida hasta aquel mismo instante. Pudo sentir en cada uno de sus nervios el dolor, la pena y la humillación que la muchacha había experimentado en su corta vida. Él, que tantas heridas había sufrido, que tratar de tú a tú a la muerte era lo mismo que negociar con un contrabandista de piezas cibernéticas, se quedó paralizado, llorando como no lo hacía desde que era un niño y le arrancaron el brazo porque su anterior amo no pagó una deuda de juego. El suplicio por el que pasaba Merah inundó toda su alma, y cuando pudo reaccionar, solo la ira y el odio se reflejaron en su mirada.

Estiró su brazo mecánico y la mortal hoja irrompible emergió para iluminar su camino, presta para beber la sangre de todo aquel que se le cruzase en su camino. Liberaría a Merah, se lo prometió entre lágrimas de fuego.

Corrió por el túnel, chapoteando en una suerte de líquido espeso y maloliente que corría en dirección contraria a la que él llevaba. No sabía muy bien hacia dónde se dirigía, pero ir contracorriente le aseguraba no acabar en una de las grandes cloacas de Neo-Fuenlabrada, donde las trituradoras machacaban basuras y desdichados por igual.

—¿No tienes ni una mínima pista de dónde puedes estar? —Le preguntó a Merah, quien negó con un pensamiento doloroso. Solo disponía de aquel mapa de servidores y cableado.

A parte de no saber cómo había llegado a su prisión, la joven era ciega, por lo que Penumbra temía que su misión iba a ser un dar vueltas y más vueltas por aquel apestoso subterráneo, repartiendo muerte sin descanso, porque el sigilo no era su fuerte.

—Les voy a hacer gritar como nunca lo han hecho —le dijo a Merah, atisbando a lo lejos una luz verdosa—. Cuando escuches alguno de sus gritos, avisa. Sabré que estás cerca.

La chica asintió, llena de esperanza.

Penumbra llegó a una sala donde ardía un fuego verde. Junto a él, dos encapuchados charlaban. La hoja mortal rugió brillante y, como era habitual en aquel metal, la sangre resbaló sin dejar mancha.

—Lo siento —dijo en su interior—, no les he dejado tiempo a que gritaran.

Derribó una puerta de metal que daba a otro pasillo, esta vez adoquinado e iluminado por una serie de frascos que contenían líquido verde, donde el aire no estaba tan viciado. El calor se acentuaba por momentos, y la adrenalina corría feroz por sus venas. No tardó en encontrar tres nuevos acólitos de la secta, armados con rudimentarias armas de fuego de corto alcance. Dispararon casi sin apuntar, errando los tres.

Penumbra atacó sin piedad al primero, segándole la cabeza y dejando muy claro cuál sería el final de los otros dos de no colaborar. Los acorraló con su gran cuerpo, interponiendo entre ellos su hoja retráctil.

—Bien —dijo, furioso—, decidme dónde está Merah.

—¿Quién? —Preguntó uno, orinándose encima.

—¡Marah! —Rugió el negro, acercando el filo de su cuchilla al pescuezo de los dos hombres.

—No sé de quién hablas —dijo el otro.

—Una de las chicas que tenéis retenidas —la voz de Penumbra se iba apagando. El dolor transmitido por Merah nublaba su cordura—. ¡Una de las niñas que os violáis, hijos de puta!

La cuchilla se hundió en el cuello del primero, haciendo gritar al otro.

—¿Escuchas algo? —Preguntó Penumbra ante la perplejidad de su rehén—. Creo que tú vas a tener que gritar más alto —le dijo al tipo que quedaba vivo.

Le cortó un brazo con un movimiento fugaz, y mientras la sangre salía a chorro, el hombre gritó de tal manera que su voz retumbó por la habitación que pisaban y los pasillos que quedaron atrás.

—Joder —se lamentó Penumbra, cortando por la mitad a aquel desgraciado—. Si no has escuchado eso, estás bien adentro de la morada de estos cabrones. Tú pon el oído, que yo voy cortando cuerpos.

## Marah

Se preocupa por mí, y me entiende, sabe cuál es mi dolor, y por ello no duda en jugarse la vida por rescatarme. No ha hecho falta manipularle. La libertad y no el miedo es el auténtico poder.

## V

El rastro de cuerpos mutilados, de gritos desesperados, de sangre, sudor y maldiciones, llegaba desde el centro de aquel complejo subterráneo, donde un fornido hombre de piel negra, brazo mecánico, y homicida hoja indestructible, resoplaba cansado de matar y preguntar. Marah parecía un fantasma del pasado del que nadie tenía un recuerdo.

—¿Estás segura de que te tienen encerrada en estas instalaciones? —Le preguntó a la voz de su mente. Marah afirmaba, y no dejaba de hablar de libertad, del paraíso, de la vida que ambos llevarían juntos lejos de La Avanzada.

Penumbra escuchó tras de sí pasos, una multitud que se le acercaba. Se giró justo cuando enormes haces de luz blanca le cegaron. Intentó cubrirse con las manos y la hoja, pero de poco sirvió aquel gesto.

Cuando se sintió rodeado en mitad de aquella enorme caverna donde desembocaban infinidad de túneles como los que había recorrido, los grandes focos apartaron de él sus luces, permitiendo que en pocos segundos fuese testigo de la mayor reunión de seguidores de la Iglesia del Ragnarok. Si quería salir con vida de allí debía matar a más de cinco mil acólitos, pensó.

Pero para su sorpresa, no dieron un paso más en el momento en que apareció una hermosa mujer de entre la muchedumbre. Vestía una sencilla túnica blanca, en contraste con una piel tan negra como la de él. Tenía los labios sellados por una placa metálica que iba atornillada a su cara de los pómulos a la barbilla. Su cabello de ébano, recogido en una gruesa trenza, formaba una cresta que dejaba al descubierto una serie de puertos de conexión. Pero lo que intimidó al guerrero fue la cansada y fría mirada verde que no se apartaba de él.

—Bienvenido, Penumbra —le dijo para asombro del guerrero; hablaba a través de algún tipo de interfaz que confería a su voz un tono grave, místico—. Yo soy Wannia, la Madre de Todos.

—¿Y esta de dónde sale? —Preguntó el hombre a Marah, pero la chica no contestó. Era como si hubiera desaparecido de su cabeza.

—No te molestes en llamarla —le dijo la mujer, sacando de debajo de la túnica un pequeño artefacto: Una esfera hecha de vidrio y acero—. Marah está aquí.

—¿Cómo? —Penumbra sospechó que todo aquello era una trampa.

—La Marah que entró en tu cabeza no es más que un programa... un virus, querido.

—¿Qué cojones dices, zorra? —Escupió Penumbra, adoptando una pose ofensiva.

—Hace mucho que mis hijos te localizaron —explicó Wannia, dirigiéndose también a sus seguidores, quienes murmuraban inquietos, satisfechos—. Traerte no ha sido fácil, pues no podíamos robarte o comprarte a tu amo. Por eso le dimos a aquel idiota un cañón de plasma cuando supimos que iba a ser tu adversario en la arena. Luego, introducir a Marah en tu sistema y hacer tuya su triste historia fue lo más sencillo, porque incluso este virus —mostró de nuevo la esfera— se había creído su programa. Y ahora estás aquí, con nosotros, en casa.

—¿En casa? —Penumbra estaba cada vez más ansioso. Saberse manipulado potenciaba su agresividad.

—Esta es tu casa —explicó ella, al tiempo que hizo un gesto con las manos. Todos los acólitos avanzaron, con las miradas llenas de esperanza.

Penumbra atacó sin pensarlo, rebanando miembros, provocando fuentes de sangre y llenando de gritos el aire húmedo de la gran caverna. Pero aun así, por mucho que peleó, finalmente fue reducido.

## VI

Penumbra despertó. Estaba sujeto de piernas y brazos. Su hoja seguía allí, brillante. Le extrañó que no le hubieran arrancado el brazo mecánico. Forcejeó, pero no pudo liberarse.

Estaba atrapado en una máquina de operaciones vertical, entubado y conectado a un servidor, en una pequeña sala, un quirófano antiguo pero lleno de maquinaria para trasplantes. No le gustó nada aquello.

De pronto, una voz retumbó en su cabeza. No era Marah. Wannia estaba dentro de él, pero no manejaba ni su cuerpo ni su voluntad.

—Tranquilo —le dijo ella con su característica voz—. Pronto comprenderás la verdad, quién eres y por qué somos tus fieles servidores.

—¿Qué vais a hacerme?! —Gritó el hombre cuando vio que la maquinaria empezaba a activarse.

—Solo vamos a traerte de vuelta —la felicidad que mostraba la voz de Wannia aterró al guerrero, quien sintió en su nuca un dolor desgarrador. Estaban insertándole un programa que superaba por mucho su capacidad. Iba a morir, lo supo en cuanto perdió la visión.

La oscuridad era fría, pero tranquila, sin ruidos ni movimientos bruscos. Ciertamente, el dolor había sido la puerta a un nuevo plano de existencia que le reconfortaba.

Pero abrió los ojos de repente, con la sensación que todo había durado lo que un pestañeo.

La muchedumbre gritaba extasiada. Wannia estaba allí, frente a él. Sonreía. Se arrodilló y le ofreció un báculo de pulido metal acabado en la esfera que era Marah.

—Bienvenido, amor —dijo la Madre de Todos.

El Tecno-Diós aceptó la ofrenda y se puso en pie. Tenía mucho trabajo que hacer.

## Dos monedas para el barquero

Aunque estemos en la era de la comunicación, de las redes sociales, de las aplicaciones de contactos y folleto, de compartir con cualquiera, incluso con nadie, fotografías y vídeos mostrando nuestro dominio de la provocación y del sexo, los bares siguen siendo el mejor lugar para conocer gente de verdad, de esa que puedes mirar a los ojos para ver qué clase de chusma es.

No, no voy a criticar a nadie en particular, pues yo soy de lo peor que alguien puede encontrarse tomando un sofisticado combinado en un exclusivo club, o chupando de una botella de cerveza en la barra de un antro que todavía apesta a tabaco. Seguramente mi fotografía no llamaría la atención en Tinder, mi perfil de Facebook aburriría a las ranas, y mis comentarios irónicos se perderían en el pozo de Twitter. Por suerte para el vulgo, carezco de esos medios de promoción. Como decía, yo prefiero mostrar mi cuerpo discreto, mi cara olvidable y mi simpatía distraída sentado en un taburete contemplando una bebida en un bar. Mientras hombres y mujeres se mastican y tiran como chicles sin sabor, espero aquí a alguien que guste de una mirada y un gesto antes de mandar un Whatsapp a Afrodita para reservar una noche de sexo.

En esas que ahí estaba, en un tranquilo bar, un miércoles, cuando menos posibilidades de llamar la atención hay. Bebía una cerveza de importación con aire ausente, repasando mi pasado, tiempos mejores si valoramos que estoy viviendo mis peores momentos. El camarero iba y venía, fregando copas, cargando neveras, dando conversación a un tipo sentado al otro extremo de la barra. Nos conocíamos desde hacía meses, por lo que el camarero ya había aprendido a interpretar mis estados de ánimo con solo ver cómo cojo la cerveza, así que no me molestaba. Miraba mi botella, y sólo cuando ésta agonizaba, me preguntaba si quería otra. Sí, gracias.

Iba por la tercera cuando una parejita, veinteañeros, no más, entraron haciéndose notar. No iban borrachos del todo, pero sus besos debían saber a alcohol blanco y tabaco. Respiré hondo. La tenue música del local amortiguaba mi mal día, pero aquellas risas intermitentes y descontroladas tocaron la línea de flotación de mi paz interior. Me re Coloqué en el taburete y bebí.

La pareja se sentó en una de las mesas más alejadas de la barra, en un rincón en penumbra que servía de escondrijo a los besos y chupetones, cuyo eco nos llegaba con descaro. El camarero hizo un comentario ocurrente, burlón, y yo me tuve que reír. Un chiste punzante sobre el mal ajeno siempre en bien recibido.

Nunca he visto con buenos ojos la demostración pública del amor, de la pasión por algo o alguien, o de la carencia de educación. Aunque no miraba a la fogosa parejita, el roce de sus ropas, el chocar de sus copas contra la mesa y el repiqueteo de las patas de la mesa dibujaba en mi mente los preliminares a un rápido polvo entre vapores de alcohol. Así que cuando escuché un violento arrastrar de sillas aposté diez euros conmigo mismo a que iban a follar al lavabo. Pero no, maldita sea, diez euros que me debía.

El joven salió del bar, y tras él ella, con la larga melena alborotada, la falda medio subida y un vaso en el puño. Yo pasé de la escenita y volví a mi bebida, cerrando la puerta con el mundo exterior. Pero, joder, a veces se me olvida pasar el cerrojo, y por eso, tras un trago, me percaté que la joven había vuelto a entrar y estaba sentada en el taburete que había a mi lado.

Ella me miraba con unos ojos grandes, oscuros —como todo lo que había allí dentro—, curiosos y con dificultades para mantenerse abiertos. No sabía si me iba a vomitar encima o a

pedirme un cigarro o una copa, pero vi en ella la bestia que necesita alimentarse, la loba abandonada por el macho Alfa que busca venganza en la piel de otro. Me giré hacia ella, dispuesto a jugar. Al fin y al cabo, para eso se sienta uno ante la barra de un bar.

—Mi reina, me llama ese hijo de puta —me dijo ella, con una voz dulce que salía de una boca en la cual podría perderme más de una noche—. Mi reina, ¿sabes? Pero aquí me ha dejado, tirada.

—Seguro que consigues algo mejor —empecé a tantear. La gente que se emborracha entre semana siempre resulta peligrosa, y si un tipo como aquel había dejado escapar unos labios como estos, algo siniestro escondía.

—Tú eres mejor —ella iba a saco, sin miramientos, como una cenicienta que ve con pavor que se acercan las doce y todavía no ha catado al príncipe.

—Bueno, agradezco el cumplido —interpreté el papel de tipo amable, sonriente, intentando transmitir que no quería abusar de su embriaguez.

—En serio, tío —su tono seguía siendo dulce, pero la bestia comenzaba a asomar—. Antes te he visto y me has llamado la atención, ahí, tan solo, tan interesante. ¿Eres músico?

—No, que va —le dije sonriendo abiertamente. Pese a que empezaba a parecerme graciosa la situación, la bestia que yo llevo dentro sintonizaba con la de ella—. ¿Qué crees que soy?

—No sé... —titubeé unos segundos, mirándome con descaro, posando sus ojos en mi entrepierna más de una vez—. ¿Abogado?

—No, cariño, no —mi bestia había despertado, y quería cenar carne fresca.

—Vamos a tu casa —ordenó la joven, porque aquella boca no estaba hecha para ruegos.

Caminamos agarrados hasta mi coche. Ella se mantenía estable, y pese a sus taconazos sus pasos no eran los de una ebria. El aire fresco de la noche le sentó bien, cosa que agradecí, pues no deseaba que vomitase en el asiento. Conduje despacio, dejando que ella cambiase de marcha dentro de mi bragueta. Era una experta, sin duda, pero yo estaba por encima de eso, así que hasta que no entramos en mi piso no le pregunté su nombre.

Valentina. Su padre era argentino, como su abuela, y ella se llamaba así por la anciana. No me importaba su historia, pero no la interrumpí.

Mi piso es elegante, no iré de modesto. Amplio, limpio, organizado, minimalista, con todas las puertas caoba menos una, blanca. Besándonos la llevé hasta ella.

Era una fiera, una devoradora sexual, salvaje, llena de energía, incapaz de dominar su instinto depredador. Una reina, y tanto, pero ella no sabía que yo era todo un marqués.

Abrí la puerta blanca y la hice pasar sin encender las luces del cuarto. Quería sorprenderla, mostrarle los colmillos antes de morder su carne. Muchas veces no son conscientes de éstos hasta que ven correr la sangre. Valentina dio un instintivo paso atrás cuando encendí las luces. Si quiso salir de allí o no, no me quedó claro. El primer golpe la dejó sin sentido. Fue fácil ponerle las esposas y alzarla con la polea.

Mi hermosa musa colgaba desmayada, así que como no soy un egoísta, la desperté con ternura para que ambos pudiésemos disfrutar de la noche y sus secretos.

Porque ese era el mío, lo que nadie puede imaginarse de mí cuando me ve pensativo y ausente ante una cerveza en la barra de un bar cualquiera. Valentina no era la primera ni será la última en descubrir la bestia que se oculta bajo el silencio y una mirada amigable.

Amo la vida, amo a las mujeres, y elevo a la enésima potencia el placer del sexo con ellas, elaborando un delicado perfume con semen, flujo vaginal, sudor, sangre y lágrimas.

Valentina gritó, maldijo, suplicó, sollozó, y al final agradeció, todo ello sin pronunciar palabras, solo con la belleza de sus ojos clavados en los míos y en mis manos, diestras en uso de la fusta, de las cuchillas, de las velas y su cera, y su llama, hábiles amordazando sin causar el

menor daño, porque soy un marqués, no un salvaje.

Atada por las muñecas, visiblemente dolorida y agotada, la tumbé sobre la gran cama de sábanas rojas que gobierna la estancia. Acaricié con suavidad todo su cuerpo. Volví a besar aquellos labios, salados por las lágrimas, separados por la mordaza. Sus pezones eran dos diamantes a los que venerar, así que los introduje en mi boca y los mordí. ¿Serían auténticas aquellas joyas? Oh, sí, lo eran pese a la sangre.

Sus manos se cerraban en sendos puños, por eso le pedí que abriera uno de ellos. Dudó, pero obedeció. Su mirada desconcertada se posó en las dos monedas que le enseñé antes de depositarlas en su palma.

El viaje podía ser largo, y con aquel dinero tendría para pagar un billete de ida si al final no volvía.



## Eco

(Relato publicado en la antología "In nomine", Amazon, 2018)

El coche se detuvo frente a la reja de entrada. Los viejos faros rompían con dificultad la oscura noche, en la cual viajaba un frío viento que anunciaba el inminente invierno.

Héctor accionó el mando a distancia que le habían proporcionado en las oficinas de su empresa, SIG Seguridad, y cuando el enrejado estuvo completamente abierto avanzó. Las luces rojas de posición del coche se reflejaron en los barrotes de metal al cerrarse.

Un camino de grava de poco más de trescientos metros desembocó en una explanada asfaltada delimitada por el inmenso edificio que debía vigilar aquella noche. Le habían dicho que aquel complejo era parte de unos estudios cinematográficos.

Aparcó frente a la entrada principal, único lugar del edificio que parecía iluminado. Le recibía una puerta corredera de dos grandes hojas de cristal, material que componía toda la fachada de la planta baja, dejando a la vista una inmensa recepción de la que salían dos largos y anchos pasillos, donde se veían cuatro puertas de ascensor y dos amplias escaleras que ascendían a las plantas superiores. Allí arriba, el ladrillo y el acero guardaban de las miradas curiosas lo que suponía oficinas y salas de rodaje y grabación. Pero incluso la multitud de ventanas que recorrían aquellas dos plantas tenía cristales opacos; o eso le pareció a Héctor.

Apagó el motor del coche y luego las luces. Miró por el retrovisor en un gesto instintivo, y vio que tras él, al otro lado de la zona de aparcamiento, se levantaba un edificio en ruinas. Le dio la sensación de que una valla metálica lo bordeaba. La oscuridad en aquel rincón del recinto era casi absoluta, y ni la luz de la luna lograba descubrir los detalles de la siniestra construcción.

En el asiento del copiloto Héctor llevaba una pequeña bolsa de deporte. Dentro guardaba el tabaco, un termo con café, agua, un bocadillo y todos los accesorios del uniforme. De uno de los bolsillos laterales sacó su móvil. No tenía ni llamadas ni mensajes. Suspiró decepcionado. La última mujer que había conocido pasaba a ser la penúltima.

Como su jefe de servicio no estaba cuando fue a buscar el coche, las tarjetas y mandos de acceso a aquellas instalaciones, llamó ahora que había llegado.

—Buenas noches, Héctor —le contestó una voz risueña al otro lado de la línea. Luisa era una joven entusiasta, y llevaba tan poco tiempo en la empresa que su buena disposición al trabajo mal pagado enervaba a los vigilantes más veteranos.

—Hola —dijo él, seco, cansado—. ¿Está Ortega?

—Sí, acaba de llegar —respondió Luisa, pasando enseguida la llamada a la terminal de su jefe.

—Héctor —la euforia de Ortega también molestaba en extremo al vigilante, quien suspiró antes de hablar.

—Ya he llegado —dijo, sin más.

—Me haces un grandísimo favor, muchacho.

“Muchacho”... Héctor tenía cuarenta y cinco años, y odiaba la jodida manía que tenía Ortega de tratar a todo el mundo como si fueran jovencitos.

—Aquí no veo a nadie —expuso el vigilante, buscando mientras tanto el tabaco en la bolsa de deporte—. Estoy aparcado frente a la entrada, donde la recepción.

—Bueno —la voz de Ortega mostró indiferencia—, imagino que el recepcionista estará por ahí. Emilio ha comentado alguna vez que se lo ha encontrado dormido en un cuarto que hay tras la recepción. De las dos tarjetas que llevas, una abre la puerta principal, y la otra es una tarjeta maestra, así que no deberías tener problemas para moverte por todo el edificio.

—¿Hay puntos de control o algo? —Requirió Héctor.

—No. Date paseos por los lugares donde haya cámaras, que se te vea, y listo. Dos rondas serán suficientes. El director de los estudios ya sabe que hoy hay vigilante nuevo. Ah, y si ves algo en el edificio ese en ruinas, echa un vistazo. Se ve que hay días que se cuelan chavales para hacer botellón y a liarla.

—Está bien. Pero te cubro el servicio hoy y listo —interrumpió Héctor, mesándose la sien, con un cigarro ya en la boca.

—Sí, tranquilo —Ortega le hablaba como quien lo hace con un niño—. Emilio ha llamado diciendo que el médico opina que mañana ya podrá trabajar. Una mala gastroenteritis, nada más.

—Ya... y su mierda me la como yo —Héctor encendió el cigarro—. Pero bueno, mañana ya te paso informe del servicio.

—De acuerdo —suspiró Ortega—. Y gracias de nuevo por salvarme el culo esta noche.

—¿Solo esta? —pero su jefe ya había colgado.

Con la ventanilla abierta, dejando que el frío se colase para llevarse el humo, Héctor disfrutó del cigarro. Era un momento de relax mientras se mentalizaba para pasar una aburrida noche revisando pasillos, cuartos de baño y oficinas. Fuese un estudio cinematográfico o lo que fuese, aquel edificio era como todos: Un montón de salas con material y ordenadores demasiado caros.

Salió del coche con la bolsa de deporte al hombro. Cerró el vehículo y se encaminó a la puerta principal. Miró hacia el interior, al gran mostrador de madera que era la recepción. Seguía sin ver a quien iba a relevar.

Sacó la tarjeta de entrada y abrió las puertas. El paso estaba flanqueado por dos maceteros que servían de hogar a sendas plantas de grandes hojas verdes y gruesos tallos.

El silencio allí era sepulcral. No se escuchaba absolutamente nada, como si los cristales insonorizasen el enorme hall y los amplios pasillos que se extendían a derecha e izquierda. Mucho por caminar, se resignó Héctor, que sin más ganas de cargar con la bolsa de deporte, se dirigió a la recepción. Tras ella, como señaló Ortega, había una habitación; la puerta estaba medio abierta. Allí encontró viendo la televisión al conserje, quien dio un respingo al verle entrar.

—No le he escuchado llegar —dijo éste, estudiando el aspecto de Héctor, que vestía el uniforme de vigilante.

—Ya, me he dado cuenta.

—Bueno, pues si ya estás aquí, yo me voy, que es hora —el conserje se puso en pie, desperezándose, y cogió un anorak que colgaba del perchero de pie—. Te enseñaría las instalaciones, pero eso me iba a llevar una hora, y no estoy para hacer horas extras.

—Tranquilo —sonrió sarcástico Héctor—. Estoy acostumbrado a que me suelten en un edificio sin saber qué cojones tengo que hacer. Lo único que quiero saber es si el edificio ese de ahí delante está abierto o hay alguna llave.

—¿Por qué quieres ir allí? —La cara del conserje era pura burla—. ¿Acaso eres otro fanático de Cuarto Milenio?

Héctor suspiró, y contó hasta cinco para no soltar un improperio.

—Mi jefe me ha dicho que a veces se os cuelan chavales para liarla.

—Bah, tú ni caso —el conserje se puso el anorak y cogió unas llaves que había en un cajetín fijado en la pared—. Si entra alguien allí, pasa, que aquello tanto da. Como si se quiere derrumbar

de una vez. Desde aquí no vas a escuchar nada igualmente. Este edificio está insonorizado, y es imposible que se cuele nadie aquí. Todo está alarmado, y las puertas de socorro no se ven desde el exterior. Hay una máquina de café en la segunda planta. Si no le falta agua, tu noche será tranquila.

El tipo salió a la recepción y llamó a uno de los ascensores del pasillo derecho.

—Saldré por el parking subterráneo. Buenas noches —le dijo al vigilante con un gesto de mano.

El carismático pitido del ascensor confirmó que las puertas se habían cerrado.

Héctor dejó la bolsa de deporte sobre el mostrador de la recepción y se equipó con lo que llevaba allí: Cinturón, esposas, linterna, porra y guantes anti cortes. En un bolsillo del pantalón metió el rudimentario móvil de empresa, y en uno interior de la chaqueta el suyo, más moderno, sin llegar a ser uno de última generación.

Terminando de equiparse, vio cómo una moto enfilaba el camino de gravilla hacia la verja de salida. Efectivamente, en aquel lugar no entraba ni un solo ruido del exterior.

Eran las 00.05h en su reloj cuando inició la ronda. La planta baja no presentaba ningún tipo de recoveco, oficinas o puertas. Sólo los ascensores y las escaleras que flanqueaban la extensión de las dos alas que se extendían a ambos lados de la recepción. Héctor eligió empezar por la zona de la derecha. Llamó a los dos ascensores, y tras comprobar que funcionaban siguió hacia la escalera. Barrió con el haz de luz de la linterna la totalidad de los amplios escalones. El silencio era absoluto. Subió enfocando al techo, comprobando que cada pocos metros se había colocado un detector de humos. Tenía ganas de fumar, así que cuando llegó al último peldaño buscó enseguida una de las discretas ventanas que vio desde el exterior.

Comprobó que no estaba asegurada por un electroimán ni otro sistema que pudiera hacer saltar una alarma, y la abrió.

—Todo está alarmado —dijo con sorna, recordando las palabras del recepcionista.

El relente de la noche se introdujo en sus pulmones con la primera bocanada de aire que inspiró. Resignado a pasar frío durante unos minutos, encendió un cigarrillo. Se apoyó en el marco y contempló el siniestro edificio en ruinas de enfrente, a un centenar de metros de su posición. Sintió un extraño escalofrío. Casi se le cayó el cigarro de entre los dedos.

—Putá sugestión —murmuró, llevándose el pitillo a los labios. Fue a aspirar cuando un fuerte ruido sordo llegó a él—. ¿Qué cojones...?

Enfocó con la linterna como si de una pistola se tratase hacia el final del pasillo. No apreció nada, ni en la pared donde se repartía la hilera de ventanas ni en la sucesión de puertas que supuso serían despachos. Tiró lo que le quedaba de cigarro por la ventana y avanzó unos metros, los justos para iluminar un nuevo tramo de escaleras, que ascendían a la siguiente planta.

Pisó el primer escalón, cuando notó bajo la suela de su bota algo que crujió. Se retiró unos pasos y enfocó con la linterna. Los restos de ladrillo, yeso y polvo le sorprendieron. Dirigió el haz de luz al techo esperando ver algún desperfecto, pero todo estaba correcto. No imaginó qué hacía aquel resto de escombros allí.

—Menudo servicio de limpieza deben tener aquí —murmuró, estudiando la planta superior desde abajo. Le apetecía el cigarro que había dejado a medias, así que tras poner el oído y acabar de confirmar que arriba no parecía haber nadie, volvió a la ventana que había dejado abierta.

El humo del nuevo pitillo entró con ansia en sus pulmones, pero salió aún más rápido cuando los cristales de una vidriera que había al final del pasillo saltaron en mil pedazos. Por instinto corrió hacia allí una vez enfocó con la linterna el lugar. Buscó nervioso, envuelto por un gélido viento, mirando a un lado y a otro. Su respiración agitada dejaba escapar un resuello que se

propagó por el largo pasillo como un eco cavernoso. Tragó saliva y se secó la frente de sudor frío. Allí ni había cristales rotos, ni ninguna ventana abierta que dejase pasar el fresco del exterior. No entendía nada, y el miedo comenzó a apoderarse de él. Dio unos pasos atrás, enfocando las ventanas que tenía delante, cuando el reflejo de una sombra le hizo dar un grito al tiempo que se giró sobre sus talones. Algo, alguien quizá, había rozado su espalda al pasar.

La ventana donde fumara comenzó a batir contra el marco con violencia. Héctor corrió hacia ella sin dejar de vigilar su alrededor, y cuando la sujetó para cerrarla, algo voló desde el exterior, rozándole la cara; el cristal se hizo añicos.

El vigilante cayó al suelo. Se palpó, comprobando que no tenía heridas. Había perdido la linterna, pero pronto la localizó, parpadeante en mitad del pasillo. Su luz iluminaba a intervalos la silueta de alguien, pero cuando Héctor la agarró y enfocó a la figura, ésta había desaparecido.

Voces de niños llegaron a sus oídos.

—Esto es una puta mierda —escupió mientras se puso en pie.

Bajó a la recepción sin hacer caso de las palabras que le llegaban; tampoco las distinguía, pero sus etéreos timbres infantiles azuzaron su ánimo. Sin detenerse a recoger sus pertenencias de la recepción, encaró la puerta de salida. Pasó la tarjeta de acceso, pero la luz del lector permaneció roja.

Desesperado, creyendo escuchar más voces y ruidos provenientes del piso superior, cogió uno de los maceteros que flaqueaban la entrada y lo lanzó contra una de las cristaleras, que cayó como una lluvia de pequeños cristales sobre los restos de la desafortunada planta.

No miró atrás cuando salió, pero sí lo hizo al llegar a su coche. Las luces de la recepción se habían apagado, dejando la totalidad del edificio sumido en unas tinieblas que parecían tener vida propia. Una respiración palpitante llegaba a sus oídos.

Hizo saltar los seguros de las puertas con el mando a distancia, y al poner la mano en la maneta de la puerta del piloto la retiró rápidamente, dejándose parte de la yema de los dedos allí enganchada. Parecía congelada. La tocó de nuevo con cuidado, enfocándola con la luz de la linterna. Era como si alguien la hubiese rociado con nitrógeno líquido.

Entonces algo impactó con la luna trasera, haciéndola pedazos.

Héctor se agachó instintivamente, sacando la porra, sabiendo que aquella rudimentaria arma no le iba a proporcionar mucha protección. Observó por encima del techo del coche el edificio en ruinas, descubriendo que unas tenues luces se paseaban por su segunda planta. Parecían el resplandor de unas velas o algo similar, titilantes.

—El coche sí que no —masculló, furioso, dejando de lado el miedo y la intención de llamar a la policía—. A mí no me van a descontar la reparación por vuestra culpa, hijos de puta.

Tenía tan claro en aquel momento que estaba siendo víctima de una broma muy pesada, que Héctor abandonó su parapeto y corrió hacia la enorme mole ruinosa que se levantaba silenciosa al otro lado del aparcamiento.

La verja que delimitaba el perímetro de seguridad estaba abierta, por lo que el vigilante entró sin problemas ni reparos, o al menos hasta que se encontró en un hall que, tiempo atrás, daría la bienvenida a los visitantes. Tenía pinta de haber sido un hotel o algo similar en mejores épocas. Varias pintadas insultaban la historia de aquel lugar. Era evidente que por allí pululaban gamberros y vagabundos con frecuencia, pues aparte de absurdos grafitis, también encontró colchones y rincones donde parecía que se almacenaban pertenencias sacadas de cubos de la basura. Lo que abofeteó al vigilante fue el nauseabundo olor que se mezclaba con la humedad reinante. No podía imaginar qué producía semejante hedor. Se tuvo que tapan con una mano la nariz y la boca mientras comenzaba a indagar por la planta baja.

La linterna parpadeó unos segundos, aunque con un par de golpes de mano el haz se estabilizó. El lugar era tético, y evitar hacer ruido era imposible por la cantidad de escombros y cristales que se repartían por el antiguo suelo de baldosas quebradas y sueltas. En las habitaciones que quedaban del lado de la fachada trasera la oscuridad era total, no así como en las que daban al aparcamiento, por donde entraba la mortecina luz de la luna.

Deambulando por largos pasillos y salones donde el tiempo desgarraba muebles, paredes y techos, Héctor llegó a unas escaleras que ascendían en espiral. Con la ayuda de la linterna estudió el estado de los escalones y la altura que le separaba del piso más alto, el tercero. Recordó que las luces que vio desde el exterior debían estar en la primera o segunda planta, así que tras prestar atención al silencio reinante, puso un pie en el primer escalón. En ese momento voces murmurantes y algunas risas infantiles llegaron a él en forma de eco. Tragó saliva. Su mente reaccionó, dejando que el miedo, esa primera línea de defensa, tomase las riendas de su cuerpo. Corrió hacia la salida, tropezando con las esquinas y puertas medio descolgadas, resbalando al pisar cristales rotos, y maldiciendo entre dientes el parpadeo de la luz en la linterna.

Cuando llegó a la entrada principal observó que la gran puerta de doble hoja estaba cerrada. No recordaba si la había cerrado o no al entrar, pero no le importó. Puso una mano en el pomo y giró con decisión. Pese a escucharse el movimiento del engranaje, la puerta no se abrió. Tiró con fuerza, y empujó también, pero nada, como si estuviera sellada.

Las voces se habían apagado, por lo que deshizo el camino hasta las escaleras, buscando una ventana por la que salir. Pero no tuvo suerte. Los barrotes de hierro, que en su día colocaron para evitar que nadie entrase allí, evitaban que pudiera escapar.

Sacó el móvil de la empresa, y luego el suyo. Ninguno tenía cobertura ni señal 4G. Le pareció increíble, pero no le quedó más remedio que aceptarlo.

Resignado a tener que dar con quienes le habían lanzado piedras al coche, subió al primer piso.

Tras torcer a la derecha, encaró un estrecho pasillo en el que se abrían una decena de puertas a cada lado. Pese a las ventanas sin persianas ni cortinas, la oscuridad era allí poderosa, tanto que el haz de la linterna enmudeció. Su radio de acción no iba más allá de un par de metros.

Héctor prestaba atención a cualquier ruido mientras avanzaba lentamente, midiendo sus pasos y vigilando con no pisar nada que pudiera delatar su posición.

Las sombras de varios niños, o eso creyó distinguir, se cruzaron rápidamente poco más allá de su posición, pasando de una habitación a otra. Sacó la porra, y cuando llegó al umbral de la puerta por donde habían entrado, se quedó paralizado al ver a una niña de no más de diez años sentada en un inodoro lleno de mugre. El olor allí era fuerte y rancio, a orín y moho. La pequeña miraba al suelo, con su media melena cayéndole sucia y desgredada sobre los hombros de un camisón que en otro tiempo debió ser blanco.

—Niña —pronunció con labios temblorosos Héctor, iluminando la irreal escena.

La cría levantó la mirada. Su sonrisa heló la sangre del vigilante, pero no más que cuando la vio ponerse en pie. Avanzó lentamente hacia él. De entre sus piernas colgaba algo, una cuerda que se arrastraba por el suelo. La luz de la linterna fue testigo antes que nadie de la verdad: Un cordón umbilical surgía de la entrepierna de la niña, arrastrando un feto de varios meses, pálido, muerto.

—¿Vas a jugar conmigo? —Preguntó la pequeña casi sin mover los labios.

Héctor cayó de espaldas y se arrastró hacia atrás sin apartar la mirada de la grotesca escena. La linterna se apagó justo cuando su espalda chocó con una pared. Al golpearla y encenderse de nuevo, la niña y su feto muerto ya no estaban allí.

El corazón le latía frenético, pero aun así se puso en pie, buscando estabilizar sus piernas

tanto como su moral y su respiración.

Con paso rápido llegó al final del pasillo, donde se hallaba un destartado restaurante. Llamaba la atención una barra polvorienta justo en frente de unas grandes puertas, otrora acristaladas, por donde se llegaba a una galería con balaustrada de piedra. Esquivando mesas y sillas desvencijadas, Héctor salió a tomar el aire fresco. Miró al frente, al edificio de los estudios cinematográficos, pero pronto algo llamó la atención justo bajo él. Se asomó por la baranda, descubriendo una fosa. Posó sobre aquel agujero la luz de la linterna, y sin tiempo para permitir que sus retinas quedasen selladas por lo que vio, volvió al interior del edificio.

Eran niños y niñas, se repitió, sacudiendo la cabeza en negación, llorando, babeando, a punto de vomitar.

—Una fosa común —balbuceó.

Entonces levantó la mirada vidriosa, y se tuvo que secar las lágrimas para asegurarse que lo que tenía delante, sentado en la barra del bar, era realmente un niño sin pantalones. El pequeño empuñaba con poco arte un gran cuchillo de carnicero oxidado.

—¿Vas a jugar con nosotros? —Le preguntó el crío, mostrando los pocos dientes negros que conservaba en la boca. Su rostro era la viva imagen de un cadáver a punto de dejar escapar los primeros gusanos.

Héctor se tambaleó algunos pasos hacia atrás, pero cayó al suelo cuando un agudo dolor le traspasó las piernas. Se le cayó la linterna; ignoraba en qué momento dejó de empuñar la porra. Se arrastró frenético hasta quedar arrinconado en el lugar donde la linterna dirigía su luz. Se palpó donde sentía más dolor, descubriendo que tenía dos profundos tajos en ambos gemelos.

Una sombra apareció recortada por el haz de la linterna. Otro niño estaba allí, de pie, desnudo, empuñando un cuchillo algo más pequeño que el del crío de la barra, que seguía mirando con infantil malicia.

—¿Vas a jugar con nosotros? —Le preguntaron los dos niños a la vez.

El vigilante se puso en pie como bien pudo, y renqueante, cojeando de una manera casi cómica, esquivó a sus agresores, volviendo por el pasillo en dirección a las escaleras. Solo quería salir de allí y dejar atrás aquella pesadilla.

Pero los gritos de una joven detuvieron sus pasos. En una de las habitaciones, bien iluminada por la luna, un hombre ataviado con un uniforme militar antiguo, de la guerra civil dedujo Héctor, estaba violando a una muchacha. Ella forcejeaba, gritaba, suplicaba, pero cuando su mirada se cruzó con la del atónito vigilante, se calló.

—¿Vas a jugar tú también conmigo? —Le preguntó la chica, seria, esperando una respuesta mientras su agresor seguía abusando de ella, ajeno al intercambio de miradas.

Héctor llegó a las escaleras a punto de sufrir un paro cardíaco. Fue a bajar cuando descubrió que le bloqueaba el paso otra joven de unos veinte años, vestida con harapos. Ella se levantó la falda raída, mostrando una entrepierna sangrante, magullada y sucia.

—Ellos ya han jugado conmigo —le dijo con una voz que parecía surgir de todos los rincones del edificio.

—¿Quién te ha hecho eso? —Consiguió pronunciar el vigilante, que temblaba de arriba abajo.

—Ellos, los soldados. Para eso nos cuidan... para jugar. ¿No vas a jugar conmigo tú también?

Alguien tiró del pantalón de Héctor, quien se giró para ver al niño de la barra del bar, que empuñaba todavía el cuchillo de carnicero. Sus ojos eran dos cuencas vacías.

Sin mediar palabra, el chico clavó el acero en la pierna del vigilante, quien gritó y cayó al suelo, sintiendo que su muslo era un colgajo de carne ardiente y húmeda.

Sin más salida que intentar llegar a la segunda planta, Héctor hizo un esfuerzo que le provocó

mareos y náuseas. Subió como bien pudo el nuevo tramo de escaleras, temiendo perder el sentido en cualquier momento. La hemorragia era alarmante.

Una vez arriba se asomó por la barandilla. Una decena de niños y niñas le miraban desde abajo. Comenzaron a subir tras él.

La segunda planta ofrecía más claridad que el resto del edificio, y estaba compuesta por grandes salas conectadas entre sí por puertas de doble hoja. No había muebles en ninguna de las estancias, y todas se comunicaban por el exterior gracias a una galería donde una deteriorada balaustrada amenazaba con caer en cualquier momento.

La luna fue testigo de cómo Héctor salió al exterior, arrastrándose, azuzado por más de una decena de niños y niñas que no dejaban de preguntarle si iba a jugar con ellos.

El vigilante se puso en pie, agarrándose de una columna de piedra polvorienta. Valorando como única salida de aquella pesadilla el saltar y jugarse sus huesos, miró hacia abajo. Pero lo que vio terminó por romper la cuerda de la que pendía su cordura: Un coche antiguo, de los años cuarenta, estaba allí aparcado, encarado hacia el edificio que pisaba. Al frente nada, solo campo y oscuridad. No había rastro de los estudios cinematográficos.

—Ven a jugar —dijo una de las niñas, a menos de un metro de él—. Ahora queremos divertirnos nosotras.

La baranda de piedra cedió, y Héctor se precipitó a una oscuridad que pronto le devoró.

\* \* \*

Marcos detuvo el coche frente a los estudios de cine. Salió del vehículo y contempló el edificio en ruinas que se levantaba al otro lado del aparcamiento. Sintió un leve escalofrío. Sacó el móvil y llamó a su jefe.

—Me haces un gran favor —le dijo Ortega—. Héctor tiene una gastroenteritis bastante fuerte. Solo será por esta noche.

## Dios de la tristeza, dios de la venganza

Hacía demasiado tiempo que las grandes empresas energéticas iban detrás de aquel pedazo de tierra y agua, de aquellos bosques milenarios y del gas que se escondía en sus entrañas. La noticia del incendio no pilló de sorpresa a los más conspiranoicos, pero sí dejó perplejos a aquellos que no saben ver las señales ni tienen en cuenta el pasado, por repetitivo y triste que resulte.

Ver arder aquel paraíso en televisión hizo que rápidamente las redes sociales explotasen con mensajes de rabia, alzando dedos acusadores que nunca traspasarían las pantallas. Los culpables de las tragedias medioambientales juegan a otro nivel, y ni los gritos ni las protestas digitales llegan a donde ellos tienen sus tronos.

Quienes sí llegan, pero a la primera línea para vérselas cara a cara con el fuego, son los bomberos y miembros de los retenes, movilizados con el suficiente retraso como para que el siniestro plan dé resultado.

El lugar exacto donde se originó el fuego era un secreto que sólo aquel que prendió los primeros matorrales sabía, pero el perímetro creciente fue algo que pronto lograron acordonar los bravos hombres, armados con mangueras que escupían agua de las cisternas de decenas de camiones que iban y venían conforme se quedaban sin munición.

Desde el cielo, helicópteros e hidroaviones atacaban a unas llamas que lamían sus panzas en cada pasada, alzando poderosas garras que, con brazaletes de humo y hambre, acabaron por llevarse a la boca alguna de las máquinas.

Se talaron árboles para evitar el contagio flamígero, así como se cavaron zanjas y se pisaron hectáreas calcinadas en busca de traicioneras llamas que buscasen alzarse una vez se diera por sentado que aquel trozo de paraje ya estaba perdido y condenado.

La lucha duró días y noches, muchas, hasta que al final una antigua voz despertó.

Levantó la cabeza, hastiado, pues el ruido era más que insoportable. No había novedades en su visión, por desgracia, así que la savia que comenzó a correr por sus venas. Su mirada rugía iracunda mientras que su expresión conservaba la severidad de quien estudia al enemigo a destruir. La humanidad había colmado su paciencia.

Junto a él se detuvo un lince, huérfano de tierra y familia. El olor a humo perduraba en su pelaje, en su efímera presencia, pues al intentar acariciarlo el felino se difuminó en una húmeda ráfaga de viento marino. Cernunos suspiró herido en el corazón.

El, que simbolizaba la perennidad de la naturaleza, el poder de la flora y la fauna, que sus astas de ciervo llevaban milenios coronando el equilibrio biológico del planeta, supo que la hora de la venganza había llegado. La gota que desborda a un océano había caído implacable en aquel humedal evaporado y profanado; quemado.

Caminó entre los pinos y matorrales, que temían tanto al hombre como los animales y plantas con las que se iba cruzando. Todos ellos estaban allí contra su voluntad, atrapados por la falta de un camino que los llevase o trajese a donde antaño sus ancestros volaron, corrieron o nadaron en libertad.

Llegó a un riachuelo mermado, donde una anguila suplicaba con tristeza el fin de sus días. El dios posó su mano en el agua e hizo fluir con más brío y caudal el cauce hasta que se tornó río. La esperanza afloró en los ojos del pez, que siguió el avance del astado, mientras los pasos de éste



perfilaron la orilla.

Culebras, ranas, lagartos, tritones y demás anfibios asomaron de sus agujeros al sentir correr de nuevo el agua. Asombrados por la visión del dios, celebraron el veredicto que llevaba tatuado en sus pupilas tanto como el renacer de la flora conforme la divinidad avanzaba implacable.

Cientos de aves, de plumajes desgastados y picos quebrados, sintieron su presencia y volaron como bien pudieron hacia él. Era escaso su número comparado con el de siglos atrás, se lamentó Cernunnos que, con un bramido que hizo retumbar el lugar, devolvió la vigorosidad a cada una de las plumas de las águilas, garzas, abejarucos, gorriones, reyezuelos, flamencos y gaviotas, entre decenas de especies más. Todos revoloteaban a su alrededor, cayendo en picado sobre el agua, sobrevolando las nuevas dunas y reposando en los fuertes árboles que iban reviviendo.

El olor insalubre a quemado, a muerte, a humanidad, se iba perdiendo en la memoria de aquellos dichosos animales a quienes pronto se les unieron ciervos, conejos, lince, musarañas, tejones, ratas de agua y caballos. Los mamíferos pisaron con firmeza tras las huellas de su dios, quien lejos de estar satisfecho, volvió a rugir.

Desde lo alto de una duna que él mismo elevó con la fuerza de su voluntad, vislumbró el mal que hace el hombre.

Las llamas devoraban todo a su paso, y el dolor de los árboles ardiendo, de los peces hervidos, de las aves cayendo y los mamíferos asfixiados trazaron en su torso desnudo millones de heridas sangrantes. Era su intento desesperado por aliviar el daño que todo aquel hermoso paraje estaba sufriendo. Pero sus esfuerzos divinos eran inútiles. Eran demasiadas vidas las que se estaban perdiendo. Aquellos que le acompañaban vieron con miedo en los ojos el final que a punto estuvo de alcanzarles. Lloraron.

Cernunnos olfateó el aire, pero no para continuar con el lamento o para paladear el sabor de las cenizas que lloraba el cielo. Buscó el corazón de aquellos que habían causado el desastre, quienes valoraban por encima de la vida, del futuro y del pasado, un beneficio que pretenderían guardar como si de su alma se tratase. La humanidad se había vuelto tan ilusa que el negro de una pared les parecía el mismísimo sol. Pero no hay más necio que aquel que solo escucha el latir de su propio corazón.

—La solución llega tarde —dijo el dios, abriendo sus brazos, como queriendo abarcar en un abrazo las llamas que consumían el paraje—. Ese fuego que ellos han provocado será el mismo que se saciará con sus cuerpos para siempre. La humanidad debe ser borrada del planeta.

Fue entonces cuando un pequeño pinzón voló hasta él, posándose en uno de sus fuertes brazos.

—Desde el cielo he visto lo que las llamas ocultan —dijo la pequeña ave—. Que no te ciegue la rabia, oh, buen Cernunnos, pues entre la maldad del hombre también se esconde el coraje de corregir sus errores.

El dios astado observó al pajarillo, y siguiendo sus palabras aguzó su portentosa visión hasta que contempló varias sombras entre las llamas. Eran árboles retorcidos, condenados por el fuego... pero algo se movía más allá.

Máquinas, eso vio, engendros creados por el hombre para satisfacer su necesidad de imitar a los dioses. Pero no dejó que su ansia de exterminarlos le cegase, así que continuó observando qué sucedía allí. Así pues, finalmente la imagen fue nítida en sus pupilas: Un gran número de humanos luchaba para sofocar el incendio. Con la ayuda de camiones cisterna, de mangueras, de esfuerzo y valor, los bomberos y voluntarios maldecían entre dientes sin desfallecer, enfocando los chorros de agua sin pensar tan siquiera que aquello era una pérdida de tiempo. Sus esfuerzos no se veían recompensados, pues el viento animaba a las llamas a continuar su cometido devastador. Gritos pidiendo ayuda recorrían aquel infierno, donde el crepitar del fuego reía maligno. Los

helicópteros soltaban agua cada pocos minutos, y el hidroavión hacía lo propio más allá, intentando cortar el avance del incendio.

Nuevos destacamentos fueron llegando, retenes de refuerzo y reemplazo, pero nadie quería abandonar el lugar sin dejarse hasta la última chispa de su energía. El ejército también ayudaba, así que, codo con codo, un centenar de hombres y mujeres sintieron sus fuerzas agotarse en una lucha desigual. La muerte rondaba sus miradas, pero el miedo no podía anidar en sus corazones.

Cernunnos comprendió.

—En ellos anida una dualidad que es su propia maldición como especie —dijo un lince, adelantándose unos pasos—. De la misma manera que unos matan y destruyen, otros luchan por corregir esos errores sin ánimo alguno de recompensa. El hombre puede vivir y morir tanto por su avaricia como por el amor a este mundo y sus habitantes. Juzgarlos por igual es injusto.

El dios astado miró al pequeño felino y recordó con rabia al que se desvaneció convertido en cenizas. Luego observó nuevamente la lucha encarnizada por sofocar el incendio. Comprendió las palabras del lince.

—No queda ápice de naturaleza en los actos que cometen —pronunció Cernunnos, bajando los brazos, recapacitando—, pero todavía hay esperanza gracias a algunos de ellos. Sus ciudades son jaulas donde se creen libres, pero luchas como las que presenciamos ahora pueden ser ese hilo que aún sustente mi fe hacia ellos. Descansaré de nuevo, deseando que cuando vuelva a abrir los ojos la ira no continúa mancillando la savia de mis venas.

—Exterminarlos, desear su muerte y que el tiempo borre sus huellas, nos convertiría en lo que ahora son ellos —reflexionó un erizo—. Mantengamos la fe.

Cernunnos levantó un brazo y lo dejó caer. La lluvia acudió a su llamada, y el imponente incendio quedó extinguido en cuestión de segundos. A lo lejos, los hombres celebraron el milagro entre vítores y abrazos. El dios se recostó entonces sobre la duna, cubierta ya de hierba, y mientras la maleza iba arropándolo, suspiró.

—La Madre Naturaleza curará sus heridas, como siempre ha hecho —dijo, y todos le escucharon emocionados—. El hombre está de paso. Que tenga una nueva oportunidad.

Llegó la noche y seguidamente floreció el día, y fueron los primeros rayos de la mañana los que gritaron un lamento que volvió a despertar al dios astado. Éste, inquieto por la desesperación del sol, se irguió de nuevo y observó el motivo de la alarma y el dolor. La ira ardió en su mirada, y convirtió en cenizas toda su buena voluntad.

Allí, donde los árboles yacían envueltos en cenizas y humo, donde vio al hombre luchar contra el fuego y ganarse así el perdón, vio máquinas excavadoras alimentándose de tierra negra y troncos retorcidos, de animales muertos y piedras que llevaban dormidas milenios. Habían llegado para perforar la tierra en busca de gas para enriquecer a sus amos, para conquistar lo sagrado.

El hombre continuaba su avance en la involución, pisando un puente que ardía, ignorando que no sería ese fuego lo que precipitaría su caída... no en aquel momento.

Cernunnos invocó las fuertes raíces de varios pinos, y cuando éstas sujetaron sus piernas con firmeza se elevó por encima de la pineda, de los humedales y los ríos.

—¡Erradicar la plaga asegura la supervivencia del bosque! —gritó para que todo el planeta le escuchase—. ¡Hoy es el día, la gracia se convierte en maldición! ¡Yo abriré la herida para que la mala sangre desaparezca!

Una fuerte sacudida movió la tierra, y los hombres saltaron asustados de las máquinas. El terremoto fue ganando intensidad, y la violencia con que quebró la tierra hizo escapar el gas que ésta guardaba. La mirada del dios prendió una llama, y la explosión barrió a todo humano que por

allí corría asustado.

Un gran cráter ocupó el lugar del bosque quemado.

—Las heridas se curan —sentenció el dios, descendiendo—, sin prisa, con el tiempo necesario para que su cicatriz sirva de advertencia.

## La mujer de ojos de plata

Un día, no hace demasiado tiempo, me contaron la historia de una mujer cuyos ojos eran dos claros de luna.

Podréis pensar que aquel que me narró su historia no era más que un enamorado, pero juro que vi en su mirada tal fascinación que no me quedó más remedio que atender a su relato mientras grababa en mi mente cada palabra. No es mi intención transcribir aquella hermosa y desesperada historia, pues necesito estas páginas para contar mi propia experiencia.

A la mañana siguiente de aquel afortunado encuentro, con las maletas preparadas, me embarqué en el primer velero que partía hacia tierras extranjeras con el único objetivo de encontrar a la mujer de los ojos de plata. Desconocía el lugar exacto donde habitaba aquella dama, pues ni mi enigmático contertulio lo recordaba; aunque pronunció varias veces palabras en otro idioma al rememorar conversaciones, así que la lista de países a visitar disminuyó.

Mares calmos mecieron el cascarón en el cual navegaba. También furiosas tormentas sacudieron con fiereza el gran océano, mas mi voluntad era firme y nada pudo desviarme o hacer desfallecer mi ánimo.

En algunos momentos de tranquilidad, cuando el sol brillaba en lo alto y los atunes acompañaban el avanzar del velero, mi mente me jugaba malas pasadas. Se empeñaban en buscar su lugar en mi alma pensamientos banales, tales como la necesidad de mantener nutrida una cuenta corriente en el banco o sentar por fin la cabeza y formar un hogar donde mi complaciente esposa me esperase después de una agotadora jornada laboral, con nuestros hijos tirando de su falda. La idea de enraizar en tierra firme era la que más intentaba sobrepasar las murallas de mi sueño, pero he de decir que desde bien pequeño jamás dejé que algo terrenal penetrase en el mundo onírico.

Mi lugar era aquel, entre el va y ven de las olas, sin nada sólido a lo que aferrarme, dejando libre toda idea alocada que me permitiese atisbar una nueva ruta que seguir. Verme reflejado en aquellos ojos plateados era lo único que deseaba en aquel entonces.

Pero como todo en la vida, el velero tocó finalmente tierra firme, y sin otra opción deposité mis maletas sobre las tablas de un concurrido embarcadero.

Allí la gente era de lo más peculiar. Entre porteadores fornidos que trabajaban con una sonrisa en sus caras, las mujeres vendían pescado y marisco sin quitar ojo a los zagales, que correteaban alrededor de los pasajeros recién llegados. Por un momento, pensé en darle alguna moneda al primero que se me acercara, pero pronto advertí que lo único que deseaban aquellos jovencuelos era admirar lo desconocido. Sus preguntas volaban por el aire cálido de la mañana, y mis respuestas, siempre acompañadas de gestos de alegría y sorpresa, les entusiasmaban.

Admito que todo ello chocó con la realidad en la que siempre había vivido. En mi tierra natal, los hombres trabajan de sol a sol con rostros sombríos, aquejados de dolores y buscando en las tabernas una ebria paz. Las mujeres, sumisas a los designios patriarcales y religiosos, permanecían más tiempo de rodillas que no en pie, y cualquier mocoso que se acercaba a un viajero era para pedirle algo de limosna o comida. Ah, cuánto debía aprender yo... y cuánto requería olvidar para liberar mi corazón y ser capaz de encontrar el camino adecuado.

Mi perplejidad creció cuando una amable mujer me ofreció una sardina asada. Quise pagarle la comida, pero no aceptó mi moneda. Me contó que allí todos vivían para todos, y que el trabajo

en comunidad les hacía tan libres que no necesitaban dinero. Le pregunté entonces qué podía darle a cambio, y al observar mi cuaderno sobresaliendo de mi bolsa de mano me pidió que me alojara en su casa aquella noche y les narrase una de mis historias. Me sorprendió que por aquel detalle dedujera que era escritor. Acepté dibujando en mi cara una sonrisa que me salió del alma.

La casa donde vivía aquella buena mujer junto a su marido y sus tres hijas podría catalogarse de humilde, pero la riqueza humana que allí me acogió jamás la había visto en ninguna de las mansiones o clubes que frecuentaba en mi tierra. Se me ofreció una suculenta cena a base de pescado y marisco, pan caliente y vino blanco enfriado en las aguas dulces de un pozo que ejercía de eje central en aquella villa.

Disfrutada la comida, llegó el momento de pagar con uno de mis cuentos el alojamiento. Como no podía quitarme de la cabeza el objeto de mi viaje, les narré la historia de la mujer de ojos de plata, pues nunca se sabe en qué momento puede aparecer una pista que nos ponga en el buen camino.

Escucharon en silencio sin interrumpir mi relato, y al terminar me ofrecieron unas sonrisas por las que cambiaría todo el dinero que había conseguido vendiendo mis escritos.

Dormí arropado por la Paz. Sí, la nombro con mayúscula, pues si una sensación te llega al corazón como lo hizo aquella, qué menos que nominarla como que se merece. Muchos colegas escritores recelarán de mi osadía, pero hay que experimentar antes de juzgar.

El sol me despertó con un susurro armonioso, y cuando ya estuve preparado para continuar el viaje llegó a mí el embriagador olor de un desayuno acorde a la hospitalidad recibida.

Fue entonces, cuando di el último sorbo a mi taza de té, que el cabeza de familia me confesó que había pensado en la historia de la mujer de ojos de plata. Aunque su situación le hacía dichoso, y por nada del mundo abandonaría la vida que llevaba, comprendía la necesidad de dar con mi sueño, así que me llevó en su carro a la estación de tren.

Ante la enorme bestia de metal negro, que ya humeaba por su gran chimenea, me dio ánimos y un consejo: “Los sueños son para vivirlos, pero no olvides al despertar el viaje que has recorrido para alcanzarlos”. Anoté aquellas palabras en mi cuaderno nada más tomar asiento en el vagón.

Observé entonces que tan sólo seis pasajeros más compartían conmigo aquella amplia estancia de madera, donde decenas de hileras de asientos miraban al frente, hacia la puerta que conducía al vagón que precedía al nuestro. Gruesas cortinas de un ajado bermellón se mantenían plegadas, permitiendo pasar la luz del mediodía.

Me inquietaba sobremanera el vacío que allí se respiraba. ¿Acaso las decenas de pasajeros que emprendieron conmigo el viaje en el velero buscaban la paz de aquel pueblo costero? No podía negar que de no haber tenido la necesidad de dar con la mujer de ojos de plata, yo también habría apaciguado las inquietudes de mi alma en aquel lugar.

El tren se puso en marcha, ruidoso, resoplando como un titán intentando trepar por las rocas del Tártaro en busca del Olimpo. El paisaje pronto se tornó un borrón tras la ventana que quedaba a mi derecha, y junto al brusco traqueteo, un temor se tornó sólido en mi mente.

¿Había hecho bien en emprender aquel viaje a ninguna parte? ¿Podía confiar en las palabras de aquel hombre, que de nada conocía? Nunca había sido parte de mi naturaleza razonar las fantasías de mi mente, pero algo oscuro se posaba en mi corazón conforme el tren devoraba kilómetros de vía. También ignoraba el destino al que estaba siendo conducido, y no ayudó a aclarar mis sentimientos el penetrar en un túnel donde las tinieblas respiraban ansiosas.

Mis compañeros de viaje permanecían tan alterados como yo, y puestos en pie nos miramos con incredulidad y miedo. El ruido era ensordecedor, tanto que incluso las lámparas de gas que iluminaban el coche se apagaron.

El tren tomó varias curvas pronunciadas a toda velocidad; era fácil deducirlo gracias a la fuerza con que fui lanzado de un lado a otro. Justo cuando mi mente parecía escapar de mi cuerpo, salimos del túnel.

Recuperando la visión advertí que ahora nos desplazábamos por la ladera de una montaña coronada por la niebla. Abajo, juraría que a más de trescientos metros, un río serpenteaba ajeno a la infernal experiencia que acabábamos de vivir.

El pánico todavía hacía palpar con violencia mi corazón en el pecho, pero se detuvo en seco cuando vi a uno de los pasajeros abrir la puerta del vagón y saltar al vacío.

Comprendí su dolor sin necesidad de apreciar su mirada. No todos estamos preparados para vivir ciertas experiencias. No quiero decir con esto que yo sea más fuerte o valiente que aquel desdichado, pero en un momento de tal debilidad pensar en la mujer de ojos de plata me hizo entrar en razón. Aquel viaje no era más que una nueva prueba, no diferente a las tormentas vividas días atrás.

Centrarme en mi objetivo, sacar fuerzas de la esperanza que atesoraba en mi alma, empuñar la tenacidad sin llegar a postrarme ante el dolor y la duda, fue lo que me mantuvo en pie y decidido a terminar aquel viaje de la única manera que debía acabar. Si alguien hubiera contemplado mi mirada, sólo el orgullo de quien lucha por sus sueños hubiera visto reflejado.

El tren se detuvo poco después.

Al apearnos no me quedó más remedio que buscar rápidamente mi abrigo en una de las maletas. El frío que reinaba en aquella solitaria estación me hizo recordar que gran parte del trayecto habíamos estado ascendiendo.

El vaho de mi respiración rápidamente era dispersado por el viento que azotaba el lugar, una estación compuesta por un pequeño edificio de piedra junto al andén. El saliente del techo de madera nos sirvió para cobijarnos en cuando empezaron a caer los primeros copos de nieve.

Pronto cuajó aquel manto blanco alrededor de nuestros pies, y el silencio fantasmal que trae consigo una nevada se aferró en nuestro ánimo.

Fueron perdiendo el ánimo mis compañeros de penurias. Uno de ellos hizo además de alcanzar de nuevo la seguridad del tren, pero no logró dar ni dos pasos cuando la locomotora rugió furiosa y reinició su marcha. Ignoro hacia dónde se dirigió, pues más allá de la estación la nieve se tornaba cruel telón, que se cerró cuando el último vagón abandonó el andén.

Estaba cansado, y el sueño se fue apoderando de mi voluntad, pero sabía que si cerraba los ojos correría la misma suerte que los otros pasajeros, convertidos ya en tristes estatuas de hielo.

La prueba a la que era sometido mi corazón no se la deseo a nadie en este mundo, o en el otro, pero cierto es que el temor a sumirme en un sueño sin sueños me ayudó a no olvidar que la mujer de ojos de plata esperaba mi llegada; o eso me dije para convencer a mis piernas.

Deambulé a través de la tormenta de nieve sin más guía que unas huellas de pisadas, de botas presumiblemente mejor preparadas para caminar por aquel paraje que mis elegantes zapatos de vestir. Me pregunté a quién pertenecería el rastro que seguía con mi torpe caminar, y aunque en aquel momento no lograba dar con la respuesta, ahora sí la sé. Pero no adelantemos acontecimientos.

De pronto, absorto en mis pensamientos, llegó a mí un sonido perturbador. Algo, un cristal enorme tal vez, se quebraba en diferentes puntos. La placa de hielo que pisaba se había ido puliendo sin que lo advirtiera, y en aquel momento mi peso era mayor de lo que podía soportar.

Hice acopio de fuerzas y corrí como nunca lo había hecho, y tras de mí fue naciendo con furia un mar inconcebible en una montaña. Era como haber vuelto al pueblo costero, pues ante mí apareció aquel idílico lugar, sólo que esa vez el hielo y la nieve deprimían la escena; e incluso los

barcos, varados entre icebergs, presentaban el aspecto de los condenados en el Cocito.

Sin duda, Mínos había dictado sentencia.

No pude asumir la crueldad con que el invierno había engullido la paz de aquellas gentes. Aturdido por la visión y la ventisca, busqué el hogar de quienes fueron mis anfitriones. No tardé en localizarlo.

La visión no me apartó del camino de Dante, y al igual que éste contempló la imagen de Judas y Lucifer, así me topé con el horror de ver a aquella buena familia dentro del sarcófago de hielo que era su hogar.

Posé mis manos sobre el bloque de hielo que encerraba a la madre. Sus ojos seguían abiertos, como los tuviera seguramente cuando aquel temporal les sorprendió. En sus pupilas azules la vida se había extinguido, pero pude apreciar algo que me calentó el ánimo y el corazón: El reflejo de mi propia imagen, el día anterior, cuando ella me ofreció una sardina junto a una sonrisa que eclipsaba el sol del mediodía.

Quizá fue algo que se me pasó por alto mientras aceptada el pescado. Ahora entendí, entre el hielo y la rabia, que nada nos sucede en la vida por casualidad. Ciegos somos, tanto en la dicha como en la tristeza. Somos proclives a dejarnos llevar por lo superficial del momento, y sólo cuando se cambian las tornas podemos alcanzar el estado adecuado para encontrar el auténtico camino.

Y fue allí donde vi el mío, el que me conducía a la mujer de ojos de plata.

Salí corriendo de la casa y crucé a toda prisa la plaza central, el paseo marítimo y el muelle. Una vez llegué al mar, no detuve mi avance, y como perseguido por el diablo salté al agua helada.

Nadé con fuerza, ignorando el frío y las olas, los cascotes de hielo y el dolor que quemaba mi piel y amenazaba con colapsar mi sistema nervioso. Sabía que aquella era la prueba definitiva. Había cruzado el mar desde mi hogar, a salvo en un velero insumergible, degusté la felicidad de la buena comida, la compañía de las gentes de bien y sus gratuitos consejos. La más terrible ascensión me había sido facilitada por una poderosa locomotora, que tiraba de un cómodo vagón donde no había aglomeraciones ni ruidos molestos. Pero llegado el momento de enfrentarme a mis peores miedos, la otra realidad de las cosas me había sido revelada. Así que para alcanzar mi sueño debía volver por mis propios medios, luchar contra las dificultades con mis pies y manos, usando la cabeza con templanza y buscando en mi corazón la llama eterna donde habita la esperanza.

Tras una interminable travesía regresé a casa.

Era de noche cuando, empañado y dolorido, al borde de la muerte, atravesé el umbral de mi hogar. Permanecía sumergido en las mismas tinieblas que me dijeron adiós cuando inicié mi viaje, así como el silencio y el frío eran también los mismos.

Permanecí algunos minutos en pie, apoyado en el marco de la puerta principal, asumiendo que, después de todo, no había dado con la mujer de ojos de plata.

Miré mis manos, y con asombro sosegado comprendí que las nuevas arrugas y machas que las surcaban eran producto de la edad.

¿Tanto tiempo había estado fuera? ¿Tantos años persiguiendo un sueño para, finalmente, no dar con él?

En la cama de matrimonio dormía una mujer mayor, y en los dos dormitorios de la primera planta, sendos lechos permanecían vacíos desde hacía muchos años.

En la cocina no había fuego con el que calentar té, así que acudí al salón, donde el mismo frío de la montaña respiraba donde una vez ardió el fuego del hogar. En una repisa descansaba una fotografía antigua. La tomé y comprendí con horror el tiempo que había perdido. Salí en busca de

la mujer de ojos de plata sin valorar que una de hermosos ojos marrones no apartaba su mirada de mí. Disfruté explicando un cuento en un utópico pueblo pesquero mientras el silencio crió a mi primer hijo. La comodidad de un tren suplantó la de mi hogar, donde un segundo hijo cayó presa del hielo de mis ausencias.

El marco se cayó de mis manos. Las lágrimas me quemaron la cara. Mi vida pasó en un suspiro, y mis sueños, crueles engaños, me mostraron entonces la realidad de mi triste existencia.



## Las virtudes de la pérdida

Todo era confuso, golpes en su cabeza, un ir venir frenético acompasado por el martilleo constante de resplandores blancos, amarillos y violetas; y a su alrededor una extraña paz que para nada concordaba con los gritos silenciados de sus familiares. Mientras, varios médicos y cirujanos corrían junto a él y a su alrededor.

Se vio tumbado en una camilla, luego en una mesa de operaciones, y seguidamente se puso en pie, expectante. La vida había sido un segundo que llegaba a su fin.

Quiso recordar qué había sucedido antes de aquello, pero sus recuerdos se iban diluyendo como una pastilla efervescente en un gigantesco vaso de agua.

Flotaba, y eso le hizo sonreír. Había soñado muchas veces con aquella sensación, y aunque no recordaba desde cuando, algo le decía que era normal su alegría. Sentía que se reencontraba consigo mismo, que todo cobraba sentido y que era normal la euforia en aquel estado de ingravidez.

Miró a su alrededor no sin cierto desconcierto al sentir el dolor reprimido y las lágrimas no derramadas de quienes trataban de devolverlo a la vida. Quería decirles que no se preocupasen, que él estaba bien, pero no tenía voz ni cuerpo para hacerse entender. Se acercó a los médicos, pero ni podía tocarles ni llamar su atención. Éstos seguían luchando contra lo inevitable, y cuando por fin comprendieron que era inútil, que el pitido de las máquinas marcaba el fin de su tarea, una paz ahogada en sudor y decepción se hizo tanto con el plano físico como con el astral.

Dejando atrás al equipo sanitario, salió el alma a un frío corredor. Por momentos no estaba en el hospital, pero cuando dio con su familia volvió a tener ante sí las paredes blancas de Urgencias.

Allí estaban todos, aunque ya no recordaba sus nombres. Eran hombres, mujeres y niños de rostros conocidos, pero nada más que eso, personas vivas que seguirían ignorando qué hay al otro lado de la muerte.

Los dejó atrás, avanzando por un pasillo que daba a las escaleras que ascendió para alcanzar la planta de Maternidad. No sabía qué hacía allí: si todavía tenía que ver a alguien más o sencillamente su misión ahora era deambular en espera de la reencarnación. Aquello le produjo un terrible pesar, pues el recuerdo de la vida estaba reciente y no deseaba volver. La muerte es el estado natural, pensó, y regresar a un mundo donde todo era finito le angustiaba.

Estaba parado frente a la estancia de las incubadoras, reflexionando mientras observaba a los recién nacidos, dudando de si la vida tenía algún sentido, cuando fue consciente de que una presencia se acercaba a él. ¿Iría algún ángel o familiar fallecido en su busca? Eso le hizo sonreír, así que cuando notó que ese ente estaba a su lado, se giró.

—No temas —dijo una voz suave llena de ecos—, pues tras la vida no se regresa a ella sino es por un sendero diferente al recorrido.

Quien le había hablado era una figura a todas luces terrenal, de aspecto humano, ni hombre ni mujer, tampoco niña o niño. Vestía un halo de luz tenue, opaca, fría. Era alguien de gran altura, con los pies en la tierra y una mirada sombría que navegaba en los océanos del tiempo, desde el inicio hasta el final. Aquel era el semblante del principio de las cosas, la llameante antorcha de Heráclito, como también personificaba el conocimiento y la verdad, el final innegable de la

existencia.

La Muerte volvió a hablar:

—Solo cuando el camino se acaba puedes observar el trazado que marcan las nuevas vidas. Observa ese hilo que cada pequeño tiene sujeto de una mano. Sus voluntades serán el vehículo que hará más larga o más corta sus vidas.

El alma, que escuchaba con fascinación a quien no creía ser más que el fruto de religiosos y pensadores, vio que los bebés apretaban sus puños, y de ellos una fina hebra de luz plateada salía hacia un espacio incierto que se abría en todas direcciones. Pero seguían allí, en el corredor del hospital, viendo a médicos, enfermeras y celadores yendo y viniendo, entrado en habitaciones, llevando a enfermos en camillas o sillas de ruedas, serios o sonrientes, conscientes del amor por su trabajo.

—Llevo milenios siendo testigo de la lucha del hombre contra lo único que la existencia puede prometer, que es el fin de sí misma —dijo la Muerte, tomando del hombro al alma, comenzado a pasear por aquel hospital—. Pese a los continuos fracasos que laceran sus almas, no dejan de luchar contra mí. Me fascina su tenacidad, la lucha sin cuartel que esos hombres y mujeres libran en un campo de batalla que no comprenden. Sólo el ansia de preservar la vida, de regalar un segundo más a quienes están a punto de soltar su hilo, les hace merecedores de mi más sincero reconocimiento. Ellos también vendrán a mí, como lo has hecho tú, como lo hacen todos y todo, pero cuando llegan a este lado sienten que ha valido la pena haberme mirado a la cara. Me conocen de antes, así que siempre sonríen cuando me acompañan.

—Pero ellos también querrán vivir más tiempo, dedicarse a sus familias, a viajar, a... vivir.

—Ellos saben más de vivir que muchos otros, y son conscientes de que el destino es incierto. En un segundo todo cambia, por mucho bien material, conocimiento, fe o espíritu de sacrificio que se posea. Solo los necios creen que el destino es parte de la voluntad de uno.

—¿Pero el destino no está definido al nacer, escrito o trazado por ese hilo que sujetan los bebés? —Preguntó el alma, confundida.

—Así es —le desorientó aún más la Muerte—, pero para entenderlo hay que cambiar el orden de los factores: El destino, insisto, no es parte de la voluntad, sino la voluntad es parte del destino. Al nacer siempre se sujeta un hilo que alcanza el límite vital que puede soportar cada ser. Ochenta, noventa, cien años, los que la biología conceda. Si nada ni nadie se interpusieran, la vida terminaría en el momento marcado. Se detendría la maquinaria del organismo, y el paso de un estado a otro sería rápido, indoloro, natural. Pero la voluntad interviene siempre, desde que se toma conciencia, y ayuda a modificar el trazado y la longitud del hilo, de la vida. Una persona, en un momento dado, decide o se deja llevar por un sueño, una decisión o, más habitual, por una voluntad mayor y más fuerte, y comienza a trabajar en tal o cual oficio. O decide estudiar esta o aquella carrera. Eso altera el trazado inicial de la vida, que no contempla pasar por estadios inventados por el hombre. El trabajo, los estudios, la familia, el reconocimiento, el dinero, el poder, la gloria, el honor, la fama... el castigo, el descrédito, las adicciones, la negación... todo son invenciones del hombre, banales sensaciones, tareas e imposiciones que no son necesarias para vivir. Creéis que todo eso viene marcado por el destino, pero es la voluntad, propia y ajena, la que altera el orden natural de las cosas. Por ello, en ese ansia de sentir la vida a costa de no vivirla tal y como os es entregada, que el destino se modifica y acorta.

—Hablas del hombre como si fuese el único ser vivo, pero los animales y las plantas también disfrutan de la vida —apuntó el alma, que se sentía en cierta manera atacada y humillada.

—Todo, animales, plantas, incluso las piedras, los mares, los ríos, los volcanes y los microorganismos están sometidos al poder de la voluntad, propia o ajena, repito, por lo que sus

destinos cambiarán —expuso la Muerte—. Al igual que una persona conduce su coche, deseando con toda su voluntad llegar a casa para ver a su familia después de un largo día de trabajo, puede que se tope con alguien que conduzca a más velocidad, pues la voluntad de este otro de llevar su vehículo al límite para demostrar a su acompañante que puede reírse de mí cuando quiera, haga que todo termine en un accidente mortal, es lo mismo que un árbol centenario sea talado cuando le quedan otros cien años de vida. Dos voluntades chocan. De este conflicto siempre sale un vencedor. Solo uno. El padre de familia muere de la misma forma que lo hace el árbol. Ambos tenían un destino que los llevaba al límite de sus organismos, pero la vida se convirtió en eso, en la ley de la voluntad más fuerte.

—Entonces, ¿cómo se puede ejercitar la voluntad para que sea tan fuerte que nada ni nadie nos desvíe de nuestro destino? —Quiso saber el alma.

—¿Realmente te interesa eso? —Sonrió la Muerte—. Vivir es vivir, sin más. Yo, la Muerte, es lo único seguro que tenéis tras recibir el soplo de la vida. Nada ni nadie se escapa de mi abrazo. Hay cosas que son insignificantes, y una de ellas es salvaguardar el destino original. ¿Qué sentido tiene entonces dejar transcurrir los años sin más? ¿Sois piedras?

La Muerte rió y el alma no comprendió. Ante el silencio de la segunda, la primera se explicó:

—Está en vuestra naturaleza no ser naturales. Vivir por inercia se os hace aburrido y agotador. Vuestra evolución ha estado siempre marcada por la falta de criterio, algo que ha alimentado el deseo de la inmortalidad. Como eso es imposible de conseguir, la frustración que atormenta vuestro espíritu está disfrazada de sueños y esperanzas, anhelos y placeres. Trabajáis, adquirís sabiduría, os matáis y os amáis entre vosotros, todo ello buscando rellenar el vacío de la existencia. Una vida plena es la anestesia a la futilidad de vuestras vidas. Nada importa, nada tiene valor, nada dura y nada tiene un sentido real, por eso la necesidad de llegar a mis brazos creyendo que ha merecido la pena la transición. Es algo que os honra, porque si al nacer comprendieseis que hagáis lo que hagáis todo termina en un sinsentido, ignoraríais la virtud de la pérdida.

—¿La virtud de la pérdida? —Se sorprendió el alma.

—Exacto —contestó la Muerte—. Vuestra existencia se basa en atesorar conocimientos y bienes materiales, en salvaguardar la memoria, la vuestra y la de vuestros ancestros, luchando por conservar la especie como si todo durase para siempre. Esa es la virtud de la pérdida: El dar sentido a una existencia finita, minúscula, absurda. El miedo a perder os concede la voluntad de perdurar, de modificar vuestro destino.

—Pero aun así desaparecemos —el alma comprendía las palabras de su interlocutora.

—Exacto —confirmó la Muerte—. Todo lo hará, tarde o temprano. Vosotros, las plantas, el planeta que habitáis, el sol, las estrellas... el universo. Todo acabará por desaparecer al igual que apareció.

El pasillo del hospital estaba vacío. Las luces parpadeaban, y al final un agujero negro se abría.

—No demoremos más este trance —dijo la Muerte, guiando al alma, que aturdida por las revelaciones avanzaba vacía, sin ánimo de mirar atrás.

Aunque una última pregunta necesitaba respuesta:

—¿Tú estás viva?

La Muerte rió.

—Por supuesto.

## Biografía del autor

David Arrabal Carrión nació en Barcelona, en Noviembre de 1977. Se crió en el mundo del Manga, de la Literatura (leyendo desde Homero o William Blake, a Tolkien, Muñoz Molina o Delibes), del cine fantástico de los ochenta y del Heavy Metal. Publica su primera novela en 2012, “El final de todos los inviernos” (Editorial Círculo Rojo), cosechando muy buenas críticas entre los lectores y en la blogosfera.

En 2013 participa en la antología solidaria “Un mañana para Alicia” (Editorial Círculo Rojo) y gana el primer premio en el IV Concurs de Relats de Terror i Fantasia d’Encamp con el relato “Els llops guarden el meu secret” (Los lobos guardan mi secreto).

En 2014 gana el XVII Concurs de Poesia Miquel Martí i Pol, prestigioso certamen de poesía del Principat d’Andorra, en su categoría Poemario, con la obra “Miratge” (Espejismo).

En 2015, de la mano de Alentia Editorial, publica su segunda obra, “El sueño inefable”, una novela de terror sobrenatural ambientada en el mundo del Rock Duro. También participa en las antologías “Demonalia” (Cazador de Ratas), con el relato “Ora Pro Novis, Samael”, y en “Cuatro días de oscuridad” (La pastilla roja), con el texto “En un sueño de fuego”.

Al margen de todo esto, entre 2015 y 2016, coordina “La cosecha del Arco Iris”, antología ilustrada benéfica a favor de la asociación Tots Som Santboians, dedicada a la inserción y formación de personas con discapacidades, así como la antología “Todos Somos Poesía”, libro conmemorativo del evento poético que sirvió para presentar en sociedad la mentada “Cosecha”; ambas puestas a la venta en Abril de ese año.

En Junio publica en Amazon el cuento infantil “Antares”, ilustrado por María Pizarro.

En Julio sale a la venta “Proyecto Dante: Andorra” (Egarbook Ediciones). Reeditará esta obra al año siguiente, bajo el título “En comunión con el Infierno”.

En Noviembre se pone a la venta su primera antología de Terror, ilustrada por María Pizarro, “Sitra Ahra”, un título autoeditado.

Ya en 2017 coordina una nueva antología solidaria, a favor de la Associació Andorrana per la Malaltia d’Alzheimer, “Un pasado y un futuro presentes”, y participa por primera vez en el Festival de Fantasía de Fuenlabrada y en la antología del mismo, “Fuenlabrada fantástica”.

Edita otro cuento, ilustrado por él mismo, “Viajando en la tormenta”, donde se detiene a analizar el problema del bullying.

Estrena 2018 pasando a formar parte del elenco de autores de la editorial Palabras de Agua, editando “La luz durmiente”, su primera novela de corte fantástico-juvenil.

Al mismo tiempo, de la mano de la argentina Santa Guadaña Ediciones, publica la novela inspirada en el universo de H.P. Lovecraft, “El rumor de los insectos por la noche”, escrita a seis manos junto a los escritores Martín Blanco y Álex Puig Linares.

Participa también en la antología “Fuenlabrada distópica”, dentro del marco del VI Festival de Fantasía de Fuenlabrada.

En julio estrena su primera obra de teatro, “Lorca no Falla”, un lied teatralizado donde actúa junto a la soprano Jonaina Salvador y el guitarrista David Sanz.

En octubre aparece la antología “In Nomine”, donde David participa con un relato de terror titulado “Eco”.

En 2019 participa en la antología “Monster Mash” (Suseya ediciones), co-guioniza junto al director Héctor Romance el corto “Quiet”, y repite participación en la antología “Fuenlabrada Japón Mitológico”, que promociona el VII Festival de Fantasía de Fuenlabrada.

Llegado julio, reedita Sitra Ahra (Amazon), siendo en noviembre cuando se pone a la venta “Las virtudes de la pérdida” (Amazon), su nueva antología de relatos, esta vez recopilando viejos y nuevos textos donde la oscuridad de las personas y sus actos es la protagonista.

Actualmente trabaja en nuevas novelas, guiones de cine y televisión.

Es miembro de la asociación cultural Lupus in Fábula.

